SAM SHEPARD

El gran sueño del paraíso

13

Estos dieciocho relatos fulgurantes, certeros, magistrales, nos llevan una vez más a un territorio ya familiar para los lectores de Sam Shepard, ese país de *cowboys* inquietos e inquietantes, de hamburgueserías y gasolineras en medio de la nada, una América que es un puro paisaje fronterizo, más allá del cual no hay adónde ir, o adónde huir. Un hombre y su nieto viven solos, en un mundo de áspera masculinidad. Y el abuelo intenta señalarle el camino hacia las mujeres —y puede que al sufrimiento— a un jovencito que tal vez ya lo sabe todo… Un marido, que ha comenzado la velada yendo a buscar albahaca para la cena que da su mujer, acaba la noche en el sótano, apuntando con una pistola a una de las invitadas, y reprochándole la impertinencia de sus preguntas… Y un joven angustiado aprenderá del hombre que viene a domar a los caballos cómo enfrentarse a su propio padre. Otro marido en una encrucijada decide en un instante de arrojo dejar a su mujer e irse a vivir con su amante, sin saber que ella tiene otros proyectos…

En *El gran sueño del paraíso*, el espléndido, estremecedor relato que da título al libro, dos hombres viudos y ya mayores han renunciado a las grandes esperanzas del amor y sexo, y se conforman con los pequeños placeres de la vida cotidiana, la mutua compañía o ir juntos todos los días a la cafetería a charlar y admirar a su camarera favorita. Hasta que un día uno de ellos comete una traición…

Como en sus libros anteriores, Shepard hace gala de una sutil, lacónica ironía, de un oído aguzadísimo para el diálogo y de un ojo de halcón para los detalles significativos, para esas sutiles insinuaciones que hacen de cada cuento una perfecta, punzante, bronca epifanía.

Sam Shepard

El gran sueño del paraíso

Título original: *Great Dream of Heaven*
Sam Shepard, 2002
Traducción: Eugenia Broggi, 2004

-

Revisión: 1.0

20/04/2024

Jessica

La gente decía que los bienaventurados «verían el cielo»; mi deseo sería ver la tierra para siempre.

PETER HANDKE

Muchas gracias a
Jesse
John
Wim
T Bone
Dan
Hannah
Shura
y Walker

EL HOMBRE QUE CURABA A LOS CABALLOS

E. V. lo dejaba siempre muy claro: él no susurraba a los caballos ni por asomo, los curaba. Su trabajo era educar caballos desobedientes, y cuando lo hacía, quedaban corregidos para siempre. Eso era todo lo que prometía. Nosotros teníamos uno que había que reeducar urgentemente: tenía cinco años y mi padre lo había adquirido, de entre los saldos de la feria itinerante en las afueras de Sonoma, por unos 1.200 dólares. Era hermoso, con unas ancas y unas patas poderosas, pero su cerebro era del tamaño de un garbanzo. La costumbre más intolerable que tenía era levantarse sobre las patas delanteras cuando estaba atado a algo firme. Llamamos a E. V. el día que el caballo derribó parte del pilar que aguanta nuestro establo y se lo tiró encima. E. V. se presentó en nuestra casa con una semana de retraso y su habitual aspecto andrajoso: su camioneta Chevrolet del 54 de media tonelada, con matrícula de Arizona, y un remolque individual para caballos, con los neumáticos gastados y un toldo de lona ondeando. Siempre aparcaba la camioneta en la parte llana y subía andando la empinada cuesta de gravilla hasta la casa porque no tenía retrovisores y le resultaba imposible hacer una maniobra tan cerrada. No venía mucho por casa porque mi padre era capaz de ocuparse de la mayoría de los «cabezas de chorlito», pero cuando lo hacía yo siempre me alegraba.

E. V. era un hombre pequeño y ágil, de unos cincuenta años largos, que cojeaba exageradamente porque se había aplastado la rótula en un accidente cuando tenía más o menos mi edad, unos

catorce años. Subió la colina con continuas sacudidas, el sombrero de fieltro gris apuntando directamente al suelo, pues sus andares le hacían inclinar la cabeza. Llevaba una vieja cámara de neumático remendada colgando de un hombro, y una cuerda gruesa de algodón blanco como la nieve en la mano izquierda con el cabo libre atado a su cinturón de crin de caballo. Siempre pensé que para mantener aquella cuerda tan blanca debía de lavarla regularmente con lejía. Era lo más limpio que llevaba encima. Cuando llegó arriba no resoplaba ni se ahogaba por falta de aire, como hubiera sido lo normal en un hombre de su edad; llegó como caído del cielo.

—¿Qué, Mason, ya lo has mandado al matadero?

Sonrió a mi padre y, por un momento, pude ver sus pocos dientes marrones y desiguales, y los pequeños diamantes brillantes que tenía por ojos, que resaltaban tras sus párpados caídos y hundidos; eran como los ojos de un indio pero en azul cielo.

—Si llego a esperarte una semana más le habría cortado el cuello yo mismo —dijo mi padre, y en su voz no había ni asomo de broma.

—Perdona, Mason, pero es que tenía un par de recados que hacer en Oakdale.

—Recados y una mierda. Estabas follando por ahí como un loco, y punto.

E. V. soltó un chillido agudo y fuerte, de puro regocijo animal, y mi padre y yo tuvimos que rendirnos al ataque de risa que nos dio, aunque mi padre lo interrumpió antes de lo que a mí me pareció natural. Anduvimos hasta el corral circular, detrás del destartalado establo donde teníamos encerrado al caballo castrado, y cuando E. V. vio las vigas astilladas que el caballo había destrozado con su arrebato se puso a reír otra vez.

—Supongo que esta joya te costó más que estos listones de madera, Mason.

Esta vez mi padre no se rió. Su voz le salió con un deje antipático.

—Cuando hayas acabado con él no valdrá ni un maldito centavo, de todas formas.

E. V. me guiñó un ojo sin que mi padre lo notara, y con ese

guiño comprendí que quizás había hombres adultos en este mundo que todavía lograban arrancarle una chispa a la vida y que esquivaban de alguna manera el agujero negro en el que había caído mi padre. Cuando llegamos al corral, E. V. dejó resbalar la cámara de neumático de su hombro al suelo polvoriento, apoyó una bota en un travesaño y se asomó para observar al caballo problemático.

—Testarudo, ¿verdad?

—Testarudo de cojones —gruñó mi padre.

E. V. se quedó allí encorvado durante un rato largo, estudiando al caballo castrado que trotaba nervioso en pequeños círculos, resoplando, con la cola alta y las orejas negras apuntando hacia nosotros.

—No es tan estúpido como parece. —E. V. sonrió, con los ojos clavados en los movimientos del caballo—. Sabe que le tenemos algo preparado. Mira, chico… —Se volvió y cuando sus ojos claros se posaron en mí fue como si una mano cálida me hubiera acariciado el pecho. Me sorprendí de lo mucho que anhelaba aquella bondad que él irradiaba—. Coge esa cámara de neumático y átala alrededor de aquella rama grande y nudosa de ese plátano de ahí. ¿La ves?

Señaló una de las ramas del enorme árbol que siempre me había recordado a la carne humana. Era de color blanco hueso y musculoso, con tiras de corteza roja que se arremolinaban dentro de las arrugas del tronco como si fueran arterias. Por alguna razón, aquel árbol siempre me había asustado, especialmente cuando era pequeño y volvía a casa en la oscuridad por las colinas llenas de maleza. Su blancura parecía salirme al paso, y la rama que había señalado E. V. era precisamente la parte que más miedo me daba. Más de una vez había dado un amplio rodeo con mi vieja yegua parda para asegurarme de que la rama no salía disparada y me hacía caer de la silla. Pero entonces era mucho más pequeño, y con el tiempo aprendí a no obsesionarme con ella.

—Ata un cabo así para que quede bien asegurado. —E. V. me hizo una demostración sobre su brazo extendido y luego me lanzó la cámara de neumático.

—Más vale que me dejes a mí —murmuró mi padre

agachándose para coger la cámara, pero E. V. lo detuvo en seco.

—No, deja que lo haga el chico, Mason. Te necesitaré aquí para mantener la puerta abierta. Ya se espabilará. Átala fuerte y muy arriba, hijo. Tiene que quedar por encima de su cabeza.

Me fui corriendo con la cámara en la mano, antes de que mi padre tuviera tiempo de pensárselo dos veces. Tenía la sensación de que E. V. se había inventado lo de necesitar a mi padre para mantener la puerta abierta. Yo le había visto hacer cruzar a los caballos muchas puertas sin que nadie le ayudara.

Tuve que subirme a ese árbol horrible para poder colgar la cámara de neumático a la altura que quería E. V., y cuando hube acabado de pasarla y atarla vi que E. V. ya tenía el caballo cogido con su cuerda blanca. Mi padre estaba de pie, sin hacer nada, al lado de la puerta. Desde allí arriba tenía una clara visión de todo, y el aire olía a suciedad fresca y a eucalipto. Se veían claramente las colinas ondeantes y marronáceas en las que los toros jóvenes levantaban el polvo al avanzar en fila hacia el abrevadero. Cuando E. V. cruzaba la puerta del corral, el potro explotó, resoplando y coceando como un demonio. E. V. soltó la misma risotada aguda y chillona de antes, se puso en cuclillas y tiró con fuerza de la cuerda para obligar al potro a bajar la cabeza. El siguiente movimiento fue tan rápido que casi no pude seguirlo. Era como si estuviera bailando la giga y cantando a la vez. Lanzó la enorme cuerda por encima de la grupa del caballo para que se deslizara por el jarrete exterior y entonces tiró de ella con fuerza, y levantó una pata trasera del caballo. El potro perdió el equilibrio y cayó de lado, haciendo tal estruendo que el árbol se tambaleó. En ese momento, E. V. empezó a gritar con verdadero placer mientras el caballo volvía a levantarse y se sacudía de arriba abajo, como si se le hubiera desplomado el cielo encima.

—¿Has visto eso? —gritó E. V. en medio de sus convulsiones—. ¡Eso sí que no se lo esperaba!

Mi padre se estaba sacudiendo el polvo del trasero del pantalón, intentando actuar como si todo aquello fuera pura rutina, pero yo vi la lividez del miedo todavía dibujada en su cara. Incluso desde tan arriba podía verla. Entonces E. V. hizo algo curioso. Fue directo

hacia la cabeza del caballo y le sopló suavemente dentro de cada fosa nasal mientras le frotaba suavemente debajo del cuello, justo entre las mandíbulas en forma de platillo. El caballo pareció a punto de dormirse durante breves segundos, parpadeando y dejando caer su cabeza suavemente.

—Ahora se siente un poco estúpido. Cree que a lo mejor ha tropezado él solo, ¿ves? A partir de ahora se lo pensará dos veces antes de dar coces contra una puerta. —E. V. se rió y pasó la mano por el espaldar del caballo.

Mi padre me vio, todavía subido a lo alto de la rama del árbol, y me gritó con esa voz que pone cuando quiere que todo el mundo sepa que es él quien está al mando.

—¡Bájate de ahí ahora mismo! No queremos que ese caballo se vuelva a escapar.

—Necesitaré que me ate la cuerda, Mason. A no ser que quieras ayudarme tú y dejes que me suba a tus hombros.

E. V. se rió otra vez mientras mi padre apretaba los dientes y me clavaba la mirada. Creo que estaba celoso de que yo fuera el centro de atención. Incluso a esa distancia del suelo notaba lo desplazado que se sentía. E. V. dirigió el caballo hacía el plátano y me lanzó el cabo libre de la cuerda. Cogí el extremo deshilachado a la primera.

—Pásala por la cámara y haz un doble nudo —me gritó—. Hazlo lentamente y con cuidado, no vaya a ser que se altere.

Seguí sus instrucciones, y mientras estaba haciendo el segundo nudo vi que el potro se estaba preparando para una verdadera pelea. Los músculos a lo largo de su columna vertebral se tensaron como una serpiente de cascabel y aparecieron manchas de sudor en su cuello inclinado. El olor del miedo era tan fuerte como el de una rata muerta en un granero. Era un miedo a dos bandas: animal y humano. Vi cómo el globo ocular del caballo giraba y me descubría colgando encima de él. Lo veía todo del revés, desde su perspectiva, y de repente me di cuenta de que yo estaría a horcajadas sobre la rama nudosa mientras él desataba su furia e intentaba tirar todo el maldito árbol abajo, encima de sí mismo.

—Ahora agárrate fuerte a la rama, hijo, porque este cabrón está

a punto de explotar.

Al oír la voz de E. V. me dio un escalofrío y me agarré a la rama con brazos y piernas, como un mono. El potro dio una sacudida fuerte y rápida, moviendo la cabeza como un león, pero la cámara de neumático le devolvió a su punto de partida de un golpe seco. La rama se movió un poco, golpeándome con manojos de hojas marrones en la cabeza. Soplé polvo del plátano de mi nariz y observé cómo las partículas reflejaban la luz del sol al flotar hacia abajo, hacia las diabólicas orejas del caballo.

—¡Aguanta, hijo! —me gritó E. V.—. ¡Lo estás haciendo muy bien!

Su voz me alcanzó en medio de ese limbo en el que sabes que no hay nada en la tierra que pueda ayudarte; nada te puede salvar, estás agarrado por los cojones. La cara de mi padre estaba blanca como la nieve, pero aún ahora no he descubierto si tenía miedo por mí o por la violencia general del momento. El potro resopló y coceó suciedad, intentando comprender el efecto elástico que tenía la cámara de neumático. Yo estaba seguro de que había oído salir de él un profundo bramido, más parecido al sonido de un toro cuando está acorralado y se le ha subido la sangre a la cabeza. Entonces vi que se concentraba. Un impulso suicida le recorrió la espina dorsal mientras se estiraba y apoyaba los seiscientos kilos de puro músculo contra la cuerda blanca y reluciente. Fue una acción larga, lenta y suspendida, mientras la cámara se tensaba como un tofe y pasaba de negro a azul grisáceo. Pequeños trozos de plástico empezaron a salir disparados por la extrema tensión, y yo los observaba volar hacia el calor del día como si estuviera sentado muy lejos de cualquier peligro, como si estuviera observando mosquitos zumbando sobre el agua desde la ribera de un río. La rama empezó a inclinarse y a crujir debajo de mí y el mundo entero se detuvo durante un largo segundo. Cuando pasó, todo fue lento y desganado. Los latidos de mi corazón adquirieron un ritmo de vals mientras la rama se levantaba formando un arco largo, y vi los cuatro cascos del potro despegarse del suelo y el pánico en sus ojos abiertos cuando se dio cuenta de que estaba volando. Su cara plana y resplandeciente chocó contra el

tronco del plátano de granito y sonó como si alguien hubiera dejado caer media res sobre el frío pavimento. La rama siguió balanceándose durante un rato conmigo sin que yo dejara de estrangularla y de observar los despojos arrugados del caballo, tumbado e inmóvil debajo de mí, la sangre saliéndole de ambas fosas nasales. Su gruesa lengua rosada colgaba como una trucha muerta y la voz asustada de mi padre se abría camino como procedente de otro planeta.

—¡Has matado al hijo de puta! ¡Maldito seas, E. V., has cogido y te lo has cargado!

E. V. ya estaba sentado a horcajadas encima del cuello del caballo e iba soltando cuerda. Le abrió los párpados y le escupió en los ojos, entonces volvió a soplar, más fuerte, dentro de cada oreja. El caballo movió ligeramente la cabeza y E. V. se alejó de un salto, riéndose como un niño mientras enrollaba la poderosa cuerda.

—No está muerto, sólo está soñando —se rió E. V.—. Desata la cuerda de ahí arriba, ¿quieres, hijo? Y pásamela.

Hice lo que me indicaba E. V. y observé cómo mi padre se acercaba tambaleándose hacia su caballo vencido y lo examinaba, buscando alguna señal de vida.

—Mira toda esta sangre. Mírala. Este caballo está muerto. Quería convertirlo en un buen caballo de monta, y ahora, míralo. No me sirve ni como comida para perros.

—Estará de pie en dos minutos —se burló E. V.—. Te ga-ran-ti-zo que a partir de hoy podrás atarlo hasta con un cordón de zapato y no te dará problemas.

—Pues no voy a pagarte nada por ese tipo de trato. No te contraté para que mataras al pobre desgraciado. Eso ya lo podría haber hecho solo. —Mi padre se volvió y echó a andar a grandes zancadas hacia la casa, dejándome colgado encima del árbol, mirando el sombrero de E. V., manchado de sudor, y al caballo tumbado, que respiraba en largos y silbantes gorgoteos. E. V. siguió enrollando la cuerda en grandes lazadas y hablando sin dirigirse a nadie en particular.

—Los caballos son como los seres humanos. Tienen que conocer

sus límites. Una vez los descubren son felices sencillamente pastando en el campo.

El caballo se puso en pie como si estuviera siguiendo una indicación y se sacudió otra vez, salpicando con largos hilos de sangre la cuerda de E. V. Este sonrió y mantuvo la cuerda lejos de su pecho.

—Tenía que lavarla, de todas formas.

Se acercó suavemente hacia el cuello del caballo con esa peculiar dificultad de su andar, lo cogió por la crin y lo condujo otra vez al corral circular. El potro se dejaba llevar, manso como una vieja yegua de cría. E. V. paró cerca del abrevadero y limpió el morro del caballo, después le frotó gentilmente los ojos con agua fría y le hizo dar vueltas por el corral. Lo observó durante un rato como lo había hecho antes, con el pie en un travesaño y haciendo girar el cabo de su cuerda de algodón. Todo estaba en silencio. La luz se apagó en la habitación de mi padre. El viento cambió de dirección e hizo sonar las paredes de hojalata del lado bueno del granero.

Mucho después de que E. V. se hubiera ido y yo hubiera oído el ruido de su Chevrolet perderse en la niebla que se filtraba a través del valle, yo seguía en el árbol. Me quedé allí y estuve observando cómo caía la noche, y cómo los búhos volaban hasta los altos eucaliptos para poder controlar todo lo que se moviera con rapidez por el jardín. Me estiré para coger el nudo abierto de la cámara que E. V. había dejado. Me sujeté de la goma negra con las dos manos y me deslicé con cuidado del suave músculo de la rama, balanceándome en el espacio, los brazos encima de mi cabeza, girando lentamente en el aire frío de la noche. Todo el rancho dio vueltas debajo de mí. Eché la cabeza hacia atrás y mi boca se abrió hacia el cielo negro. La salpicadura gigante de la Vía Láctea fue seguramente lo que provocó que se me escapara una carcajada aguda y fuerte, como si alguien hubiera tirado de una cuerda en mi espina dorsal. Hasta mi piel estaba riendo. Oí a mi padre salir al porche y gritar mi nombre, pero yo no respondí. Me quedé allí colgado, girando en silencio. En aquel preciso instante supe de dónde venía y lo lejos que iría.

COALINGA A MEDIO CAMINO

Detiene el coche al final de los depósitos de pienso de Coalinga y apaga el motor. La enorme llanura de San Joaquín se extiende ante sus ojos, pero no está en condiciones de apreciarla. No le impresiona ni tampoco es capaz de valorar su importancia histórica, sólo siente desprecio. El aire ardiente apesta a ganado. El pulso le late en la base de la lengua seca y le arde la cabeza. La cabeza entera. Y luego está el teléfono, silencioso, abandonado sobre una cañería de cromo, bajo un globo azul claro de plástico que lo protege del sol rugiente. Su modernidad le asquea, le hace sentirse peor, más fuera de lugar. Más allá del teléfono, grupos de patéticos becerros se erigen encima de grandes montones oscuros de su propia mierda, a la espera de ser sacrificados. Vapores de calor se elevan de los montones que se cuecen bajo el sol como si estuvieran a punto de explotar y lanzar por el aire trozos de vaca descuartizada hasta la autopista. Más allá del ganado no hay nada. Absolutamente nada se mueve; todo está despejado hasta el horizonte gris, neblinoso.

«¡Es hora de hacer la llamada!». Le viene a la mente como una voz, una orden. Si no la hace ahora, no la hará nunca. Con miedo o sin él, es hora de hacer la llamada. Baja del Dodge y cierra la puerta de un golpe. El ruido no se expande y termina abruptamente a sus pies. Busca unas monedas en el bolsillo y se dirige a la cabina, haciendo crujir bajo sus pies gravilla y huesos de ratón, latas de cerveza aplastadas y condones desteñidos al sol. En este momento distingue todos los objetos claramente, los distingue como si hubieran sido expuestos en una mesa de acero para su examen personal, como si fueran pruebas de un crimen. También distingue

claramente la cara de ella. Sus ojos grandes. Puede oír su voz incluso antes de insertar la moneda; el terror en su voz. Hace la llamada a cobro revertido, sorteando la combinación de voces pregrabadas de las operadoras; voces femeninas, de edades diferentes, todas completamente desprovistas de sexualidad. Sabe que su mujer estará en casa. Lo ha calculado sabiendo que estaría allí. Y está.

—¿Dónde estás? —es lo primero que le pregunta ella.

Él ya sabía que esto sería lo primero y el terror le abre una brecha en el pecho.

—En Coalinga —dice.

—¿Y qué haces tan lejos? —pregunta ella.

—Voy hacia el sur.

—¿Por qué? ¿Qué estás haciendo?

—Bueno… Me voy.

—¿Te vas? ¿Y cuándo vuelves? —pregunta, pero él sabe que ella ya conoce la respuesta.

—No voy a volver.

—¿Cómo? ¿Nunca? ¿No vas a volver nunca?

—No creo.

—¡Oh, Dios mío! —dice dando un grito ahogado, y él oye el horrible ruido sordo del impacto en su pecho, su respiración entrecortada en medio de un profundo silencio. Nada. Un camión retumba al pasar y su zumbido se pierde en las bandas absorbentes de calor de acero gris. Una vaca gime. Su oído se agudiza.

—Oye —dice ella de repente—, ¿qué te parece si cojo el coche y nos encontramos? Tú podrías retroceder la mitad de camino y yo recorrer la otra mitad. ¿Te parece justo? Sólo para hablar, ¿de acuerdo? ¿Lo harás? ¿Nos encontramos a medio camino?

—Creo que no —contesta, intentando mantener su voz firme.

—Me parece que después de quince años podríamos hacer esto el uno por el otro, por lo menos. Quedar a medio camino. No es mucho pedir, ¿verdad? Así, al menos, podríamos hablar. No podemos seguir hablando así, por teléfono.

—Ya estoy muy lejos —dice él.

—Ya lo sé. Eso es lo que te estoy diciendo. No te pido que

vuelvas hasta aquí. Estoy dispuesta a conducir la mitad del camino para verte.

—¿Pero hasta dónde? —pregunta él—. Aquí no hay nada.

—No lo sé. Hasta Gilroy, por ejemplo.

—¿Gilroy?

—¡Donde sea! Me da igual. No importa.

—No, no puedo volver —repite.

—¿Por qué no? ¿Después de todo este tiempo? ¿Todos estos años? ¿Y qué hay de Spence? ¿Piensas decirle que no vas a volver?

—Ahora mismo no.

—¿Cuándo? —insiste ella.

—No lo sé.

—¿Y qué se supone que tengo que decirle?

—Dile que le llamaré.

—¿Cuándo?

—No estoy seguro. —Silencio otra vez. El chillido agudo y penetrante de un halcón sobrevolándole en círculos. Un Jeep ruge al pasar. Un Jeep sin ventanas ni puertas, sólo con el viento rasgando la cara con ojos abiertos como platos del conductor—. ¿Sigues ahí? —pregunta al auricular.

—¿Adónde quieres que me haya ido?

—No lo sé.

—Se trata de ella, ¿verdad? ¿Es eso, no? ¿Te vas al sur para estar con ella?

—Sí.

—¿Y qué pasa con su marido? ¿No tenía un marido ella también?

—Sí.

—¿Y qué pasa con él? ¿Qué va a hacer ella?

—Contárselo, supongo.

—¿No se lo ha contado todavía?

—No lo sé.

—¿No lo sabes y aun así vas a ir hasta allí?

—Sí.

—¿Sabes lo que esto significa para mí, verdad? Me refiero a mi

historia y todo lo demás…, mi padre…

—Sí, lo sé.

—Tu padre también.

—Sí.

—¿No has pensado en eso?

—Sí.

—Y en Spence… —La voz le falla.

Él clava la mirada en sus botas. Quiere sentir algo. Aprieta el tacón de una bota encima de la puntera de la otra. El sol le abrasa la nuca.

—¿Qué conseguirás con todo esto? —La voz vuelve y él se da cuenta de que ella se lo está jugando todo a una carta—. ¿Qué cambiará? Cambiar una mujer por otra. ¿Crees que esto resolverá algo, que las cosas serán diferentes?

—No lo sé —contesta.

—Sea lo que sea lo que te está haciendo…, lo que te provoca estas sensaciones… está dentro de ti, ¿sabes? Cambiar una mujer por otra no hará que las cosas sean diferentes. No solucionará nada.

—No, seguramente no.

—Nada cambió cuando viniste a vivir conmigo, ¿verdad?

—No.

—¿Cuántas veces lo has hecho y qué has ganado con ello?

—No lo sé.

—¿Y por qué lo haces otra vez?

No puede responder. No tiene respuesta. Los becerros lanzan una serie de gritos desesperados y enseguida vuelven a sumirse en el silencio. El intenso hedor y el calor le están llenando los ojos de lágrimas. Se los seca con una manga y cree, por un segundo, que de verdad está llorando: cree que el gesto tiene algo que ver con el dolor. Ahora se ve a sí mismo desde la distancia, como si estuviera mirando hacia abajo desde una gran altura, desde la perspectiva del halcón: un hombre diminuto en un espacio vastísimo, sujetando un pedazo de plástico negro. No puede oír su propia respiración de lo lejos que está. No puede oír su corazón.

—Dile a Spence que le llamaré, ¿de acuerdo? —dice finalmente.

—¿No podrías hacerme ese favor, quedar conmigo a mitad de camino?

—No puedo.

—¿Volverás a llamar?

—Sí, ya te lo he dicho.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Tienes que hablar con Spence.

—Lo haré.

—Yo no voy a contarle nada.

—Ya llamaré.

—De acuerdo —dice, y cuelga con un clic suave.

Le hubiera gustado que ella hubiera colgado el teléfono de golpe y hubiera gritado. Que hubiera gritado algo que él nunca había oído. Algún insulto. Sigue sujetando el teléfono con la mirada perdida en los acres llenos de ganado en cautiverio. No puede creer que esté llevando esto a cabo; no puede creer que ya esté hecho. No puede volver. Está a más de medio camino de Los Ángeles y no puede volver atrás. Una puerta se ha cerrado detrás de él con un clic suave. Una voz de mujer le está hablando. Una voz de operadora pregrabada le está diciendo que cuelgue el teléfono. Lo repite sin parar, luego la voz se convierte en un agudo pitido. Deja caer el teléfono, que se queda balanceando. El pitido continúa.

Está de nuevo al volante y pone el aire acondicionado al máximo. Su cabeza empieza a refrescarse un poco. Los ojos ya no le escuecen y el hedor a ganado se va diluyendo a sus espaldas. Quiere seguir con la mirada fija en el retrovisor, observando el teléfono que se balancea, pero pronto lo pierde de vista, como una pequeña parte de sí mismo que hubiera dejado atrás. El agudo pitido continúa dentro de su cráneo. Se acuerda de una conversación que tuvo con su mujer en su cabeza, hace menos de un mes. La cabeza no le estaba ardiendo, entonces. Recuerda que esa conversación imaginaria tuvo lugar en aquella misma carretera, casi a mitad de camino, donde está en ese momento, sólo que entonces iba hacia el norte. Entonces volvía con ella. Le contaba que nunca la dejaría,

hablando en voz alta dentro del camión, como si ella estuviera justo a su lado. Le contaba cómo había llegado a esa decisión. Cómo nunca repetiría los errores de su padre. Nunca abandonaría a su hijo. Lo tenía muy claro, estaba casi eufórico. Se acuerda de la sensación de estar lleno de convicción. La impresión de sí mismo como un hombre honesto. El cálido viento del valle a través de la ventana abierta parecía darle fuerzas en aquellos momentos. Apenas podía esperar a contarle todo esto cuando llegara, cuando ella saliera corriendo por la puerta delantera para recibirle. Pero nunca lo hizo. Algo pasó. Algo cambió. Algo que él nunca vio cómo ocurría.

La noche cae rápidamente en Tejon Pass y se da cuenta de que ya ha sobrepasado la mitad del camino. Ahora sabe que está completamente metido en algo que hasta hoy sólo había sido capaz de imaginar. Ahora, un niño asustado le ha robado el sitio al hombre, lo ha desplazado, ha agarrado el volante, se inclina hacia delante en la oscuridad y conduce por la carretera serpenteante de montaña en dirección a las luces brillantes de Los Ángeles.

En la intersección de Highland y Sunset, vallas publicitarias gigantes con caras de estrellas de cine relucientes le miran lascivamente. Algunas están en movimiento: huyendo de explosiones, cayendo por un espacio blanco, pegando, disparando, abriéndose camino a través de ventanas de cristal. Otras están congeladas en abrazos sudorosos, bocas abiertas, cuellos arqueados; superando, a través del orgasmo, mesetas de éxtasis más allá de las accesibles para el hombre corriente. Limusinas con cristales oscuros y líneas de graves subsónicas a todo volumen que embrujan las calles con su cargamento secreto. Una nidada de chicas histéricas y chillonas, con el pelo cardado, tatuajes y *piercings* por todas partes, corre hacia un club nocturno enmarcado en parpadeante neón azul lavanda, dando traspiés con sus altísimas plataformas, sólo para esperar en la cola a que los gorilas calvos de la puerta las cacheen.

Se registra en el Tropicana sin equipaje, ni cepillo de dientes, ni ropa interior de recambio. El conserje de noche tiene ojos de yonqui. Ojos a los que les da completamente igual qué o quién esté delante de ellos. Su habitación no tiene nada aparte de la cama y el

teléfono. Huele a comida china mala. Abre las cortinas de plástico verde y mira por la ventana hacia los reflejos ondulantes de la luz en la piscina. El logo del hotel, una palmera de neón rojo, hace bailar su reflejo en la esquina más lejana. Un hombre gordo que lleva un bañador Speedo negro está sentado en lo alto del tobogán, mirándose los pies que se balancean en el vacío. Los retuerce como buscando señales de vida en ellos. Un televisor se enciende en una habitación al otro lado de la piscina. Alguien cierra las cortinas.

Se da la vuelta y enciende la luz de un manotazo. Va hacia el teléfono. Se sabe el número de memoria. Ha llamado a este número quizá un millón de veces desde todos los rincones oscuros imaginables durante los dos últimos años. Ha agarrado teléfonos en todos los estados emocionales posibles, esperando oír la voz al otro extremo. La voz sin la que está convencido de que no puede vivir. La voz por la que lo ha dejado todo.

—Hola —dice la voz, y él no puede creer que todo sea tan sencillo.

—Soy yo —contesta.

Ella se ríe y él siente un torrente de excitación, como si estuviera cayendo de una cuerda floja al agua helada.

—¿Dónde estás? —se ríe ella.

—Estoy aquí. Aquí al lado.

—¿En la ciudad?

—Sí. Estoy en el Tropicana.

—¡El Tropicana! —chilla ella—. ¿Qué estás haciendo allí?

—Me he marchado de casa.

—¿Qué? —dice, y deja de reírse.

—Que me he marchado.

—¿Has dejado a tu mujer?

—Sí.

—¿Se lo has contado todo?

—Sí, se lo he contado todo.

Ella vuelve a reírse, pero ahora suena diferente, con un deje cauteloso.

—Bueno —dice ella—. ¿O sea que ya lo sabe?

—Sí.

—¿Qué le has dicho?

—Que la dejaba.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Hoy —dice—. Hoy mismo. He conducido todo el camino hasta aquí.

—¡Esto es una locura! —grita, y se ríe otra vez, pero esta vez ya no parece en absoluto una risa. Parece preocupada.

—¿Puedes venir? —pregunta—. Necesito verte.

—¿Cómo? ¿Ahora? ¿Ahora mismo?

—Sí. Vamos, ven. Estoy en la número diecisiete.

—Es que ahora no puedo. No… Es que no puedo.

—¿Por qué no? —dice él.

—Estaba…, bueno, la verdad es que estaba a punto de irme.

—¿Adónde vas?

—A Indiana. David tiene un nuevo proyecto allí.

—¿David? —repite él.

—Sí. Le salió hace nada. Me está esperando.

—¿Esperándote dónde?

—En Indiana. Te lo acabo de decir.

—¿Vas a coger un avión hasta Indiana para reunirte con David?

—Sí. Estaba en la puerta cuando ha sonado el teléfono.

Él oye el ruido del hombre al lanzarse al agua, fuera, en la piscina. Después, nada. Una sirena a lo lejos.

—¿Hola? —dice ella—. ¿Sigues ahí?

—¿Adónde quieres que me haya ido? —dice él.

UN TROZO DEL MURO DE BERLÍN

Mi padre no sabe nada sobre los ochenta. Tengo que hacerle una entrevista para la clase de geografía de séptimo curso y no sabe nada. Dice que no se acuerda de nada: ni coches, ni peinados, ni ropa, ni música, nada de nada. Dice que la economía era una mierda por culpa de los republicanos, pero aparte de esto no hay nada destacable para él. Dice que lo más significativo de los ochenta es que fue cuando conoció a mi madre y cuando nacimos mi hermana y yo. Estas dos cosas; eso es todo. Cuando le digo que el trabajo no puede ser sobre historias personales me dice que qué más hay en la vida. Le digo que necesito cosas sobre el estilo y las modas y lo que estaba pasando en el país en aquel momento, y él dice que nada de esto tiene que ver con la realidad, que la realidad es un «asunto interno» y todo lo demás es superficial y una mentira… como las noticias. Dice que las noticias son todo mentiras y que la razón por la que son tan populares es porque se venden a sí mismas como verdad única, y la gente se las cree porque prefiere creer en una mentira. La verdad les resulta demasiado difícil de tragar. Eso es lo que dice. Le digo que en teoría tiene que ser un simple trabajo sobre la década delos ochenta, no sobre la «realidad» y las «noticias», pero él dice que no puedes excluir el tema de la realidad, que el tema de la realidad desbanca todos los otros temas sobre peinados y coches y música y cosas así. Entonces dice que no se acuerda de haber vivido durante los ochenta y que a lo mejor ni siquiera estaba vivo por aquel entonces, pero tendría que haberlo estado, dice, porque recuerda haber conocido a mi madre, y que mi hermana y yo naciéramos entonces, repite otra vez. Mi padre está como una puta

cabra. En serio. No me di cuenta durante mucho tiempo, pero lo está. Mi hermana sabe más sobre los ochenta que mi padre, y sólo tiene un año y pico más que yo. Está en el noveno curso. Sabe muchas cosas —no me preguntéis cómo—, como la manera en que se llevaban los pantalones en los ochenta, ese estilo estrecho tan raro que consistía en meter la pernera del pantalón por dentro de las botas de cremallera, y las chicas llevaban medias de rejilla agujereadas y guantes baratos de algodón blancos intentando imitar a Madonna, que supongo que era el no va más de la música por entonces, o Michael Jackson, que ya había empezado a aclararse la piel, o Bob Seger, que yo creía que sólo era famoso por «Like a Rock», la canción de aquel estúpido anuncio de Chevrolets. Y por si fuera poco, sabe muchas cosas sobre política tales como que Rusia deja de ser Rusia y que cae el muro de Berlín, y cuando le pregunto cómo sabe todo eso, ella contesta que porque estaba allí.

—Sí, claro —le digo.

Y ella dice:

—Que sí, puedo demostrarlo. —Y corre escaleras arriba hasta su habitación y vuelve a bajar con un pedazo de hormigón pintado, del tamaño de una hamburguesa con queso, y lo deja en la encimera justo delante de mí y de mi padre.

—¿Qué es esto? —digo.

Y ella dice:

—Es un trozo del muro de Berlín.

—¡Es verdad! —exclama mi padre, con gran entusiasmo—. ¡Eso es exactamente lo que es! ¿No es increíble? —Lo coge y lo gira, sopesándolo como si procediera de otro planeta o algo así—. ¿Cuándo estuviste tú en el muro de Berlín, cariño?

Mi hermana le mira, atónita.

—¿No te acuerdas? —dice mi hermana—. Fui con mamá y la tía Amy.

—No lo recuerdo —dice mi padre—. ¿Cuántos años tenías?

No recuerda nada. Es como si estuviera perdiendo la cabeza. ¿Cómo podría no recordar algo así? Su propia hija yendo al muro de Berlín. No es tan viejo como para estar perdiendo la cabeza, pero la

está perdiendo.

—¿Dónde estaba yo? —pregunta mi padre.

—Te quedaste en casa, supongo —dice mi hermana.

—Supongo que sí.

Le pregunto a mi hermana cómo consiguió su trozo del muro de Berlín y dice que iban en coche por Berlín cuando derribaban el muro y que los trabajadores regalaban trozos del muro a través de las ventanillas de los coches que pasaban. Dice que era como una fiesta. Tenía tres años y las manos enormes de hombres peludos entraban por las ventanillas ofreciéndole trozos de roca y hormigón como si fuera un pastel, y ella no tenía ni idea de qué era todo aquello. Vuelvo a mirar el trozo de hormigón sobre la encimera. Un lado es suave y plano, de color turquesa y púrpura brillantes con una raya delgadita amarilla que la corta por la mitad; parece pintura de *spray*, quizás *graffiti*. El otro lado está roto y rugoso y se pueden ver los fragmentos de todo lo que componía el hormigón: pequeñas y suaves piedras que podrían ser de algún sitió en las profundidades de un bosque, gravilla cortante mezclada con ese hormigón calcáreo que no parece americano para nada y unas pequeñas partículas centelleantes. Cuando pasas el dedo por el contorno, hace un ruido más parecido a cristal que a piedra. Mi hermana me dice que puedo llevarme el trozo del muro de Berlín al colegio y enseñárselo a mis compañeros de clase, cosa que es muy generosa por su parte, creo. Entonces mi padre coge el trozo pesado del muro de Berlín y lo mete en una bolsa de cierre hermético, y cuando le pregunto por qué lo hace dice que es para que no se pierda. Dice que es muy importante que no se pierda y que no me la roben porque es una parte viva y real de historia moderna. ¿Qué más le dará a él? Ni siquiera está seguro de si estaba vivo entonces y ahora llama vivo a este trozo de hormigón. No tiene ningún sentido. Saca un gran rollo de cinta adhesiva de un cajón y corta un trozo con los dientes. Pega la tira de cinta adhesiva en la bolsa y luego coge un rotulador de color negro y escribe «TROZO DEL MURO DE BERLÍN» como si fuera la etiqueta de un museo o algo así.

—Aquí tienes —dice—, con esto bastará.

Está como una cabra.

Mi hermana está haciendo sus deberes pero sigue diciéndome más cosas sobre los ochenta todo el rato, y me las suelta mientras trabaja, como si su mente fuera capaz de dividirse justo por la mitad y hacer dos cosas a la vez. Es un genio, de verdad.

—Había un volcán allá por el este, en Washington, que hizo erupción —dice—. Hizo erupción y continuó en erupción durante el resto del año. Eso fue en los ochenta, ¿verdad papá?

No sé por qué se lo pregunta a él. ¿Cómo va a saberlo?

—No lo sé —dice mi padre mientras quita hormigas negras de la encimera con una esponja mojada. No intenta aplastarlas, sólo las tira al suelo y deja que se alejen lentamente.

—¿Por qué no las matas? —le pregunto a mi padre.

—Me gustan las hormigas —dice—. Me recuerdan al verano y a sitios calurosos. Siempre teníamos hormigas cuando era pequeño.

Lo dice como si estuviéramos hablando de perritos o conejillos de indias.

—¡Y descubrieron el sida! —suelta mi hermana—. Fue cuando descubrieron el virus del sida por primera vez, fue en los ochenta.

Ahora tiene una buena racha. No sé cómo funciona su cabeza. Es un misterio para mí, eso de que suelte información como si la tuviera escrita en una pantalla de ordenador o algo así. ¿Sida? ¿Cómo consigue recordar estas cosas?

—Y Marvin Gaye murió por un disparo de su padre, ¿verdad? —dice.

De repente, mi padre se para en medio de la cocina como si le hubieran dado un golpe en la nuca con un palo o algo así.

—Es verdad —dice mi padre—. De eso sí que me acuerdo.

—¿En serio? —digo yo, y le miro fijamente, de pie allí con una esponja en la mano, goteando en el suelo, y él mira a través de la cocina sin verme ni a mí ni a mi hermana ni nada, como si estuviera tratando de fijar en su mente la imagen de Marvin Gaye con un disparo en la cabeza y lleno de sangre de alguna fotografía de las noticias de entonces que tanto odia.

—Lo recuerdo muy claramente —dice—. Estaba en California.

Era 1984, el verano o primavera de 1984, y hacía mucho calor. Marvin Gaye fue asesinado por su padre, y su padre era un reverendo, ¿verdad? Creo que sí que lo era. Un hombre de la iglesia y disparó a su hijo en la cabeza por algo… por algo relacionado con mujeres, creo. Fue por algo relacionado con mujeres, ¿verdad? —Se vuelve hacia mi hermana, que no se da cuenta de que le están haciendo una pregunta directa, y continúa con la cabeza metida en su libro, haciendo sus deberes—. ¿No fue por algo relacionado con mujeres? —vuelve a decirle.

Al final, mi hermana levanta la cabeza y se da cuenta de que mi padre le está hablando. Ella le mira pero se ve que está pensando en un problema de matemáticas.

—No lo sé, papá —dice, y sus ojos se concentran de nuevo en los libros.

Él me mira a mí, como buscando durante un segundo, pero yo no sé la respuesta. ¿Cómo voy a saberla? Ni siquiera había nacido cuando pasó todo esto. Él mira a través de la cocina otra vez, hacia las ventanas oscuras.

—Mira, tiene gracia que me acuerde de esto —dice, y entonces tira la esponja en el fregadero, sale al porche y se queda allí durante un largo rato, mirando el césped y el arce. Los gorjeos primaverales llegan alegremente desde el estanque de la colina. Cojo la bolsa de cierre hermético que contiene el trozo del muro de Berlín y la pongo a la luz. Sólo es un trozo de hormigón.

—No lo pierdas —dice mi hermana sin levantar la vista.

—¿Cómo quieres que lo pierda? —digo—. Está marcado.

EL OJO PARPADEANTE

Es la hija menor de la mujer cuyas cenizas están en el asiento del copiloto, en una urna de cerámica verde. Se siente bien por ser la más joven y la única responsable de llevar los restos de su madre a través del país, justo a tiempo para el funeral familiar en Green Bay. Está contenta de haber tenido finalmente tiempo para estar a solas con su madre, y habla con la alargada urna verde, mientras conduce a toda velocidad a través de Utah, con una voz exactamente igual a la que utilizaba cuando su madre estaba viva. Habla en voz alta mientras sus ojos exploran un enorme mar blanco de sal.

—No sé, mamá…, pensaba que ese cheque era para mí. De verdad que lo pensaba. Si no, nunca lo hubiera cobrado. Ahora Sally está enfadada, ofendida, como si le hubiera robado algo o cometido algún horrible crimen a sus espaldas. Se pone tan violenta conmigo, a veces. Contigo nunca se comporta así, pero conmigo es otra historia. Yo pensaba que me habías dicho que fuera a cobrar el cheque. Yo entendí eso. Creí que me habías dicho que adelante y que lo cogiera cuando todo hubiera terminado. No digo que me lo debieras ni mucho menos. Nunca me lo pareció. Sólo pensé que era algo que querías que yo tuviera. Estaba allí, invitándome a cogerlo, sobre tu mesa, al portador. Así que lo cogí. Ahora Sally dice que tendría que habérmelo repartido con ella a partes iguales. No sé, sólo son cien pavos y se está comportando como…, no sé. Da igual. No quiero parecer…, es que a veces no la entiendo, la verdad. Como si yo fuera su peor enemiga o algo así. Estará en el funeral y tendré que discutirlo todo con ella otra vez. Otra vez igual. No se rinde nunca. A mí me encantaría darle los cien pavos si tanto le importan,

de verdad. Me importan una mierda esos cien pavos, en serio. Pero ya me los he gastado para pagar el coche y ella cree… ella cree que yo estaba desesperada y cobré el cheque sin consultárselo. Eso es lo que le molesta. Que no se lo consultara. Se cree…

Justo en este momento, ve algo en la larga franja de carretera vacía, delante del coche, algo que revolotea, planeando bajo, justo por encima de la línea blanca medio borrada que separa los carriles. Su mente intenta identificar la forma y la acción con algo conocido: una caja de cartón rota agitada por el viento; un trozo de ropa de alguien; un pedazo destrozado de neumático de camión. Levanta el pie del acelerador y se olvida de todo lo relacionado con su madre muerta o su hermana viva y cabreada. Ahora sólo se concentra en sí misma. Piensa que podrían ser plumas; un ala levantándose con las puntas rojas y volviendo a caer contra el asfalto picado. ¡Un pájaro gigante! Cuando está a punto de arrollarlo, pisa el freno y derrapa bruscamente hacia la cuneta. Ve un ojo amarillo penetrante cuando pasa por su lado. Un ojo horrorizado, enterrado en un revoltijo de sangre y plumas pegadas al asfalto, y un ala enorme batiéndose para coger carrerilla.

—¡Dios mío, es un halcón! —dice en voz alta—. ¡Un halcón precioso! ¡Dios mío! Dios mío, ¿qué voy a hacer?

Sale del coche a toda prisa, cierra la puerta de golpe y echa a correr hacia el pájaro herido a través del polvo que ha levantado el coche. Se para en seco y se coge la cara con ambas manos, un gesto que ha adquirido de ver tanta televisión matinal. Tose por culpa del polvo y empieza a repetir «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!», como si fuera un mantra que de alguna manera pudiera ayudarla a solucionar la situación. El enorme halcón sigue chillando y batiendo espantosamente las alas en medio de la calzada. Ella levanta la cabeza y mira hacia la carretera, pero no hay ningún coche a la vista. El calor del asfalto está empezando a abrasarle las suelas de crepé de sus zapatillas de deporte, y eso la hace saltar sobre uno y otro pie. Se acerca un poco al pájaro, todavía cogiéndose la cara con ambas manos y avanzando en pequeños y afectados pasos de niña como si tuviera miedo de caerse en un profundo agujero. Intenta hablar con

el halcón con la voz que utilizaba para hacerlo con los perritos y las tortugas marinas.

—Ay, pobrecito. Pobrecito. No pasa nada. Todo irá bien. Es terrible, terrible.

El halcón se calma por momentos y se alisa las plumas del cuello, como si encontrara algo tranquilizador en la voz, como si estuviera escuchando de verdad. Su pecho desgarrado palpita sin control. El ojo amarillo parpadea mecánicamente. Su cabeza se ladea sobre sí misma y entonces el pájaro vuelve a explotar en convulsiones salvajes y chillidos agudos, y la sangre sale disparada a chorros hacia el cielo blanco.

Corre otra vez hacia el coche y coge su sudadera del asiento trasero. Es su sudadera del instituto, con la palabra «MUSTANGS» escrita delante y debajo un caballo salvaje galopando, la crin y la cola balanceándose con un imaginario viento de la pradera. Otra vez, mira a derecha e izquierda de la carretera pero no ve nada, sólo los extraños rayos metálicos de calor que reverberan en las salinas y una gaviota solitaria planeando hacia el sur. Se dirige hacia el halcón con la sudadera en la mano, como si fuera un torero tanteando cautelosamente a un toro joven. No sabe muy bien cómo capturarlo, si arrojar la sudadera encima del pájaro moribundo o intentar cogerlo y envolverlo rápidamente. No tiene ninguna experiencia con halcones. Empieza a repetir «Dios mío» de nuevo, pero esta vez se interrumpe enseguida, dándose cuenta de lo patético e impotente que suena en el espacio infinito. Vuelve a utilizar su voz para cachorritos pero también desiste y opta por el silencio. El silencio la asusta mucho, la asusta más que los chillidos del halcón y el viento gimiendo a través de los bancos desolados, sin árboles. Se acerca y ve que el pájaro tiene una herida grave en la parte izquierda. «Seguramente un coche le ha golpeado cuando estaba elevándose de la zanja», piensa. «¿Por qué no se pararía nadie? Es lógico pensar que uno se pararía de haber golpeado un pájaro así. Un pájaro tan increíble. No es como golpear un cuervo o un gorrión. ¡Es un halcón! ¡Mira qué halcón! ¡Es enorme! ¡Es increíble! ¡Mira su ojo!». Nunca ha estado tan cerca de un halcón.

—No puedo creerlo —susurra—. Eres tan bonito. Eres la cosa más bonita que he visto en mi vida. Eres un halcón precioso. ¡No hagas eso! ¡No hagas eso! ¡Por favor, no hagas eso! —exclama cuando el halcón tiene otro ataque y empieza a batir su ala sana.

Se lanza rápidamente sobre él e intenta coger toda el ala gigante con la manga de su sudadera, pero el halcón da un golpe brusco con el pico y las garras, haciendo un horrible ruido sibilante. Se echa hacia atrás y siente una repentina necesidad de dejarse caer de rodillas y ponerse a llorar. Quiere ponerse a llorar desconsoladamente. Quiere acurrucarse y que todo desaparezca. Baila en pequeños círculos en medio de la carretera vacía, saltando y golpeándose las caderas con la sudadera.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —grita.

Nada le contesta. Se queda inmóvil. El halcón hace lo mismo y la mira con su ojo amarillo parpadeante, la pupila negra fría como una piedra en el centro. Su pico está abierto del todo, intentando coger aire. Puede ver la cuña rosada de una lengua. Oye cómo chasquea en lo hondo de la garganta.

—Déjame cogerte, ¿de acuerdo? —le pide suavemente—. Deja que te envuelva y te lleve conmigo. Encontraré a alguien que te haga sentir mejor. Alguien que te cure. ¿De acuerdo?

El pájaro sólo parpadea. Su cabeza se mueve de un lado para otro, desconcertada.

—Te prometo que no voy a hacerte ningún daño. Te lo prometo. Sólo quiero salvarte, eso es todo. ¿No quieres que te salve?

El pájaro deja escapar un chillido diferente, una especie de ruido crujiente más grave, y entonces deja caer su cuello hacia atrás, encima del ala herida. Su pata se retuerce y su ala sana se extiende del todo por encima de la línea blanca de la carretera como si fuera un exótico abanico japonés.

—¡No te mueras! —le grita—. Por favor, no te mueras. No podría soportarlo. ¡No quiero que te mueras!

Se acerca al pájaro y lo sujeta con la sudadera. Se sorprende de lo fácil que resulta. El halcón casi no se queja. Mueve la cabeza, con las plumas erizadas, y arquea el pico abierto hacia la barbilla de ella. El

ruido sibilante vuelve otra vez. Le da la vuelta y ata las mangas de la sudadera en el pecho del pájaro. Tiene las manos y los brazos manchados de sangre. Huele a salvaje. Más salvaje que la sangre humana, como a metal oxidado. Corre hacia el coche, con el halcón en los brazos, apretado contra su estómago. De repente, un camión surge de la nada, pero no puede soltar el pájaro para hacerle señales. Se gira en un círculo muy pequeño, siguiendo el camión con sus ojos desesperados mientras éste pasa volando en dirección a Winemucca. Ve con claridad al conductor. La está mirando directamente desde lo alto de la cabina. Él ve a una chica con una sudadera manchada de sangre, gritando con pánico. Ella ve una barba rubia, unos ojos azules, y un gorro de esquí negro calado hasta las orejas. Ella grita «¡Pare! ¡Pare! ¡Pare, por favor!» y parece, por un segundo, que el camión va a pararse. Disminuye la velocidad y empieza a desviarse hacia un lado. Los frenos chirrían y sacan humo. Uno de los neumáticos traseros se para, chirriando. Huele a goma quemada. Entonces, antes de que pueda empezar a sentirse aliviada, el camión acelera y se mete otra vez en la carretera.

—¡Espere! —grita, pero él ya está cambiando de marchas, y se pierde en una larga columna de polvo blanco que centellea azul y dorado bajo el sol deslumbrante.

El halcón la golpea en el estómago con su fuerte pata. Ella lo deposita con cuidado en el asiento trasero del coche, comprobando el nudo del pecho y pidiéndole que aguante, que no se muera, que encontrará ayuda y todo saldrá bien. De alguna manera tiene que ocurrir un milagro.

Conduce hacia Salt Lake, hablando con el halcón con la voz que utilizaba con su hermano pequeño cada vez que éste se metía en líos, cuando había hecho algo de lo que su padre no debía enterarse. El halcón no deja de parpadear. Ella mueve el retrovisor para poder ver su ojo amarillo. Alarga el brazo, ensoñada, y sus dedos acarician levemente la urna fría de cerámica verde. Su cuerpo se relaja y empieza a sentir una tranquilidad extraña con la idea de que es la única responsable del herido y de la muerta. Se siente segura, ahora que puede visualizar el final de esta situación, sea cual sea el

resultado. De repente enciende la radio y sintoniza una emisora de grandes éxitos: Clyde McPhatter canta «A Lover's Question» con una voz de falsete agudo e inmaculado. Su voz se derrite dentro de ella y parece tener el mismo efecto balsámico sobre el halcón. No puede creer lo tranquilo que está. No tiene ni idea de dónde encontrará ayuda para curar a un halcón herido pero, sea como sea, eso no la preocupa. El pánico la ha abandonado. Continúa inclinándose sobre el volante de vez en cuando, mirando por el retrovisor, observando el ojo parpadeante para asegurarse de que no se ha muerto. Piensa en su hermana Sally y los cien pavos. Ese pensamiento le vuelve una y otra vez, como una mala costumbre. Piensa en Wisconsin y todos los familiares esperando las cenizas de su madre. Empieza a ver sus caras: tías y tíos, primos a los que ha perdido la pista, niños a los que no sabe qué lazos la unen. Se deja llevar por visiones del funeral, caras llorosas, versos bíblicos, alguien cantando.

De repente el halcón se vuelve completamente loco y se libera de golpe de su cautiverio dentro de la sudadera, chillando como un alma en pena. Ella se vuelve rápidamente y lo ve pegado contra la ventanilla de atrás, con las alas extendidas al máximo, inmóvil como una gárgola medieval. El coche da bandazos y choca contra la zanja, tirando la urna de cerámica verde al suelo. Las cenizas se esparcen por el salpicadero y el cristal delantero. Una nube envuelve la tapicería. Empieza a inhalar las cenizas mientras se agarra salvajemente al volante fuera de control. Su madre le ha entrado en los pulmones. El halcón es arrojado hacia delante, con las garras negras estiradas, en tensión, cogiendo aire y enredándose en el pelo rojo de ella. Ella grita exactamente con el mismo tono que Clyde McPhatter. El coche se detiene en seco en una duna de arena pero el motor continúa encendido. «A Lover's Question» sigue sonando. Sale del coche de un salto con el halcón todavía enredado en su pelo. Golpea el cuerpo sangrante con sus pequeños puños blancos y se revuelca por la arena como si intentara apagar un fuego inesperado. El halcón se libera y se aleja volando como si nunca hubiera estado herido, impulsándose con ambas alas, planeando hacia abajo y

batiéndolas para ganar altura. Lo observa desde la arena mientras se aleja. La radio continúa sonando. El motor sigue zumbando. El viento gime sobre la llana y desolada extensión. Se queda boca abajo durante un largo, largo rato hasta que recupera el aliento. Su cara está cubierta de cenizas. Cuando se pasa la lengua por los labios, nota que muchas partículas se le han quedado pegadas. Su madre sabe a sal.

Tarda más de tres días en llegar a Green Bay, y cuando por fin lo hace, se ha olvidado por completo del halcón. Las calles están cubiertas de pancartas verdes y doradas. Montones de nieve manchada de barro y gasolina, restaurantes Dairy Queens, taxidermistas, fábricas de queso y cachivaches del equipo de los Packers a precios ridículos. Busca la dirección de su tía Dottie. Se acuerda de alguna de estas calles de cuando era muy pequeña. Se acuerda de su madre tirando de ella y de su hermana en un carrito rojo con listones de madera a ambos lados para que ninguna de las dos se cayera. Casi no se acuerda de su padre. Recorre el cuello sedoso de la urna verde oscuro con sus dedos y piensa que ésta será la última vez que tendrá a su madre para ella sola. Comprueba que la tapa esté bien cerrada. Consiguió recoger la mayoría de las cenizas esparcidas, las sacudió de sus zapatillas de deporte y las puso otra vez en la urna, pero pequeñas motas de su madre siguen pegadas a las alfombrillas de plástico y al salpicadero, y algunas seguro que se perdieron para siempre en la enormidad blanca de los páramos de Utah. «Nunca notarán la diferencia», piensa. «Nunca sabrán que no está toda ahí». Ve la casa de su tía y tuerce por un caminito estrecho, pensando que parece mucho más pequeña de lo que recordaba. Su corazón se acelera por alguna razón, como si tuviera algún motivo para sentirse culpable. Su hermana Sally está ahí, de pie en el porche, como si la hubiera estado esperando todo el tiempo. Nadie más, sólo Sally. Apaga el motor y coge la urna de color verde oscuro con ambas manos, agarrando el cuello delgado, rezando para que no se le caiga. Sally le abre la puerta del coche y le coge la urna, y las dos notan el repentino peso de su madre entre ambas. Las hermanas se sonríen, y entonces Sally dice:

—¿Has traído mis cien pavos?

LOS GATOS DE BETTY

A ver, Betty, ¿qué vamos a hacer?

¿Cuál es el problema?

Los gatos, Betty.

Ése no es *mi* problema.

Es *nuestro* problema, Betty. Te volverán a confiscar la caravana si no hacemos algo al respecto.

No pueden confiscarme la caravana.

Ya lo hicieron una vez.

Bueno, no pueden volver a hacerlo.

Betty…, te han avisado. Si no te libras de los gatos se llevarán la caravana. Es así de sencillo. Y yo no quiero que vuelva a pasar otra vez. ¿Adónde irás, Betty?

Ya encontraré algún sitio.

Yo quiero ayudarte, Betty, pero necesito tu cooperación.

No tienes por qué ayudarme.

Quiero ayudarte.

Ése no es mi mayor problema. Ahora te diré cuál es mi mayor problema.

¿Cuál es tu problema, Betty?

El Departamento de Sanidad. Ése es mi problema.

Sólo están haciendo su trabajo. Han recibido quejas a causa del olor. Tienen que venir.

No tienen que venir.

Es parte de su trabajo. Tienen que responder a quejas de este tipo. No sé, estuve allí el otro día con Lois y sólo bajar del coche ella dijo: «¿Qué es ese olor?», y yo le dije: «Son los gatos de Betty».

¿Lois?

Eso es lo que dijo. Sólo bajar del coche.

¿Lois estuvo allí?

Fue conmigo.

Lois odia a esos gatos.

No es verdad, Betty.

Odia a *mis* gatos.

No es verdad. Podía olerlos, eso es todo.

¿Tú podías olerlos?

Cualquiera puede.

Son los gatos.

Ya sé que son los gatos. Eso es lo que te estoy diciendo. Bueno, ¿qué vamos a hacer?

No lo sé, pero no voy a deshacerme de ellos.

Entonces tenemos que limpiar. Es lo único que nos queda. Mira, estoy dispuesto a ir a ayudarte, Betty, pero tú tienes que colaborar. La última vez que estuve allí limpiando, el gato gris se pasó el rato siguiéndome y haciendo sus necesidades justo detrás de mí. Y esto no está bien, Betty.

¿*Cricket*?

El de color gris. No sé cómo se llama. El que no tiene pelo.

Es *Cricket*.

¿Qué le pasó a su pelo?

Nació así.

¿Le pasa algo raro?

A *Cricket* no le pasa nada.

Bueno, si no está bien deberías deshacerte de él.

No le pasa nada raro.

Nunca había visto un gato sin pelo.

Nació así.

Muy bien, pero tenemos que afrontar el problema, Betty.

Ya lo *estoy* afrontando.

No, no lo haces, Betty. Te van advirtiendo y avisando y aquí nadie hace nada.

Tengo otros problemas.

¿Qué otros problemas?

La caravana está desnivelada. Necesito seis soportes. ¿Soportes?

Los soportes metálicos para levantar la caravana, para nivelarla. Necesito seis.

Yo no sé nada sobre caravanas. Nunca he tenido ninguna.

Bueno, los necesito. Alguien tendrá que meterse allí debajo y fijar estos soportes. Yo no puedo hacerlo sola.

A lo mejor podemos encontrar a alguien en el bar de camioneros.

No puedo hacerlo sola. Se necesitan dos personas.

Estoy seguro de que encontraremos a alguien que te ayude, pero ése no es el problema.

Ése *es* el problema.

No, no lo es, Betty.

¿Cuál es el problema entonces?

¡Los gatos, Betty!

No puedo vivir en una caravana desnivelada. Todo se cae al suelo.

¡Qué vamos a hacer con los gatos!

No voy a encerrarlos, eso seguro.

No pueden estar a sus anchas por toda la caravana.

¿Por qué no?

¡Porqué no puedes controlarlos! Hacen sus cosas por todas partes.

No *quiero* controlarlos.

Entonces tendrás que deshacerte de ellos.

Tampoco voy a deshacerme de ellos.

Pues entonces vendrán y se llevarán la caravana otra vez. Esto es lo que hay.

Pues que se la lleven.

¿Y qué vas a hacer? ¿Adónde vas a ir?

Ya encontraré algo.

No puedes quedarte conmigo y con Lois. No tenemos sitio.

No quiero vivir con Lois.

Vamos, Betty, Lois te ha ayudado mucho. Ya lo sabes.

¿Cuándo?

También ha estado allí, haciendo lo mismo que yo.

¿Haciendo qué?

Limpiando, Betty. Limpiando la mierda de los gatos. Una vez te limpió toda la caravana de arriba abajo. Instaló un tabique de separación, una tabla, al lado de la cocina, para mantener allí los gatos. Construyó esa pieza de contrachapado y metió allí a todos los gatos, y lo primero que hiciste tú al volver fue quitar la tabla.

No pueden vivir así, encerrados en la cocina.

No estaban encerrados. Tenían mucho espacio.

Estaban encerrados. Lois odia a mis gatos.

Vamos, Betty…

¿Qué?

No lo sé. O eso o tendrás que deshacerte de ellos.

No quiero deshacerme de ellos.

Podrías deshacerte de *algunos*.

¿De cuáles?

Aquel gris, por ejemplo.

¿*Cricket*?

Sí, *Cricket*. El que no tiene pelo.

No te gusta *Cricket*, ¿verdad?

No es una cuestión de gustar…

Nació así.

¡Ya sé que nació así!

No puedes culparle por eso.

No le *culpo*.

Has dicho que me deshaga de él.

Sólo decía que si querías deshacerte de algunos gatos podrías empezar por ése, ya que no tiene pelo.

No le pasa nada raro. Sólo es diferente.

Tiene algo. No es natural que un gato no tenga pelo.

Nunca ha tenido pelo.

¿Tiene sarna o algo parecido?

La sarna hace que el pelo se caiga. Él nunca ha tenido pelo que se le pudiera caer.

Bueno, no es sano quedarse con un gato así.

No voy a deshacerme de *Cricket*.

De acuerdo, ¿qué tal alguno de los otros,

entonces? El naranja.

¿Qué naranja?

El que tiene una raya rara en medio de la cara.

¿Badger?

¿Se llama así? No sé.

Badger es el padre.

Pues al menos podrías castrarlo.

No voy a castrar a Badger. Es el padre.

Entonces seguirás teniendo más y más crías, Betty.

Bueno, no puedo impedirles tener crías si es lo que quieren.

Para eso se inventó la castración.

¿Para qué?

¡Para evitar que tengan más crías!

Pues no pienso hacerlo.

Está bien. No sé…

¿Qué?

No sé qué vamos a hacer.

No hay nada que hacer.

He intentado ayudarte. Lois y yo, los dos.

No puedes ayudarme.

Bueno, no podemos ayudarte si tú no puedes ayudarte a ti misma.

Exacto. Nadie puede ayudarme.

¿Y qué vamos a hacer, Betty?

Nada.

¿Vas a dejarles que se lleven la caravana otra vez?

Pueden quedársela. Es una mierda, de todas formas. Nunca ha estado nivelada.

Bueno, tú has dejado que acabara así.

No recuerdo que nunca estuviera nivelada. Siempre ha sido una mierda.

Estaba nivelada cuando te mudaste. Y limpia. Está así por culpa de los gatos.

Supongo que sí.

Sabes que es verdad.

Ya lo sé.

¿Y se puede saber qué piensas hacer entonces, Betty?

Nada. No hay nada que hacer.

LA PUERTA HACIA LAS MUJERES

A estas alturas, todas las mujeres habían huido de la casa, algunas por infidelidad, la mayoría por negligencia. Sólo quedaban el chico y su abuelo. A ellos ya les iba bien así. Se estaba más tranquilo.

El chico le estaba cortando las uñas al viejo con las tijeritas de su navaja suiza. Blandos trozos de uña amarilla saltaban por encima de la cabeza del chico y aterrizaban sobre el *parquet* de la pequeña sala de estar. El abuelo estaba sentado en su silla favorita de madera de roble rústico con el *Daily Racing Form*[1] abierto cuidadosamente sobre su regazo y un cigarrillo Pall Malí consumiéndose en el cenicero de pie, a su lado. Sólo se oía el clic que hacían los trozos de uña al aterrizar en la madera pulida, un ruiseñor solitario al otro lado de la ventana y la respiración áspera del viejo. El chico continuaba trabajando metódicamente, procurando no apurar demasiado en las esquinas de las uñas. Cometió este error una vez y su abuelo estuvo cojeando durante una semana y necesitó largos baños de sales Epsom y vinagre de manzana. El abuelo nunca se quejó pero el chico tuvo que soportar días de silencio en los que el viejo parecía hundirse cada vez más en sí mismo hasta que, de pronto, una mañana se levantó de un salto de su silla, echó a andar descalzo en dirección al río Russian y se adentró en el agua hasta que le llegó al pecho. Después de eso los dedos de sus pies se recuperaron y él empezó a hablar otra vez con sus acostumbrados arranques de entusiasmo. Ahora está completamente recuperado. Los dedos de sus pies brillan como lombrices llenas de vida. Coge su bolígrafo Bic rojo y marca el nombre de un caballo que le gusta en la octava

carrera: Monkish, un caballo castrado marrón que traerán de Pomona. En la columna vacía, al lado del nombre, garabatea «acorta distancias, se acerca; al final queda segundo en la última carrera, que iba a 1 y 1/8». Tapa el bolígrafo, se lo mete otra vez en el bolsillo de la camisa y coge su Pall Mall. «Así es como deberían ser las cosas», piensa, mientras recuesta la espalda en el duro respaldo de la silla; tal y como las había imaginado siempre. No hay abismos entre su imaginación y la manera como son las cosas. Le habla dulcemente al chico arrodillado ante sus pies nudosos.

—La semana pasada, ¿cuándo fue? ¿Qué día fue de la semana pasada cuando bajamos a cenar ahí, al lado del río? ¿Te acuerdas? Empezaba a oscurecer, creo.

—¿En la Taberna, dices? —contesta el chico, continuando con su trabajo.

—¡Exacto! La Taberna. Un nombre tan fácil. La verdad es que ya podría acordarme de algo tan simple.

—Sí, la Taberna. Lo llaman así.

—Muy buena comida, de la mejor. Pato crujiente. ¿Qué es exactamente? ¿Algo chino, no, eso de pato crujiente?

—A ti te gusta. Siempre pides lo mismo.

—Tú comiste un bocadillo de atún con queso fundido, para variar.

—¿Ah, sí? —dice el chico.

—No empieces a volverte olvidadizo tú ahora, chico. Más vale que no estemos los dos en el mismo barco.

—No, ya me acuerdo. Siempre pido atún con queso.

—Así me gusta. Y había una chica que parecía conocerte. ¿Quién era?

—¿Qué chica, abuelo?

—¡Aquella chica! Con el pelo negro. ¡Tenía unos ojos magníficos! Era nuestra camarera.

—Ah…

—Ya sabes cuál digo. No te hagas el tonto conmigo.

—Sí. Ya la había visto antes. Viene mucho por la tienda de pienso.

—¿Ah, sí? ¿Entonces sí que la conoces?

—Sólo de la tienda de pienso.

—Me pareció que le gustabas mucho. ¿Lo notaste?

—Pues no, la verdad —dice el chico, y pega la barbilla al pecho mientras se concentra en el largo dedo de en medio, que tiene forma de pala.

—Es importante darse cuenta de esas cosas. No pases por alto ese tipo de cosas. Algo así podría cambiarte la vida entera. Un momento así.

—Un momento así, ¿cómo?

—¡Darte cuenta de que le gustas! Venía todo el rato a rellenarnos los vasos de agua, incluso cuando ya estaban llenos. No te quitaba los ojos de encima.

—No sé…

—¿No te diste cuenta de que venía continuamente?

—Era nuestra camarera. Se supone que ése es su trabajo.

—¡Pero no cuando los vasos están llenos! No tenía por qué venir tanto.

—Bueno, no me di cuenta —dice el chico con un tono tajante, confiando en cambiar de tema.

Hay una pausa suave en la que se oye una paloma zureando entre el polvo de la carretera y la irrigación que barre los campos vecinos, recién segados.

—¿Sabes cómo se llama? —pregunta suavemente el abuelo.

—No. Tiene un nombre mexicano, o algo así. Algo parecido a Mina.

—¿Mina?

—Algo así. Viene mucho por la tienda a comprar comida para sus cabras.

—¿Tiene cabras? ¿Una chica como ésa?

—Sí, ¿qué tiene eso de malo? —dice el chico, y no entiende el sentimiento que le invade de querer defender a la chica.

—Nada. No hay nada malo. Me gustan las chicas capaces de cuidar ganado.

—Barro del suelo los restos de avena y alfalfa de las balas

cuadradas y se lo doy en sacos vacíos por la trastienda. No le cobro nada.

—¿Así que le haces favores, eh?

—Bueno, sólo de vez en cuando.

—Es muy maja esa chica. Nunca había visto unos ojos así. La hacen parecer mayor, diría yo.

—No sé cuántos años tiene.

—Es difícil decirlo con una chica así. Ya es casi una mujer.

—No lo sé —murmura el chico.

—¿Para qué cuidará cabras? Es camarera, ¿no?

—Seguramente tiene más de un trabajo.

—Bueno, ¿pero por qué cuida cabras?

—No lo sé. A lo mejor por sus padres… Tiene una familia muy numerosa, creo. Nunca dice nada cuando viene. Sólo se queda ahí de pie, mirándome mientras barro.

—Le gustas.

—No lo sé.

—Pues claro que le gustas. ¿Qué crees que está mirando? ¿La escoba?

—No sé si le gusto. Sólo porque esté mirando…

—Le gustas, créeme. Tendrías que ser capaz de distinguir una cosa así a estas alturas. Ya eres mayorcito.

El chico vuelve a concentrarse en el último dedo del pie izquierdo del viejo. El más pequeño y el más feo; por eso precisamente siempre lo deja para el final. La uña sobresale abruptamente como el diente de un tiburón y él nunca sabe desde qué ángulo abordarla. Tiene miedo de que de alguna manera salte y le muerda la mano. El abuelo da una larga y deliciosa calada a su cigarrillo y deja que el humo le salga lentamente por los agujeros de la nariz, peludos, y las comisuras oscuras de la boca. Mira la coronilla de la brillante cabeza de su nieto. Admira la estructura de su cráneo, el arco perfecto, y se congratula interiormente por la genealogía tan masculina del chico. «¡Claro que las mujeres están locas por él! ¿Cómo podrían resistirse?».

—Estaba pensando… —empieza el viejo; luego se aclara la voz y

se estremece un poquito con el último golpe de las tijeritas plateadas —. He estado pensando que ha pasado mucho tiempo desde que había mujeres en casa.

El chico acaba su trabajo y sopla los trocitos de uña restantes en los dedos viejos. Se levanta lentamente, cerrando la navaja y guardándosela en el bolsillo. Sus ojos examinan el buen trabajo que ha hecho.

—¿Cuánto hace que tu madre se largó? Fue la última en marcharse, ¿verdad? Después de tus dos hermanas. ¿Cuánto hace?

—No lo sé —contesta el chico, con los ojos fijos en los dedos del pie de su abuelo.

—Un año o más, como mínimo. Tiene que ser algo así.

—Tal vez. No me acuerdo.

—Al menos un año. Recuerdo que hacía un calor de mil demonios. A mediados de agosto. Seguro que sí.

—Podría ser.

—Habíamos acabado de recoger las almendras. Eso lo recuerdo. Pagamos a todos los mexicanos. Un buen grupo, todos de Sonora.

—Supongo.

—Ella le acababa de jugar aquella mala pasada a tu padre. ¿Te acuerdas? Y no es que él no se lo mereciera.

—¿Quién? ¿Mamá?

—Sí. ¿No te acuerdas de eso? ¡Fue genial! —El abuelo se ríe entre dientes y se aclara la garganta otra vez—. ¡Fue lo mejor! Después de aquella pequeña inundación que tuvimos en el sótano. Llovió durante cinco días seguidos. ¿Te acuerdas? El río creció tanto que tuvieron que cerrar el puente viejo. Todas las cosas de tu padre estaban flotando allí en el sótano, entre dos metros de lodo verde.

—Ah, sí.

—Bombeamos el agua, pero todas sus cosas se quedaron tiradas por el suelo, acumulando moho. Parecía una zona arrasada por una catástrofe, allí abajo. Prendas de ropa tiradas que parecían cadáveres. Todos sus aparejos de pesca, sus chaquetas de cuero, las mantas indias para los caballos, todo apestando y podrido. Estuvo allí unos tres meses, descomponiéndose.

—Sí, me acuerdo de la peste. Si abrías la puerta te daba de lleno en la cara.

—Exacto. Pues a tu madre (Dios la bendiga) se le metió en la cabeza recogerlo todo cuidadosamente con una pala quitanieves y meterlo en cajas. Una amiga suya la ayudó, una tal Kitty o como se llamara, trabajaba en los almacenes Kmart, allí abajo, al lado de la autopista. Vino y la ayudó. Fue la que trajo las cajas. Las dos cogieron una borrachera espectacular con vodka barato y Kool-Aid[2], se partían de risa y pusieron la música muy alta. En aquel momento yo no tenía ni idea de lo que estaban tramando. Entonces apareció una furgoneta gigantesca de mudanzas Mayflower, de ésas con un velero verde enorme pintado en uno de los lados. ¿Te acuerdas?

—No, no me acuerdo. ¿Dónde estaba yo?

—No tengo ni la más remota idea. Seguramente en el colegio.

—Seguramente.

—Bueno, la cuestión es que tu madre va y manda todo el tinglado contra reembolso hasta Arizona, donde él se había instalado con su nueva novia.

—¿Quién? ¿Papá?

—Sí, «papá». Tu padre. En algún sitio de Arizona, no me acuerdo. —El viejo empieza a reírse con sorna y a toser al mismo tiempo. Agita su Pall Mall pero la ceniza cae fuera y aterriza en el suelo—. ¡Hubiera dado cincuenta pavos para ver su cara el día que llegó la furgoneta de mudanzas a su casa! Y él que creía que se había salido con la suya con aquella nueva novia.

—Seguro que estaba en el colegio. No me acuerdo de nada de eso.

—Una enorme furgoneta de mudanzas Mayflower; ocupó toda la maldita calle, o casi. Y tu madre ahí, metiendo cosas dentro sin parar. Estuvo horas allí abajo. Ella y Kitty lo apilaban todo y no paraban de trasladar cajas. Nunca la vi trabajar tanto. ¡Y cantando! Las dos. Cantando como si fuera carnaval o algo así. Toda la chatarra que había coleccionado durante toda su vida, seguramente. Viejas fotografías, todo medio desintegrado, abombado y sin forma.

Yo lo observé todo por la ventana de la cocina. Desde allí vi toda la movida. Ellas no sabían que yo las estaba mirando. Los hombres de la mudanza no paraban de apilar cajas de chatarra, una encima de la otra, dentro de la furgoneta. No podían creer que tu madre quisiera mandar toda esa mierda a través de media América. Recuerdo que también cargaron aquella vieja alfombra de búfalo. Debía de pesar tanto como el búfalo del que la sacaron: goteando agua de lluvia y apestando al salvaje Oeste. —El viejo se ríe y estira sus dedos con las uñas cortadas. Los mira, examinando la igualdad de los cortes—. Bueno, al menos tu madre tenía sentido del humor. Es algo que puedo decir a su favor.

El chico se queda en silencio. Vuelve la cabeza lentamente hacia los ventanales y mira afuera, hacia la magnolia resplandeciente. Ve abejas revoloteando alrededor de las dulces flores maduras. El abuelo lo mira y de golpe siente algo de lo que no está muy seguro, una sensación nauseabunda en la boca del estómago. Le recuerda a la náusea de pérdidas pasadas, de soledad pasada. Mujeres que le abandonan. Él abandonando a mujeres. Un desfile de bellezas. Todas lejos. Gracias a Dios que ya había acabado con todo esto. Más que nada en el mundo desearía proteger a su nieto de este tipo de desolación. Es demasiado joven todavía para caer en esto. Vuelve a hablar con el chico, con energías renovadas, intentando que su voz suene como un nuevo día.

—De todas formas, lo que estaba pensando es que realmente nos iría bien un poco de ayuda en casa. Ya sabes, platos, suelos, limpiar un poco el polvo. Hace meses que nadie quita el polvo de la casa, o al menos eso parece.

—Yo quité el polvo la semana pasada —dice el chico dirigiéndose hacia el armario de la entrada; vuelve con una escoba y un recogedor y empieza a recoger las uñas alrededor de los pies del viejo.

—¿Ah, sí?

—Sí, limpié el polvo de todas las estanterías y de la repisa.

—Bueno, pues no deberías estar haciendo eso. No tienes tiempo para eso con tu trabajo y todo lo demás.

—Me da igual.

—No vuelves a casa hasta la hora de cenar y a esa hora ya estás agotado de tanto cargar paja y sacos de pienso.

—No me importa.

—No, no deberías hacer ese tipo de trabajos. Las faenas de la casa no son para ti. Además, en cierto modo echo de menos un toque femenino en casa, ¿tú no?

—¿Un toque femenino?

—Ya sabes, pequeños detalles. Que las cosas estén ordenadas. La habilidad para la organización. Las distintas fragancias.

—¿Fragancias?

—Algo en el aire. No puedo explicarlo. Una especie de vibración. Últimamente lo echo de menos, aquí en casa.

El chico se encoge de hombros y se queda de pie, con la escoba y el recogedor en la mano. El pequeño trozo de ceniza le llama la atención y mira cómo se mueve adelante y atrás entre los pies curtidos del viejo. Le extraña que se le haya pasado por alto. Lo mete en el recogedor con el borde de la escoba.

—¿Echas de menos a tu madre? —le pregunta el viejo sin rodeos.

El chico se sorprende de la descarga eléctrica que le provoca esta pregunta en la cabeza. La manera como el mundo se detiene a su alrededor.

—No —dice.

—¿Nunca piensas en ella?

—No.

—Bueno, de todas formas creo que no es mala idea preguntarle a aquella chica si quiere ganarse un poco de dinero extra. Nos sería de mucha ayuda en la casa, una chica como ella.

—¿Qué chica? —pregunta el chico medio absorto, recordando el pelo caoba de su madre.

—¡La camarera! La chica de la que hemos estado hablando.

—No puedo preguntarle algo así.

—Yo se lo pediré. Iremos esta noche y se lo preguntaré.

—¿Esta noche?

—Sí. ¿Por qué no? Iremos a cenar a la Taberna, como otras veces. Yo pediré pato crujiente y tú el bocadillo de atún con queso. Entonces se lo preguntaremos. ¿A qué hora acabas hoy?

—Como siempre.

—Perfecto. Ven directamente a casa. Nos daremos una ducha y nos arreglaremos. Luego iremos a cenar junto al río. Me gusta el paseo.

—Muy bien —dice el chico con poco entusiasmo.

—Que no se te olvide. Y no te entretengas.

El río cruza el corazón del pueblo. Mientras el chico se dirige hacia su trabajo en la tienda de pienso, observa el agua moverse lentamente en grandes placas verdes. Piensa en Mina. Sabe perfectamente cómo se llama. Pronuncia su nombre para sí mismo y sonríe. El sonido del nombre le hace reír; le empuja a un pequeño trote y chuta una lata de cerveza aplastada que rueda hacia la orilla rocosa. Le sorprende cómo el simple hecho de pensar en ella le altera la respiración. Empieza a correr hacia la Misión, más allá de la tienda de sillas de montar, pasando por delante del pitbull que siempre se le tira encima, y luego se echa atrás ladrando cobardemente cuando él se para de golpe y se encara con él. Se ríe de su poder de control sobre los perros y sigue corriendo. Puede sentir la cintura de Mina, sus costillas bajo el vestido fino de algodón, la manera como su espalda empieza a sudar cuando él le acaricia los pechos. Siente el sabor de su cuello y el profundo temblor de su pecho cuando ella se le acerca y lo rodea con la pierna, muy arriba, susurrando en español en su oído.

EXTRANJEROS

El techo es de un color azul claro como el cielo, con una suerte de brillo especial. Las moscas nunca se posan ahí, las he estado observando. Nunca he visto a ninguna que se atreviera. Deben de ser alérgicas, eso es lo que les pasa. Tiene que ser eso, algo en la pintura. Las paredes son blancas con un punto de color melocotón. Sólo unas pocas gotas que le dan un toque brillante a mediodía. En serio, casi imperceptible. Las sillas son verdes, como si estuvieras sentado en algún sitio tranquilo, rodeado de arbustos. Fuera, el suelo es marrón oscuro, lo más parecido posible a la suciedad. Todo para que se parezca lo más posible a un picnic. Eso estimula el apetito y a la gente le gusta. Así hemos conseguido vender cantidad de estupideces. Todas las estupideces del mundo. Y también baratijas, de plata o de lo que sea, con turquesas y adornos incrustados, o aquellos ceniceros en forma de sombreritos. Vendimos muchos de ésos. Era cuando mi mujer y yo cogíamos el Coupe DeVille amarillo hasta Gallop y volvíamos. No nos costaba nada hacer un viaje así. Cogíamos y nos íbamos, y ya está. Cuando el mundo del empeño todavía era barato. Nos hacíamos con mucha de esa mercancía india y la traíamos hasta aquí, y la vendíamos en la cafetería. No hay ninguna ley que lo prohíba. Puedes vender cosas así en el mostrador, al lado de los donuts glaseados y los chicles. La gente hacía cola en la caja registradora, esperando para pagar su cuenta, y entonces se quedaban pillados con las mercancías indias. Sobre todo la gente del Este, que parece que nunca haya visto nada igual. Cinturones de concho de plata y sombreros de guerra emplumados y todo lo que quieras. Antes se encontraban cosas así muy baratas. Todos se iban

de la cafetería con las manos llenas de cosas que les habían costado diez veces más que la comida, pero se quedaban contentos. Nosotros llevábamos un remolque de madera, con espacio para unos cuatro caballos, enganchado al Coupe DeVille, entonces, y ya te digo yo que lo cargábamos hasta arriba. Recorrimos unas 400.000 millas en aquel Coupe yendo y viniendo de Gallop, mi mujer y yo. Claro que también fuimos a otros sitios, pero de vacaciones. Fuimos a Ludlow, California, para un Mulé Days[3]. Eso sí que estuvo bien. Acampamos bajo las estrellas y nunca en mi vida había visto tantas. El desierto parece que las hace resaltar más. También fuimos a Santa Fe una vez, pero eso ya fue diferente. Te diré una cosa, yo nací y crecí allí, cerca de Las Cruces, cerca de la región de Llano Estacado, pero cuando mi mujer y yo fuimos a Santa Fe fue la primera vez que me sentí como un extranjero. Te lo digo yo, que no he estado en Europa ni al otro lado del charco ni nada parecido, pero fue la primera vez que me sentí como si no perteneciera a ninguna parte. No me gustó nada esta sensación. Mi mujer y yo estábamos *contentos* de verdad cuando volvimos a la cafetería, después de este viaje. La verdad es que últimamente prefiero quedarme en casa. No vale la pena salir. Ya no hay chollos. Seguro que alguien ya le habrá puesto precio a todo, o al menos eso parece.

VIVIENDO SEGÚN EL CARTEL

Hay un pequeño cartel de cartón, escrito a mano, colgando encima de las alitas de pollo humeantes, que dice: LA VIDA ES LO QUE TE PASA MIENTRAS HACES PLANES PARA OTRA COSA». El cartel, salpicado de aceite, gira lentamente bajo los rayos naranjas de las luces halógenas que mantienen la comida caliente. Una música de fondo apocalíptica berrea desde unos altavoces escondidos. Hay un chico delgado, de aspecto anémico, merodeando detrás de la barra con la gorra fuertemente encasquetada y las orejas de soplillo, rosadas y peludas. En cada oreja luce más aros que anillas en una barra de cortina y parece que le hayan sido insertados con un instrumento para marcar ganado. Su gorra negra dice «ALITAS» delante, «ALITAS» en blanco. El chico delgado está ocupado con el teclado del ordenador y el teléfono a la vez, aporreando las teclas marrones que repican y con el teléfono pegado al cuello. Otro teléfono suena a su lado para una entrega a domicilio y una chica joven, con la misma gorra y una cola de caballo balanceándose detrás, alarga el brazo por encima del chico delgado, y tira el teléfono al suelo. «¡Mierda!», suelta, y se agacha para cogerlo; lo coge del revés y se lo pega a la oreja. Se oye un zumbido; han colgado. Lo cuelga de un golpe.

—¿En qué puedo servirle? —me dice.

—Una ración de diez alitas, por favor.

—¿Qué salsa?

—¿Cuáles tenéis?

Me echa una mirada exasperada, como si estuviera demasiado ocupada para estar tratando con alguien que no se sabe los

procedimientos.

—Está todo ahí, en la pizarra, en el cuadradito amarillo —dice —. Normal, medio picante, y picante picante.

—¿Picante picante? —pregunto.

—Pues sí. Es el doble de picante.

—Me quedo con la medio picante.

—Muy bien —dice mientras garabatea mi pedido y se lo pasa bruscamente a los dos chicos, también delgados con gorras negras y largos delantales, que se ocupan de las freidoras.

—¿Quién ha escrito el cartel? —le pregunto a la chica.

—¿Cómo?

—¿Quién ha escrito el cartel de ahí, encima del pollo?

—No tengo ni idea —dice, todavía más molesta porque requiero su atención más allá de su obligación.

—Me gustaría conocerle.

—¿A quién?

—Al que escribió el cartel.

—No sé quién lo escribió —se queja.

—¿Lo sabe alguien de aquí?

Mueve sus anchas caderas hacia los dos cocineros delgados, fregándome la nariz con su cola de caballo.

—¿Alguien sabe quién escribió ese cartel? Hay un tío aquí que quiere saberlo.

—¿Qué? —preguntan los cocineros, casi al unísono, mientras sacuden mis alitas en el aceite chisporroteante y agitan enormes saleros y pimenteros de plata encima de todo el revoltijo.

—¿Quién escribió el cartel que cuelga de ahí? Este tío quiere saberlo.

—Yo no —dice uno de ellos, tirando mis alitas grasientas en un cestito de cartón blanco mientras el otro tipo les echa una masa gelatinosa por encima. La chica se vuelve rápidamente hacia mí.

—¿Para beber?

—Coca-Cola —digo—. Pequeña.

—¿Pepsi va bien?

—¿Es lo único que tenéis?

—Es lo único que tenemos.

—Entonces sí —acepto, y ella pone un vaso vacío en la barra delante de mí, y me acerca el cestito de alitas rojas.

—Son tres con cuarenta y siete —dice.

—¿O sea que nadie sabe quién escribió el cartel? —insisto, mientras busco mi cartera.

—Exacto. Nadie parece saberlo.

—¿A lo mejor fue alguien de otro turno?

—A lo mejor.

—Me gustaría hablar con esa persona, si fuera posible —le digo, dándole un billete de diez muy arrugado.

—¿Por qué?

—Me gustaría ver si la persona que escribió el cartel lo siente de verdad o si habla por hablar.

—¿Sentir el qué?

—El cartel. El significado del cartel.

—Mire, no sé quién escribió el cartel, ¿de acuerdo? —me espeta mientras me da el cambio con actitud terminante.

—Bueno, ¿has notado si alguno de los empleados del otro turno es especialmente feliz? ¿Particularmente generoso y atento? ¿Optimista, incluso?

—No estoy en los otros turnos, estoy en éste —me contesta.

—Cierto, pero a lo mejor has oído hablar de esa persona. Probablemente a estas alturas es famosa. Divertida.

—¿Qué persona?

—La que escribió el cartel.

—Mire, señor, no sé quién escribió el cartel. Alguien escribió el cartel, pero no fui yo. ¿De acuerdo?

—Yo escribí el cartel —suelta el chico con la gorra calada y las orejas de soplillo, colgando el teléfono suavemente y rascándose el cogote.

—¿Tú escribiste el cartel? —La chica se ríe y se vuelve hacia los otros dos—. ¡Dicky escribió el cartel!

—¿Qué cartel? —dicen los cocineros completamente al unísono.

—¡Este cartel! ¡Este cartel de aquí! —Golpea el cartel con la

mano, haciéndolo girar salvajemente encima de las alitas humeantes.

—¿Qué dice? —pregunta uno de los cocineros con poco entusiasmo.

—Léelo tú —le espeta ella, y el más flaco de los cocineros alarga un brazo hasta el cartel, después de frotarse los dedos mojados y rojos en su delantal negro. Lo alcanza y consigue que pare de bailar. Entrecierra los ojos y lo lee.

—No lo pillo —dice, dando un paso atrás y chupando parte de la salsa que se le ha quedado en el pulgar.

—Dice: «La vida es lo que te pasa mientras haces planes para otra cosa» —le informa la chica.

—Ya sé lo que pone. Sé leer.

—¿Y? —dice ella.

—¿Dicky escribió esto?

—¿Qué significa, Dicky? —pregunta la chica seductoramente, con una voz tenue y misteriosa.

—Pues lo que dice —murmura Dicky.

—Es muy agudo —le digo—. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo inventé —dice Dicky.

—¿Así, por las buenas? —le pregunto.

Todavía no le he visto la cara. Sigue jugueteando con las teclas del ordenador, sorbiendo mocos levemente debajo de la enorme visera de su gorra.

—Sí, me vino así.

—Dicky es un tipo listo —dice el cocinero, dándole a Dicky un codazo en las costillas, y vuelve a su puesto.

Dicky pega un ligero salto pero no levanta la cara. Hablo con la parte visible de su gorra.

—¿Y eso, Dicky, se te ocurrió en un momento que estabas consumido por sueños de futuro y te diste cuenta de que la vida se te estaba escapando entre los dedos?

—Algo así —farfulla.

—¿Te vino como una especie de impacto, de estallido de conciencia en el que de repente viste lo lejos que estabas de la realidad?

—¿Me vino el qué?

—La idea. La inteligente reflexión de que la vida era lo que te estaba pasando mientras tú estabas haciendo planes para otras cosas.

Vuelve a sorber los mocos y se limpia la nariz con la manga. Finalmente levanta la cabeza y me mira, unos ojos profundos, de color verde grisáceo, con medias lunas oscuras debajo, como si acabara de pasar por un mal momento. Más aros, uno en cada aleta de la nariz y un conjunto de tres aros de plata en su labio inferior que parecen a punto de infectarse. Tiene unos ojos dulces y asustados, que se desvían rápidamente de mí a la cristalera.

—No estaba planeando nada, la verdad —dice, casi en un susurro, como para evitar que los demás le oigan—. Creo que estaba como soñando con Colorado.

—¿Colorado?

—Sí. —Sus ojos me miran un momento otra vez, encontrándose con mi mirada durante un asustado milisegundo, y paseándose por las teclas del ordenador como buscando un sitio donde esconderse.

—¿Soñando despierto, es eso lo que quieres decir?

—Sí. Estaba aquí, como ahora. Mirando por aquella ventana.

La chica de la cola de caballo se ha retirado detrás de las freidoras burbujeantes de aceite hirviendo con los dos cocineros. Está hablando con ellos en tono conspiratorio, enciende un cigarrillo y me lanza miradas paranoicas por encima del hombro. Los ojos verdes de Dicky saltan otra vez a la cristalera y se centran en las gotas de condensación. Fuera, parece que haga frío. Hace frío.

—¿Cuánto hace de todo esto, Dicky?

—¿De qué? —dice, medio absorto.

—¿Que tuviste este sueño despierto sobre Colorado?

—No lo sé. El otro día, supongo. Estaba simplemente de pie, justo ahí. Mirando la nieve.

—¿Nieve? ¿Estaba nevando entonces?

—No. En Colorado. Veía caer la nieve de Colorado.

—¿Pero estabas aquí?

—Sí, aquí. Como ahora. Veía caer la nieve. Muy suavemente. Todo estaba en silencio. Realmente tranquilo. Había una cabaña en

la montaña, detrás de mí.

—¿Te viste a ti mismo allí fuera, en la nieve? ¿En Colorado?

—Sí. Estaba ahí. Bueno, estaba aquí pero estaba allí. Y no sé cómo llegué hasta allí exactamente. Un poco como si hubiera deseado estar allí, supongo. Había estado pensándolo durante mucho tiempo.

—¿En Colorado?

—Sí. Estaba allí. Y veía la cabaña entre la nieve que caía. Con una luz dorada en la ventana y humo saliendo por la chimenea. ¿Sabe? La leña apilada en el porche. Pero faltaba algo.

—¿Qué?

—Aquella chica.

—Ah. ¿Tu novia?

—No, una chica que imaginé que estaría allí.

—¿Y no estaba?

—No. Y eso en cierta manera me sorprendió, ¿sabe?

—¿Quién era esa chica?

—No lo sé, pero no estaba.

—¿Una chica imaginaria?

—Supongo. Sí, supongo que sí. Pero no estaba allí.

—¿Y tú te sentías decepcionado?

—Sí. Era la única razón por la que había ido a la cabaña.

—Ah, ¿habías estado dentro de la cabaña?

—Sí, pero ella no estaba o sea que salí fuera, a la nieve, y seguí mirando hacia atrás, hacia la cabaña, viendo las luces y el humo, pero ella no estaba por ninguna parte. Sabe, era como si yo estuviera completamente solo ahí fuera. Y luego pensé cosas como ¿por qué había hecho aquel largo viaje? ¿Para estar allí solo? Empecé a sentirme realmente mal. Esa sensación de que vomitarás de un momento a otro. Como si nunca más tuvieras que volver a ver a un ser humano. Simplemente… solo. Eso es todo.

—¿Fue entonces cuando te vino la idea?

—¿Qué idea?

—Eso de que la vida es lo que te pasa mientras haces planes para otras cosas.

—Supongo —dice él, y sus ojos vuelven a mí por un segundo, luego saltan a la cristalera otra vez—. No lo sé. No, no me vino justo en aquel momento. Fue un poco más tarde, creo.

—¿Más tarde?

—Sí, más tarde.

—¿Después de qué?

—No lo sé. Después de que algo saltara: algo chisporroteó detrás de mí. Creo que fue el aceite.

—Ah, ¿por las alitas? ¿El aceite de freír?

—Sí. Empezó a saltar y chisporrotear como, ya sabe, cuando metes alitas crudas en el aceite, que parece que medio explote.

—Ya. ¿Y eso te devolvió aquí otra vez, cuando lo oíste?

—Sí. Volví aquí.

—¿Y Colorado desapareció?

—Sí, algo así.

—¿Y entonces fue cuando tuviste la idea?

—Tuvo que ser ahí —dice, y desaparece bajo la visera de su gorra otra vez.

—Estoy orgulloso de ti, Dicky —le digo, y alargo el brazo y le doy unas palmaditas en la gorra, justo encima de la palabra «ALITAS».

Cojo mi vaso vacío y mi cesta de alitas y me dirijo a la máquina de Pepsi. Hay un grupo de estudiantes universitarios asiáticos sentados a una mesa grande. Dos chicas guapas y un chico con gafas gruesas. Las chicas se están riendo y sorbiendo sus refrescos mientras el chico chupa sus alitas. Me siento a la mesa de al lado. Aparte de nosotros, el restaurante está vacío. Hay dos televisores sin volumen en sendas esquinas opuestas. En uno repiten un partido de la liga nacional de fútbol americano y en el otro dan un documental, y se ve cómo una serpiente devora lentamente un enorme huevo amarillo. Justo cuando me siento veo que Dicky viene hacia mí, con la cabeza baja, arrastrando los pies, con las manos en los bolsillos. Se sienta a mi mesa y se sienta justo delante de mí, con la cara escondida debajo de su gorra.

—No es del todo verdad —susurra sin rodeos.

—¿El qué?

—Lo del cartel. O sea que yo escribí el cartel y todo eso, lo colgué ahí arriba, pero no fue idea mía. O sea lo que dice el cartel… fue idea de otro tío. No mía.

—Ah —digo.

—Él es el tío al que tiene que conocer. ¿Se acuerda que dijo que seguro que era diferente y tal?

—Sí.

—Bueno, pues él es al que debe conocer.

—¿Quién es?

—Bruce. Bruce es el colega que se lo inventó.

—¿Quién es Bruce?

—El colega que me hace todos los *piercings*. Me puso todos estos aros.

—Ah —repito.

—Es un tío increíble. Tiene que conocer a Bruce. Tiene muchísimas ideas de este estilo.

—¿Dónde está Bruce?

—Por ahí. Podría localizarlo si quiere.

—La verdad es que sólo estoy de paso, Dicky.

—Bueno —dice, y hace ademán de levantarse, con las manos todavía en los bolsillos—. Pensé que a lo mejor querría conocerle. Dijo que quería conocer a la persona que escribió el cartel.

—Ya te he conocido a ti.

Se queda junto a la esquina de la mesa, dudando entre irse o quedarse.

—Pero yo no soy el tío que busca. Bueno, él me lo contó…, Bruce…, lo que dice el cartel. Me lo contó hace como mucho tiempo y me acordé porque pensé que era guay, sabe. O sea que lo escribí, pero no fui yo quien se lo inventó.

—Ya lo sé.

—No fui yo.

—Pero tú lo escribiste. Cortaste el trozo de cartón con cuidado, encontraste un rotulador y escribiste todas las palabras en mayúsculas. Después lo cubriste todo con tiras de cinta adhesiva

transparente para que las palabras no se salpicaran con la grasa de los pollos e hiciste el pequeño agujerito arriba, pasaste el cordón de zapato y entonces te subiste ahí, sobre las alitas, balanceándote y maniobrando entre alambres eléctricos, e hiciste un nudo muy fuerte para que el cartel quedara justo en el centro, debajo de las lámparas, a la vista de cualquiera que entrara en el establecimiento. Lo colgaste justo al nivel de los ojos, donde sabías que atraería la atención de los clientes y distraería sus mentes, invitándoles a darle vueltas a la frase y a reemplazar, durante un segundo, cualquier pensamiento sobre comida o hambre con un nuevo pensamiento que les llevara a cuestionarse su vida y a olvidarse de las pequeñeces, el mercado de valores, o su pareja, o el fracaso de su matrimonio, o sus notas de historia, o incluso el Apocalipsis. Y en ese momento fugaz, una luz misteriosa explota a través de sus cuerpos, mandando señales a una remota parte de ellos mismos de manera que, de repente, recuerdan haber nacido y son conscientes de que van a morir. Tú lo has hecho, Dicky. Eso es lo que tú has hecho.

—Sí, supongo —farfulla, y se arrastra otra vez hacia su puesto después de chasquear sus dedos pálidos a modo de despedida.

El suave ruido de las teclas de ordenador empieza otra vez. La serpiente ha devorado completamente el huevo, y se ve cómo el enorme bulto se desplaza lentamente dentro de su cuerpo. Los estudiantes asiáticos están limpiando su compartimento, limpian un poco de salsa roja de la mesa de formica. Brett Favre lanza una pelota hacia la zona de marca. Una vocalista histriónica entra en la música de fondo sin pretender desarrollar una melodía. Miro mi cesto de alitas. Parecen muy lejanas. No tengo ni idea de en qué ciudad estoy. No importa. Tampoco tengo ni idea de a qué ciudad voy. No tengo planes.

LOS INTERESES DE LA COMPAÑÍA

O sea, que él va y me dice: «Tres más que se larguen sin pagar y eres historia». Noling. Me dice esto el primer día de trabajo. Tres. ¿Qué se supone que debo hacer? Soy una mujer sola aquí fuera. Estoy a dos millas de la carretera interestatal y fijo que a más de diez de la ciudad. ¿Qué espera? Veo un coche que se detiene. Son las cuatro de la mañana. El coche tiene buena pinta. Matrícula de Indiana, bastante limpio. Un tipo blanco y su familia. O al menos parece su familia; una mujer y dos niños. ¿Cómo voy a saberlo? A lo mejor los ha secuestrado a todos. Continúo y autorizo la entrada del coche por los altavoces. Estoy sola. Intento que mi voz suene imponente, como la de un tío o algo así. Profunda, como si hubiera más gente aparte de mí. Que parezca que estoy protegida por un grupo de camioneros con mala leche. Le estoy controlando desde el mostrador, al lado de la caja registradora. Puedo ver al tío con toda claridad. Sigue de cara al surtidor, observando cómo giran los números. No me mira ni una sola vez. Ni una sola. No hay razón para sospechar nada, ¿verdad? Su mujer hace saltar a uno de los niños sobre sus rodillas, jugando con una maldita pluma o algo así, haciéndole cosquillas al niño en la cara. El bebé se ríe. Lo veo todo. Tengo una buena vista desde aquí. Veo todos los surtidores. Es el único coche que hay. El tío incluso limpia su maldito parabrisas. Y lo hace con mucho cuidado, limpiando la escobilla de goma con una toallita de papel después de cada pasada para que no quede ninguna marca de gotas. Con mucho cuidado. Y no me mira ni una vez. No sé, un tío que se larga sin pagar generalmente te da una pista, una señal de algún tipo. Un tío que va a largarse nunca limpia su maldito

parabrisas. Está demasiado ocupado pensando en cómo escapar. Demasiado preocupado todo el rato. Ese tío no. Se lo toma con calma. Acaba con el parabrisas, limpia los faros delanteros, va hacia la parte de atrás, limpia las luces traseras, vuelve a mojar la escobilla otra vez, limpia el cristal de atrás, deja la escobilla en el cubo, se monta en su maldito coche y se larga. Se larga por la puta cara. No ha dudado ni un segundo. Y ahora, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Mover mi gordo culo hasta ahí fuera y empezar a gritar y a agitar los brazos? ¿Arriesgarme a que me peguen un tiro? ¿Y cómo se supone que voy a detenerle? No tengo ningún arma. Soy una mujer sola. Pero Noling me dice dos más y eres historia. Me dice eso. Que la compañía lo descontará de mi sueldo. Entonces, la siguiente vez, cuando pido una paga y señal, una tarjeta de crédito, un depósito en metálico, o algo, me dice que eso no es legal. Alguna ley estatal o alguna mierda así. No puedo hacer eso, me dice. ¿Y qué se supone que tengo que hacer? Dice: Limítate a impedir que vuelva a suceder. Es mi responsabilidad mirar por los intereses de la compañía. Es como la otra noche, por ejemplo: dos tíos aparecen por aquí muy tarde con matrícula de Kentucky. Parecían hechos polvo, pura carne de carretera, te lo juro, con un camión que se caía a trozos, todo oxidado, arrastrando el guardabarros y con mierda de vaca goteando por las portezuelas llenas de barro; hasta llevaban fundas para escopetas y todo el rollo. Para morirse de miedo. Y va y salen esos dos tíos del camión, medio tambaleándose, y te lo juro, entre los dos seguro que pesaban unos cuatrocientos kilos, en serio. Soy buena con eso de los pesos. De un simple vistazo puedo adivinar el peso de alguien con un margen de tres kilos, porque me pasé horas mirando cómo mi padre se ocupaba de los terneros de engorde. Soy muy buena. Y esos tíos, seguro que entre los dos pesaban cuatrocientos kilos, en serio. Y ahí están, con barba de tres días, el pelo largo hasta el culo y llenos de tatuajes. No llevaban calcetines. Lo veía claramente desde aquí, para que veas cómo son mis ojos. Eran dos auténticos animales salvajes. Llevaban la palabra sospechoso escrita en la cara. Mientras ponen gasolina sus ojos no paran quietos. Me miran fijamente, miran hacia la carretera, me miran otra vez a mí.

Yo estaba rezando para que se largaran sin pagar y así no tener que enfrentarme a ellos. O sea, imagínate. Una mujer sola, en medio de la nada, y esos dos que entran en la tienda. Tomo nota de la matrícula porque así al menos tengo algo para enseñarle a Noling cuando se ponga borde conmigo al día siguiente. Pero cuando levanto la vista veo que no se largan sin pagar, ¡están entrando! Van directos hacia las puertas, los dos, directos hacia mí. Y ahora mi corazón va a mil por hora porque si los dos daban miedo de lejos, ahora parecen los protagonistas de una película de terror. Balanceando sus brazos rollizos, lanzando enormes escupitajos negruzcos, y sin hablar ninguno de los dos. Eso es lo que me puso más histérica. El silencio. No salió ni un gruñido de ninguno de los dos en todo el rato. Y yo estoy sola, ¿sabes? No hay ni un alma en la tienda. En general me las hubiera apañado bien si los hubiera oído hablar entre ellos, o atragantarse, o alguna cosa, pero los dos estaban callados como muertos. Es que no puedo soportar cosas así. No sé, yo siempre tengo algo encendido, la radio o la televisión, o algo para llenar el aire, para expulsar la soledad. Me hace sentir acompañada. Pero el silencio hace que me suba por las paredes. Así que entran y pienso: «Mierda, ya está», pero en vez de venir hacia mí van directos al pasillo de los caramelos, muy lentos, balanceando sus brazos rollizos. Son tan gordos que sus brazos sobresalen hacia los lados y la luz de día se cuela por debajo de sus axilas. Como cuando ves moverse a un pavo recién cebado, se mueven así. Muy lentamente, arriba y abajo del pasillo de los caramelos, y el único ruido que se oye es el de sus llaveros de cadena chocando con sus caderas. Los tienen a juego, atestados de llaves inglesas y navajas en miniatura, abrelatas y esas enormes cruces de hierro negro que llevan los moteros. Ya sabes, esos chismes alemanes que llevan los de las Harley y toda esa mierda. Todo a juego. Y allí están, deambulando por el pasillo de los caramelos, enormes. Los dos. Como un par de osos tontos perdidos por una autopista. No me miran ni una sola vez. Sólo miran los caramelos. Cogen los M&M's y miran la etiqueta, luego sopesan las bolsas, como si quisieran comprobar cuánto pesan o algo así. No lo entiendo. ¿Cuándo fue la última vez

que comprobaste el contenido de una bolsa de M&M's? Los dos siguen a su aire. Sin hablar. Van hacia las barritas de chocolate y cacahuetes y hacen lo mismo, miran la etiqueta, huelen el envoltorio. Luego pasan a las chocolatinas Tootsie Rolls y los tarros de manteca de cacahuete Reese's. Arriba y abajo del pasillo, una y otra vez. Cuando llegan al final tienen los gordos brazos llenos de chocolatinas. Los dos exactamente con los mismos caramelos. Lo veo desde el mostrador. Les miro atentamente con el rabillo del ojo, intentando llevar la cuenta de lo que han cogido, mirando por los intereses de la compañía. Y todo el rato estoy pensando que seguro que van a atracar el local. Ese rollo de los caramelos es sólo una tapadera para estudiar el lugar, las cámaras de seguridad, las salidas, las alarmas y toda esa mierda. En cualquier momento se destaparán y me apuntarán con una pistola enorme. Eso es lo que pienso. Pero no. Van hacia el pasillo de las patatas fritas y empiezan a apilar bolsas de Fritos, patatas fritas Cool Ranch, Ruffles y galletitas Pretzels. Es increíble. Y cada uno de ellos coge exactamente lo mismo que el otro, como si tuvieran miedo de que uno se quedara con algo que el otro no tiene. Un par de enormes bebés con barba. Entonces se vuelven hacia mí. Al final del pasillo se paran y se vuelven hacia mí y yo pienso que ése es el fin. Ahora sí que lo veo claro. Los montones de cosas para comer les llegan hasta la nariz. Sólo veo sus pequeños ojos negros entrecerrados y asomando por encima. Y de repente me doy cuenta de que son gemelos. Sólo por los ojos. Se pueden reconocer cosas así. Sólo por algo en los ojos. De repente te das cuenta de que están emparentados. Y ahora mi corazón va tan rápido que tengo miedo de que vean el cartelito con mi nombre agitándose en el pecho. Estoy segura de que ahora sacarán una pistola. Vendrán hasta el mostrador, dejarán sus montones de mierda, sacarán una Magnum .357 y la meterán en mi redonda boca. Seguro que me muero. No tengo escapatoria. Estoy sola. ¿Qué voy a hacer? ¿Llamar al 911? Cuando llegue la patrulla de autopistas ya estaré muerta. Estoy temblando. Mis axilas empiezan a gotear. Mis dedos se han congelado de golpe y empiezo a pensar en mamá. Así, de pronto, me pongo a pensar en ella. La veo sentada en

el sofá, mirando el programa de Oprah, fumando tabaco fuerte, comiendo galletitas Ritz con salsa de queso y llorando mucho por la mala suerte de toda la gente que sale en el programa. No sé qué pasará, quién la cuidará cuando yo ya no esté, quién le dirá que me han reventado los sesos en la gasolinera. No tiene a nadie más. Soy la única que le queda. Y no sé cómo todo ha acabado así.

CONCEPCIÓN

Mi padre consultaba a adivinas gitanas con regularidad. Nunca hablábamos del tema, mi madre y yo, pero era verdad. Lo sé porque una noche paró el coche de repente delante de una pequeña casa de piedra, detrás de un bosquecillo de limoneros, pasado Upland. Mi madre y yo estábamos en el coche, yo vestido con mi toga del coro de la iglesia y ella con un traje azul marino, un gorrito y un bolso a juego. Era por Pascua y había habido algún oficio religioso importante con los coros de los hombres y de los niños combinados. Mi madre estaba muy orgullosa de mi voz, dijo, aunque no entiendo cómo podía haberla distinguido de entre las docenas de otras voces. Cómo podía haber escuchado sólo la mía. Estaba sentada en el asiento del copiloto, delante de mí, y los dos observábamos, a través de la ventanilla, a mi padre, que estaba en el porche de la casa de piedra bajo una luz amarilla y llamando al timbre. Iba de punta en blanco con su uniforme del ejército del aire, y pequeñas polillas y mosquitos hacían círculos encima de su gorra de capitán. Se quedó con la mirada perdida más allá de los limoneros y las lejanas luces de San Dimas mientras esperaba que alguien le abriera la puerta, y ni siquiera una sola vez se volvió para mirarnos. Parecía tener muchas cosas en la cabeza, pero fuere lo que fuere, nosotros no estábamos incluidos. El fuerte olor dulzón de los limones florecidos atravesaba los cristales. Había un cartel apoyado en la ventana de la pequeña casa de piedra que decía «CONCEPCIÓN»; sólo esa palabra, escrita a mano con un lápiz naranja y con unas lucecitas azules de Navidad alrededor. Un pequeño crucifijo de porcelana colgaba justo encima del cartel y la sangre brillante de las heridas de Cristo parecía

resaltar más sobre el blanco impoluto y esmaltado de su piel. Finalmente alguien abrió la puerta e hizo pasar a mi padre. No pude verle bien la cara pero supe que era una mujer por la manera suave de cerrar la puerta, y porque vi los pliegues rojos de su falda larga desaparecer detrás de los pantalones militares de mi padre. Mi madre y yo nos quedamos en silencio durante un rato largo, escuchando a los coyotes y el chillido agudo de los búhos, que planeaban sobre el huerto para cazar ratones silvestres. Los vientos de Santa Ana soplaban del este. Mi madre cambió de posición el bolso en su regazo y miró por el cristal delantero. No tenía ni idea de qué estaba pensando.

—¿Qué significa esta palabra? —le pregunté.

—¿Qué palabra, cariño?

—La palabra naranja de la ventana.

—Ah, está en español o algo así —dijo después de volver la cabeza para leerlo.

—¿Pero qué significa?

—No tengo ni idea, cielo. Nunca estudié español.

Volvimos a guardar silencio y seguí mirando la luz detrás de las cortinas verdes de la casa de piedra, pero no podía ver ninguna silueta. Mi madre abrió el bolso y sacó algunos Kleenex, con los que empezó a retocarse la cara con cuidado, silenciosamente. Sacó un espejito y se examinó las comisuras de los labios. No sé qué buscaba. Tenía una boca perfecta.

—¿Qué está haciendo papá ahí dentro? —dije.

—Sólo… está visitando a alguien —dijo, todavía examinando su cara en el espejo.

—¿Quién es? ¿A quién está visitando?

—A una amiga suya, supongo.

—¿Tú no la conoces?

—No, nunca me la han presentado, cariño.

—¿Podemos entrar a conocerla?

—No, cielo, no sería una buena idea.

—¿Por qué no?

—Pues… porque tu padre tiene cosas privadas que contarle.

—¿Qué tipo de cosas?

—Bueno, ya sabes, cosas como… —Hizo una pausa y miró por la ventanilla un búho que pasó como una flecha. Guardó el espejo otra vez en su bolso y bajó la mirada como si se hubiera acordado de repente de algo relacionado con la lista de la compra.

—¿Cosas como qué? —pregunté otra vez.

—Cosas como…, bueno, los dos vamos a la iglesia, tú y yo. La abuela también va a la iglesia. Casi toda nuestra familia…

—¿A la iglesia?

—Sí. Todos vamos a la iglesia. La mayoría de la gente va a la iglesia. La mayoría de la gente cree en…, bueno, tu padre no.

—¿Qué?

—Que tu padre no va nunca. No cree en la iglesia.

—¿Por qué?

—No estoy muy segura, cielo. Nunca se lo he preguntado. No es cosa mía, la verdad. Pero tiene preguntas, ciertas preguntas, como todos.

—¿Qué preguntas?

—Pues cosas como…, cosas misteriosas. Ya sabes. Cosas que no podemos contestar nosotros mismos. —Metió los Kleenex otra vez en su bolso y lo cerró de un golpe seco.

El golpe pareció zanjar el tema y volvió a mirar por el cristal delantero, en silencio. La toga del coro estaba tiesa y empecé a quitármela por la cabeza, pero se quedó encallada a la altura de mi garganta. De repente, sentí pánico como si hubiera caído en un pozo. Dentro estaba oscuro y olía a almidón. Se me escapó un aullido como los que había oído hacer a los perros cuando les interrumpes el sueño.

—Tienes que desabrocharte el cuello primero, cariño. No puedes sacártelo de un tirón. A ver, déjame que te ayude.

Noté los dedos delgados de mi madre buscando los corchetes metálicos que abrochaban el cuello blanco almidonado a la tela negra pesada, detrás de mi cuello. Sus dedos parecían muy lejanos. El pánico creció y pareció agolparse delante de mis ojos. Vi la falda con volantes rojos pasar volando ante mí en la oscuridad. Su susurro

sopló a través de mi cabeza como el viento de fuera. No podía distinguir cuál era cuál.

—¡Deja de moverte de una vez, quieres! —gritó mi madre—. Estoy intentando encontrar los malditos corchetes. ¡Estáte quieto!

Pero no podía. El miedo se convirtió en el de un minero atrapado cuando se derrumba un pozo. No había nada de luz. Un perro blanco con los ojos rojos apareció corriendo hacia mí. Me revolví dentro de la tela gruesa y negra y oí saltar todos los corchetes. Mi cabeza por fin quedó libre.

—¡Al final lo has roto! ¡Mira! Has arrancado el cuello. Dios mío, ¿qué vamos a hacer? —Mi madre cogió el vestido y se volvió en su asiento examinando el cuello.

—Lo siento —dije sin convicción. Estaba tan contento de estar respirando el dulce aire otra vez.

—No puedes ir rompiendo estas cosas como si fueran camisetas o algo así, cariño. Están hechas especialmente. Tienen costureras profesionales que se encargan de ello.

—Lo siento —dije otra vez.

—Esto no es nuestro, ya lo sabes. Es de la iglesia. Ahora tendré que ver si puedo recoserlo todo.

Me senté otra vez en el asiento trasero y miré por la ventanilla hacia la casa de piedra, mientras mi madre se ponía las gafas y empezaba a quitar hilos del cuello rasgado con sus uñas esmaltadas de rojo. Encendió la lucecita del coche y, justo cuando lo hizo, vi la alta y delgada figura de mi padre pasar por detrás de las cortinas verdes. Entonces la forma de mujer le siguió. La puerta se abrió y vi a mi padre darle dinero a la mujer, ponerse la gorra de capitán del ejército del aire y dirigirse hacia el coche. Mientras se acercaba por el caminito estrecho a través del patio vi cómo se metía una bolsa marrón en el bolsillo. Mi madre enrolló la toga rota del coro y la dejó en el asiento de atrás, a mi lado.

—Sobre todo no le digas nada a tu padre sobre esto. ¿Me lo prometes?

—No le diré nada —dije.

—Ni una palabra —dijo mientras se alisaba la falda y ponía el

bolso en su regazo, como si no se hubiera movido ni un milímetro durante todo el rato que él había estado fuera. Nadie dijo nada durante el viaje de vuelta. No estábamos muy lejos, a lo mejor había unas cinco millas hasta nuestra casa, pero nadie dijo una sola palabra. Seguí mirando la toga del coro, tratando de ver si cualquiera podía darse cuenta de que estaba rota. Parecía desmoronada y vencida, como si nunca pudiera estar ya a la altura de lo esperado. Como una especie de ángel caído.

Cuando llegamos a casa mi padre se fue directamente al huerto de aguacates sin decir nada. Mi madre y yo entramos en casa. Encendimos la luz de la cocina y nos sentamos uno delante del otro en la mesa de formica. Ella había traído la toga del coro consigo y volvió a sacar sus gafas para examinarla.

—¿Qué está haciendo papá ahí fuera? —pregunté.

—Cariño, no sé qué está haciendo. Yo no pregunto. No es cosa mía —dijo, y no volvió a levantar la mirada hacia mí, sólo siguió manoseando el cuello tieso.

Me levanté y fui hacia la puerta.

—¿Adónde vas, cariño?

—Afuera —dije.

—Bueno, no molestes a tu padre. Ahora mismo necesita estar solo.

—De acuerdo —dije.

Fuera todavía soplaba el viento de las colinas. Era un viento cálido y fuerte que hacía temblar todos los árboles de aguacates y levantaba altas columnas de polvo en la carretera, y luego se paraba de golpe. El polvo volvió a posarse entre la luz plateada del jardín, encima del cobertizo de las máquinas, y me pareció ver a mi padre desaparecer detrás de las paredes de chapa ondulada donde estaba aparcado el tractor. Di la vuelta alrededor del cobertizo por el otro lado y mi respiración empezó a agitarse por miedo a que me descubriera espiándole. Esperé al siguiente golpe de viento para encubrir mis movimientos y me acerqué rápidamente, intentando sortear las enormes hojas secas en el suelo. Cuando llegué detrás de la vieja acacia vi a mi padre arrodillado detrás del cobertizo, de cara

a la pared de chapa. Estaba muy cerca de la pared y de espaldas al huerto. Se quitó su gorra de capitán y la dejó en el suelo, a su lado. Las alas plateadas del escudo militar brillaban en la luz, y era lo único que yo podía distinguir. Sacó la bolsa marrón de su bolsillo y una pequeña vela amarilla. La encendió con su Zippo y la colocó sobre una piedra lisa al pie de la pared. El viento empezó otra vez, pero la llama prácticamente ni se movió. Mi padre clavó su mirada en la vela durante lo que me pareció una eternidad, con las manos en los muslos. Sólo miraba fijamente la luz parpadeante mientras el viento susurraba entre las vigas del techo del cobertizo y el reflejo de la llama rebotaba en la pared de chapa. Cerró los ojos e inclinó la cabeza. Entonces, finalmente, puso las manos juntas y las apretó muy fuerte. Pero sus labios no se movieron en ningún momento. Me fijé muy atentamente, pero no se movieron.

NO ERA PROUST

Muy lejos, en los densos bosques del norte, hay un lago negro y profundo; uno entre las decenas de millares en esta región solitaria. Éste es uno construido por el hombre en forma de diamante perfecto. En invierno se congela de tal forma que uno puede conducir un camión de una tonelada hasta el mismísimo centro y pescar enormes lucios a través del hielo. En verano está lleno de castores, garzas reales, ranas, patos de Florida, y un par de somormujos con los ojos rojos que trinan con ese tono inquietante que recuerda al aullido de un lobo. A veces aparece momentáneamente, y como por arte de magia, un grupo de ciervos y alces procedentes del interior del bosque negro y de las aguas de la orilla del sur, y luego vuelven a ocultarse en los tupidos alerces y pinos. En la orilla opuesta, un pequeño muelle portátil de aluminio, con ruedas de goma, sobresale en el agua metalizada. Hay dos sillas plegables naranjas encadenadas en un extremo para que no vuelen durante las tempestades provenientes de las planicies del sur, que acostumbran a barrer la zona a última hora de la tarde, puntuales como un reloj. Cada mañana, en el punto álgido del verano, un matrimonio se reúne en este muelle con sus tazas de café blancas, tazas con «Betty's Pies» grabado en azul y un pequeño y humeante bollo justo debajo del logo. Quitan las cadenas de las sillas y las colocan de cara al oeste, con el sol temprano asomando justo encima de su hombro

izquierdo. Se sientan cerca el uno del otro para que sus dedos puedan rozarse, y puedan hacerse pequeñas y nerviosas señales de reconocimiento y afecto. Llevan viniendo aquí dieciocho años, sentándose en el mismo muelle, en estas mismas sillas. A veces simplemente clavan sus miradas en la superficie brillante y lisa del agua, y en las nubes que se mueven despacio, con los bordes rosados por la luz del sol, como si fueran algodón de azúcar. Otras veces hablan:

¿Qué es exactamente lo que tienes contra los franceses?

¿El qué?

Ese desprecio constante, esa actitud. Ahora los niños lo han adoptado.

¿En serio?

Sí, en serio. No quiero que crezcan adoptando actitudes como ésta. Quiero que viajen, vayan a sitios, sean abiertos de mente.

¿A Francia? ¿Quieres que vayan de viaje a Francia?

Claro que sí. Me gustaría mucho que viesen Francia. ¿Por qué no?

Bueno, pueden ver Francia si quieren. Me da igual que vean Francia.

No querrán ver Francia si ya tienen cosas en contra.

¿Como qué?

Se burlan del acento. Creen que todo lo francés es pretencioso y estúpido.

En eso tienen razón.

No tiene gracia, Henry. A ti a lo mejor te lo parece pero ellos no entienden este tipo de sarcasmo. Son demasiado pequeños. Creen que va en serio.

Es que va en serio.

No se puede hablar contigo.

Hay una larga pausa en la que no pasa nada, sólo el movimiento continuado de las ondas en el agua oscura, de manera que los dos tienen la sensación de estar sentados en la proa de un enorme barco que no va a ningún lado. El somormujo se deja llevar por la corriente en medio del lago, y parece un reclamo de madera, y de pronto se sumerge en busca de peces, dejando círculos plateados brillantes que se expanden por el agua oscura. Los dos mantienen la mirada en estos círculos, esperando que el somormujo vuelva a emerger, contando los segundos en silencio: «mil uno, mil dos, mil tres…». Lo han hecho muchas veces a lo largo de los años y ninguno de los dos puede recordar cómo empezó este ritual.

¿Quieres que te cuente una historia?

Claro, por qué no. ¿Qué tipo de historia?

La historia de por qué siento este desprecio por los franceses.

Dios mío.

(El somormujo saca la cabeza pero ambos han

perdido la cuenta de los segundos).

Estaba en París. Hace muchos años, en los sesenta, estaba saliendo con una chica.

¿Qué chica?

Da igual.

¿Es la chica que conociste cuando habías tomado metedrina en una tienda de campaña de Woodstock?

No. Era sólo una chica que conocí. No me acuerdo.

Sí que te acuerdas. Siempre te acuerdas de tus chicas.

¿Puedo contarte la historia o no?

Claro. Soy toda oídos.

Había salido por la noche a dar una vuelta.

¿Sin la chica?

Exacto. Se quedó, quería leer o algo así.

Seguro que era Proust.

¿Qué?

En busca del tiempo perdido.

Olvídalo. Pensé que a lo mejor querrías oír mi historia.

Quiero oírla. Sólo intento imaginarme la escena.

Fuiste a dar una vuelta por las calles de París en mitad de la noche y dejaste a tu chica leyendo a Proust. ¿Qué más?

Muy bien. Veamos, esto era cuando todavía bebía. Y estaba paseando por las calles. Paseaba mucho en aquellos tiempos.

¿Qué buscabas?

Nada. Sólo paseaba. Me gustaba pasear.

Estabas buscando mujeres.

Tenía una mujer.

Estabas buscando más mujeres. No estabas satisfecho sólo con una. Querías más.

Me dejas continuar con esto en vez de interrumpirme con cada pequeño…

Claro. Continúa. Sólo intento no perderme.

(Otra pausa mientras observan a una tortuga de agua asomar la cabeza entre los grupos de lilas y soplar agua por su hocico rajado).

Entonces tenía esas ideas románticas en la cabeza sobre que París era una especie de último bastión de auténticos escritores. Ya sabes, lleno de bares en los que podías toparte con los fantasmas de Blaise Cendrars, o Vallejo, o Céline, o Villon. Ya sabes… Así que estaba medio buscando uno de esos bares que me habían dicho, pero no tenía ni idea de dónde podían estar o cómo se llamaban, o sea que continué dando tumbos por sitios que parecían viejos y

sórdidos y pidiendo Pernod y sentándome a observar a la gente y a escuchar, pero como no entendía ni una palabra de francés no tenía ni idea de lo que estaba pasando y ninguna manera de preguntárselo a nadie.

Primer paso: aprende el idioma. Siempre aprende el idioma.

Exacto. No es mi lengua. No tengo ninguna afinidad con ella. Ese sonido tan gutural, lleno de escupitajos.

¿Escupitajos? No hay escupitajos en el francés. Es muy pulido.

Da igual, seguí así toda la noche, de bar en bar, sin dejar de beber, hasta que al final encontré un sitio donde había gente que hablaba inglés. El camarero hablaba inglés, y había algunas chicas…

¡Ah, más chicas! Las encontraste.

Eran escandinavas pero hablaban inglés perfectamente, y empecé a hablar con ellas.

Por qué no.

De todas formas, estaba medio borracho de beber en todos los bares de mi camino cuando una de estas escandinavas se me acerca y se sienta justo a mi lado. Así, directamente, sin preámbulos. Entonces pensé que esto debía de ser lo normal en París: las mujeres se te acercan y son simpáticas así, sin más. Lo primero que hace es pedir una botella de vino y dos vasos. Vino muy malo, lo veo por la etiqueta, y me sirve una copa. Yo le digo que no, gracias, porque

estoy bebiendo *bourbon* y Pernod y… había perdido el norte pero sabía que el vino me sentaría fatal en ese momento, así que rechacé su oferta. Pero ella insiste y tiene unos ojos tan tristes que…

Dios mío.

¿Qué?

¿«Ojos tristes»?

Sí, exacto. A pesar de que es muy joven, hay algo muy cansado y conmovedor en sus ojos. Así que finalmente bebo un poco de vino con ella y empezamos a hablar. Resulta que es una ex modelo, ya demasiado mayor; tendrá unos treinta años. Es mucho para una modelo, imagino.

Creía que era muy joven. Has dicho que tenía los ojos tristes pero que era muy joven.

Creía que era muy joven pero estaba equivocado. Estaba bastante borracho.

Eso parece.

Y ella empieza a hablar y no para. Creo que estaba esperando que llegara alguien para poder descargar toda su historia. Escucha esto: dice que la descubrieron un día cuando iba en bicicleta por un camino polvoriento en un pequeño pueblo de Noruega a comprar pan para su madre. Tiene quince o dieciséis años en aquel momento y un tipo sórdido sale de un BMW con un traje muy elegante y le pregunta si quiere ser una modelo de altos vuelos. Así fue. Vuelve a casa y les cuenta a sus padres lo

sucedido; su madre se enfada porque se le ha olvidado comprar el pan, pero su padre huele dinero y quiere conocer al tipo sórdido. Al cabo de nada, la familia al completo está en un avión rumbo a París.

¿Toda la familia?

Claro, es menor de edad o sea que sus padres tienen que ir también para vigilarla.

Ah.

Entonces llega a París y triunfa de la noche a la mañana. Sale en las portadas de revistas internacionales; está ganando mucho dinero muy deprisa, viaja a Nueva York, Roma, Munich, Londres, a todas partes.

¿Todavía con sus padres?

Todavía con sus padres. No sé, imagínate…, son todos de ese pueblo diminuto de los bosques de Noruega; su padre es cartero o algo así, su madre no se ha subido a un avión en toda su vida, y de pronto están todos metidos en el mundo de la moda, con fotógrafos persiguiéndoles y agentes poniéndose la zancadilla unos a otros para hacerse con un pedacito de ella.

No me extraña que pareciera mayor de lo que era.

¿Qué?

Que no me extraña que tuviera los ojos tristes.

Ya. En fin, para abreviar. Después de tres o cuatro años su padre se suicida.

¡Oh, no!

Se tira por la borda durante un crucero por las Bahamas y nunca más lo vuelven a ver.

Dios mío.

Un año después, su madre también se mata.

Venga ya.

De verdad. Se cuelga en el vestidor de una habitación de hotel. La chica la encuentra a la mañana siguiente.

¿La hija?

Sí. Se la encuentra allí colgando, con el cinturón del albornoz atado en torno al cuello.

¿Cuántos años tiene ahora?

¿La chica?

Sí. La hija. La modelo.

Unos veinte, supongo.

Veinte. Todavía es joven. ¿Qué pasa entonces?

Vuelve a París y empieza a meterse caballo.

¿Esto es una historia real?

Es lo que me contó.

¿Y te la creíste?

¿Por qué no?

Te creerías a cualquiera que llevara faldas.

No, estaba demasiado borracho para intentar ligármela. Sólo la estaba escuchando.

¿Y ésta es tu justificación para condenar a los franceses? Que, de alguna manera, corrompieron a una pobre e inocente jovencita de un diminuto pueblecito noruego. Es una excusa un poco pobre.

Espera, déjame acabar.

¿Todavía hay más?

Sí. Acaba su historia, se vuelve y clava los ojos en la botella con la mirada más melancólica que puedas imaginarte. Es casi como si por haberme contado la historia todo le hubiera vuelto a la cabeza otra vez. Lo que quiero decir es que la tristeza de sus ojos es más de lo que puedo soportar y empiezo a pensar en la chica que está en el hotel.

¿La que está leyendo a Proust?

¡No era Proust!

Es broma.

¡No sé lo que era pero no era Proust!

Tranquilo.

Es que no puedo explicarte nada sin que sueltes alguna…

¿Qué? ¿Alguna qué?

(Los dos callan. Un viento afilado levanta una línea ondulada de espuma como un maremoto en miniatura que se dirige hacia ellos. Ninguno de los dos confiesa el terror inexplicable que les despierta. El hombre continúa su historia, pero ahora es más como si estuviera hablando consigo mismo, o con los reflejos de las nubes hinchadas que se persiguen por encima del lago).

De repente tuve esta necesidad imperiosa de estar con ella, de estar otra vez en el hotel, a salvo. No sé qué me dio. Pánico o algo así. Así que pagué mi bebida —el *bourbon* que había pedido—, me despedí de la chica noruega y me dirigí hacia la puerta. El bar era una especie de sótano con una escalera estrecha que llevaba a la calle, como unas pequeñas mazmorras o algo por el estilo. Y estoy subiendo esta escalera tan bien como mi estado me lo permite, medio agarrándome a las paredes mientras escalo hacia arriba, y me doy cuenta de que estoy mucho peor de lo que creía y el ataque de pánico empieza a crecer. Estoy empezando a alucinar. Estoy en algún miniinfierno francés con sus guillotinas y las paredes llenas de sangre, y de pronto, de la nada, salen dos tipos musculosos con cara de estúpidos, justo detrás de mí, dos porteros gabachos con sendos polos negros y cadenas de oro y parece que hayan salido hace un momento de una película de Jean-Paul Belmondo. Me gritan en francés; no entiendo nada, y uno de ellos se pone delante de mí y me bloquea el paso mientras el otro, detrás de mí, me coge por la nuca.

¿Qué querían?

Bueno, el tío que me bloqueaba el paso se da cuenta de que soy americano y me dice en un inglés chapucero —muy malo— que le debo cincuenta pavos o algo así por la botella de vino matarratas. «¿Qué vino?», digo. «Yo he estado bebiendo *bourbon*». Y de pronto me doy cuenta, en medio de mi estupor alcohólico, de que la chica noruega es una prostituta y que he sido víctima de un timo, y que ahora tengo que pagar el vino increíblemente caro.

¿O sea que toda la historia era inventada?

Totalmente. Y yo me cabreo muchísimo. Toda la indignación de americano humillado me hierve por haber sido timado así por un grupo de sórdidos gabachos.

Pero ella era noruega.

¡Estaba confabulada con ellos! Y ni en broma voy a pagarles cincuenta pavos por una botella de vino de mierda que nunca pedí. Tampoco tenía cincuenta pavos, de todas formas. Y entonces me vuelvo loco. Me zafo de la mano que me tiene cogido por el cogote y empiezo a escupir y a gruñirles, soltándoles una sarta de insultos, llamándoles cobardes y desafiándoles a una pelea en la calle. No podía ni siquiera mantenerme de pie, y menos pegar a nadie. Tenía que cerrar un ojo para enfocarlos bien y no paraba de escupir y babearme encima.

Encantador. Estoy segura de que los franceses se quedaron impresionados.

Pues incluso a través de los vapores etílicos y de mi ojo abierto y más o menos delirante podía ver que

los chicos me tenían un miedo absoluto.

La locura siempre es alarmante.

Claro. Podía verlo en sus ojos. Creían que se habían topado con un loco. Cosa que me incita a mí a ir todavía más lejos. Empiezo a gritar y me rasgo la camisa, golpeando el muro con el puño…

¿Tenías problemas emocionales, entonces?

No, o al menos no más de lo habitual. Sólo estaba ofendido por toda la historia.

¿Y desde entonces has sentido este rencor contra los franceses?

Más o menos, sí.

¿Sólo a partir de un incidente tan insignificante condenas a toda una cultura?

Sí, supongo que sí. No parecía tan insignificante en su momento.

¿No crees que es muy estrecho de miras por tu parte? ¿Sobre todo considerando que estabas borracho como una cuba, no hablabas el idioma y no tenías por qué estar conversando con una puta, para empezar?

¡No tenía ni idea de que era una puta! Me creí todo lo que me dijo.

Y mientras tanto tu inocente jovencita te está esperando en el hotel, leyendo a Proust y pensando que estás paseando por las calles de París.

¡No era Proust, maldita sea! ¡No era Proust! No tenía nada que ver con Proust. ¿Por qué tienes que machacarme con esto? ¿Qué coño te pasa? ¡No era el maldito Proust!

(El hombre se levanta de un salto en un repentino pronto de rabia. Su explosión es tan violenta que hace temblar todo el muelle de aluminio, que se balancea debajo de ambos. Tiene que agarrarse a una de las barras verticales para recuperar el equilibrio. La mujer se queda sentada, con la mirada fija en el somormujo, profundamente satisfecha de haber provocado tal avalancha en el interior de su marido. En la colina, detrás de ellos, la puerta de la cabaña se abre y se cierra con un bang que resuena y que manda al somormujo otra vez hacia las profundidades del lago. La pareja se vuelve al unísono hacia el ruido y ven a su hijo de nueve años salir con un bol de cereales, entrecerrando los ojos por el sol. La mujer saluda al niño. El hombre no. El niño devuelve el saludo a su madre y deja caer el bol de cereales en el camino de piedra. El bol se hace añicos. La leche se esparce. La cuchara repiquetea. El niño corre otra vez dentro. Al cabo de un rato, la mujer habla).

Será mejor que vaya arriba.

No, espera.

(El hombre vuelve a sentarse en su silla plegable naranja. Le tiemblan las rodillas. Le tiemblan las manos. Siente como si le hubiera hecho algo muy grave a su sistema nervioso. Siente algo parecido a la vergüenza, pero no quiere llamarlo así. Sólo estaba tratando de contar una historia. Se da cuenta de que ha caído en la trampa. La puerta se abre y se cierra otra vez en la colina detrás de ellos. Ambos se vuelven hacia el ruido y

simultáneamente tienen la sensación de que se han hecho mayores. Sus cuellos están más rígidos. Sus torsos se vuelven en movimientos cortos y entrecortados en vez de con la gracia fluida a la que estaban acostumbrados. Esa sensación abre paso a recuerdos de bañarse desnudos en este mismo lago cuando no podían dejar de tocarse y sus cuerpos eran esbeltos y brillaban como las nutrias jóvenes que compartían el agua con ellos. El hombre se vuelve hacia la mujer y ve su cuello, sus piernas cruzadas asomando bajo su albornoz amarillo, su belleza todavía brillando. Alarga el brazo y le toca la rodilla. Ella suspira dulcemente y pone su mano encima de la de él. «Me ha perdonado», piensa él. Pero los ojos dulces y castaños de la mujer están fijos en su hija en la cabaña. La mujer la saluda y la llama, y cuando lo hace el hombre siente una oleada de celos que le atraviesa el pecho como una descarga eléctrica).

¡Hola cielo!

(La niña les devuelve el saludo. Parece desorientada con los reflejos de la luz del sol brillando en el agua. Se cruza de brazos como si hubiera cogido frío de repente, sortea el bol de cereales roto y se dirige hacia sus padres por el camino de piedra. El hombre retira su mano de la rodilla de su mujer).

Es una niña dormilona.

Y delgada.

Sí, es muy alta y delgada.

(Los perros suben corriendo por el camino para dar la bienvenida a la hija, pero ella los rechaza y sigue andando con los brazos todavía cruzados. Su boca se

tuerce y con un movimiento de caderas esquiva a los perros que siguen bailando a su alrededor).

Siempre está de mal humor por las mañanas.

Es muy alta y gruñona.

¡Hola, cielo!

(La hija hace un pequeño gruñido a modo de saludo, avanza por el muelle directamente hacia su padre y se sienta en su regazo. Él la besa en el cuello. Ella pone su brazo alrededor de su hombro. La mujer habla).

¿Qué está haciendo tu hermano?

Llorar.

¿Por qué llora?

No lo sé. Siempre llora.

Siempre, siempre, no.

Casi siempre. ¿Quién ha roto el bol allí arriba?

Tu hermano.

Ah.

Seguramente estará llorando por eso.

(La mujer vacía el resto de su café en el lago y agita la taza hasta que no queda una gota. Se levanta y se ajusta el cinturón de su albornoz. Mira hacia la cabaña en la colina).

Será mejor que vaya a ver. Me parece que está

teniendo una mañana un poco dura.

Seguro que está bien.

Ahora vuelvo. ¿Quieres más café?

No, gracias.

(La mujer se va. Los perros se unen a ella ahora y brincan alrededor de sus piernas mientras sube hacia la colina. La hija reposa la cabeza en el pecho de su padre. Mira fijamente el agua llana y oscura, el sitio donde el café de su madre todavía está hundiéndose lentamente dejando una nubecita marrón claro. Habla con su padre con ojos ensoñados).

¿Por qué llora siempre, papá?

No lo sé. Tampoco llora tanto, ¿no?

Parece que esté siempre llorando. Llora por todo.

Ya se le pasará. Seguro que no es nada.

(Otra larga pausa. Una rana salta entre los juncos. La hija cierra los ojos como si quisiera volver a dormirse).

Papá, ¿de verdad tenemos que ir a Francia?

¿Francia? ¿Quién te ha dicho que vamos a Francia?

Mamá. Mamá dijo que nos íbamos a Francia.

(La puerta se abrey se cierra cuando la mujer entra en la cabaña. El somormujo asoma la cabeza con un pececito agitándose en su pico. Nadie lo ve. El hombre

acaricia el pelo de su hija suavemente. De repente siente la necesidad de levantarse, pero el peso de su hija le mantiene sentado).

Un momento, cariño. Ahora mismo vuelvo, ¿vale?

¿Qué pasa?

No pasa nada. Sólo necesito hablar con tu madre un segundo. Ahora vuelvo. Tú espérame aquí.

¿Adónde vas?

Ahora vuelvo.

(Deja a su hija sentada sola en la silla plegable naranja y corre por el camino de piedras hacia la cabaña. Su corazón late con fuerza. Un viejo terror que no comprende se apodera de él. La puerta se cierra de golpe a su espalda cuando entra en la cocina. Su mujer está junto a la mesa dándole la espalda, acariciando el pelo de su hijo. El niño está sentado a la mesa hurgando en otro bol de cereales. Ella se vuelve hacia su marido pero sigue acariciándole el pelo a su hijo. El hombre va hacia ella y la coge por la cintura. Ella se da la vuelta y se abrazan. Se besan durante mucho rato, un beso largo y profundo como los que se daban antes de que llegaran los niños. El niño sigue sorbiendo sus cereales, sin levantar la cabeza. No está llorando. El crujir de los Cheerios es el único ruido. Y el repiqueteo de la cuchara contra el bol. El hombre y la mujer paran de besarse. El habla).

«No te vayas a Francia», es lo que dice.

CONVULSIÓN

Si pudiera verme ahora, seguro que se enamoraría de mí, me apuesto lo que sea. Me apuesto lo que sea a que sí. ¿Cómo podría no hacerlo? Miradme. Miradme ahora. Como estoy. Si pudiera verme así: esperándola, horas antes, mucho antes de que llegue, buscando cualquier señal o sonido suyo. Vería lo entusiasta que soy. Vería la desesperación en mi pecho. Si pudiera verme ahora, desde la distancia, sin que yo supiera que me está mirando, me vería tal y como soy. ¿Cómo podría no sentir algo por mí, entonces? Algo, o quizá no. Quizá eso es…, o sea, a lo mejor las actitudes como ésta provocan repulsión. No sé exactamente cómo funciona pero…, a lo mejor nace un sentimiento de repulsión cuando alguien es demasiado entusiasta…, demasiado disponible, demasiado dependiente. No lo sé. Alguna convulsión. No. No, eso no. No es eso. Ni siquiera es una palabra, ¿no? Convulsionar. Si pudiera recordar aquella vez, ¿cuándo fue…? Aquella vez en Knoxville cuando estábamos besándonos en el tren, aquel beso largo, largo que nos dimos, despidiéndonos, y de repente el tren empezó a moverse, pero yo no tenía que acompañarla, o sea, ésa era la razón por la que nos estábamos despidiendo, porque pensábamos que no nos veríamos durante mucho, mucho tiempo y estábamos concentrados en ese largo…, sólo besándonos y besándonos y de repente el tren se estaba moviendo y no había manera de bajarme. Árboles y casas desaparecían a toda velocidad. Al final me dejaron en la estación siguiente, que estaba a muchas millas de distancia, y allí estaba yo, esperando durante horas el próximo tren de vuelta, o sea, si me hubiera visto entonces, de pie allí, esperando, seguro, seguro que me

querría. O sea, cómo podría no tener algún…, no sé. Ya no sé qué es lo que hace que las cosas pasen, esa conexión. Si es que alguna vez la hubo.

UNA PREGUNTA INJUSTA

Fui yo quien se ofreció voluntario para ir a buscar más albahaca para la fiesta. Mi mujer me puso el último ramillete debajo de la nariz para que absorbiera todo su auténtico aroma, la forma y el color de sus hojas, como si creyera que iba a confundirla con menta o con berro.

—Albahaca fresca. Sobre todo que sea fresca —recalcó—. Creo que la tienen en Rainbow Foods. Seguramente es el único sitio donde la encontrarás en domingo.

Me sonrió y volvió a la refriega de las mujeres de la familia que estaban cortando ajo, hirviendo arroz y haciendo ruido metálico con las ollas y las sartenes. Estaba contento de tener una excusa para salir de allí y escapar de la histeria frenética provocada por la inminente llegada de los invitados. No recuerdo qué celebrábamos aquel día. No era un funeral ni tampoco una boda. Es todo lo que recuerdo.

Me apetecía mucho el trayecto en coche a solas por la larga carretera de la colina hasta Rainbow Foods, un supermercado abierto las veinticuatro horas en las afueras de la ciudad, en uno de esos centros comerciales construidos a principios de los sesenta y que ahora han quedado obsoletos al lado de otros más nuevos y situados más estratégicamente. Me gustaban las calles anchas, con baldaquines de arce al estilo del Medio Oeste, donde el límite de velocidad de veinticinco millas por hora era aceptado como si fuera una parte del credo luterano y donde si tenías la audacia de adelantar a alguien te pitaban vigorosamente, pero en raras ocasiones te levantaban el dedo. Los peatones de Minnesota acostumbraban a mirar directamente dentro de tu coche cuando pasabas, examinando

cada milímetro de tu cara con una expectación medio desesperada por encontrar algo, alguna pista en los ojos de un perfecto desconocido. ¿Qué estarían buscando? No conozco ninguna otra región del país en la que la gente mire dentro de tu coche con tal desconcierto. A lo mejor es porque han sobrevivido demasiados inviernos interminables y han asistido a demasiados bufetes de bacalao noruego organizados por la iglesia.

Fui hasta el enorme aparcamiento casi vacío que bordeaba Rainbow Foods, un aparcamiento que en su día debió de albergar grandes expectativas. Ahora sólo había tres coches viejos aparcados juntos, probablemente los de los empleados; auténticas carracas de Minnesota con rasguños oxidados a causa de las fuertes ventiscas y la sal que echaban en las carreteras. Un chico con un largo delantal verde y una gorra de béisbol puesta del revés empajaba una larga hilera de carros de la compra, dirigiéndolos hacia las puertas automáticas del Rainbow Foods. Apagué el motor y observé cómo apoyaba su cuerpo, delgado como una lámina de papel, contra los carritos, pasando lentamente frente a todas las tiendas vacías y cerradas: The Pet Palace, Noras Nails, 24 Hour Developing. Los cristales de cada tienda estaban cubiertos hasta casi la mitad con papel de embalar marrón, supongo que para evitar que la gente viera toda aquella desolación. Salí del coche y apreté el botón de mi mando para cerrar los seguros. Es una pijada que desprecié durante mucho tiempo en los demás conductores, pero que ahora me encuentro no sólo usando sino disfrutando de la sensación de autoridad en la distancia que me da. Disfruto sobre todo cuando el coche pita y parpadea, confirmando que todo está cerrado y seguro. Me quedé allí un buen rato, en aquel aparcamiento casi vacío, de cara al coche y apretando repetidas veces el botón, mirando cómo parpadeaban las luces y escuchando el pitido del mecanismo, hasta que me di cuenta de que el chico que empujaba los carritos se había parado y me estaba mirando fijamente, como si yo pudiera ser un tipo peligroso. Le sonreí y apunté el mando hacia su dirección. Inmediatamente huyó con su tren de carritos hacia las puertas del Rainbow Foods. Un sentimiento repentino de libertad y soledad me

sobrecogió. Miré hacia las nubes gris oscuro que se arremolinaban en torno al sol poniente. El viento de la pradera azotaba una cuerda de la alta asta de aluminio, haciendo un ruido rítmico, mientras, arriba, una enorme bandera estadounidense estallaba y gruñía como si estuviera intentando morder su propio culo. Un grupo de ocas en formación de V voló silenciosamente a través de la larga hilera de nubes plateadas, desdibujándose contra la puesta de sol. Generalmente lanzan frenéticos graznidos, como si estuvieran pidiéndole a alguna fuerza invisible que las llevara sanas y salvas otra vez a la tierra, pero ésas estaban completamente en silencio. Ni siquiera oí el batir de sus alas cuando me sobrevolaron.

Crucé las puertas automáticas y el aire acondicionado me golpeó en el rostro. No había nadie en todo el supermercado excepto el chico con el delantal verde, que ahora estaba remojando las zanahorias y las verduras orientales con una fina neblina que salía de su pulverizador lleno de agua. No me vio. Empecé a buscar la albahaca. No había. Había espinacas, perejil, nabos, endibias y apio, pero ni rastro de albahaca. Hice una segunda búsqueda más minuciosa por todos los estantes de verduras goteando y llenas de colorido, deseando teletransportarme a algunos de los sitios en los que habían sido cultivadas, como Gilroy, California, «La capital mundial del ajo». Me dirigí hacia el chico con el delantal. Todavía estaba echando agua por encima de los nabos. La neblina húmeda me dio en la cara y me trajo una sensación de felicidad. No sé por qué. Pura felicidad.

—¿Tenéis albahaca? —le pregunté al chico.

Se volvió y me miró con expresión ausente mientras continuaba agitando su pulverizador. La neblina flotó entre los dos.

—¿Qué es albahaca? —dijo.

—Es verde, con la hoja pequeña y un olor muy característico. Podría ser menta o berro, pero no lo es.

—Nunca he oído hablar de eso —dijo.

Le dejé allí, de pie, con el pulverizador en la mano. Noté que me seguía con la mirada. Estaba a solas conmigo en este supermercado cavernoso, y yo podría haber sido cualquiera. Un maníaco, quizá,

buscando albahaca. Me rendí.

Cuando llego a casa, la fiesta ya está en pleno apogeo. Hay globos colgando de la puerta principal. Los perros están encerrados en el garaje, aullando y arañando desesperadamente la puerta. Por qué anhelan tanto la atención de los humanos es algo que se me escapa. La gente ya empieza a deambular por el jardín con sus bebidas, sus platos y sus servilletas de papel. Se ve rápidamente cuáles son auténticos expertos en fiestas por la manera como cogen los platos y las bebidas, y cuáles no. Una pareja me sonríe pero no los reconozco. Me escabullo hacia la puerta trasera y me abro paso hacia la cocina a través del ruidoso grupo.

—¡No he encontrado albahaca! —informo a las mujeres, que ahora están muy ocupadas con los pasteles y el pan.

—No te preocupes, ya no la necesitamos —dice una de ellas, y me ofrece una cucharada de salsa verde para la pasta que ha sacado de la batidora.

—Sabe a albahaca —digo.

—Es albahaca —se ríe una de ellas.

—¿O sea que no necesitabais albahaca?

—No, supongo que no. Parece que alguien ha encontrado un poco.

—Perfecto —digo.

Ahora empiezo a reconocer caras a mi alrededor pero no puedo ponerles nombre. Parientes de mi mujer. Caras pueblerinas. Algunos de ellos son socialmente menos desenvueltos que yo. Siento una extraña empatía hacia esos hombres sufridos del norte, con sus enormes manos nudosas y amables ojos azul claro. A pesar de eso, no me resulta más fácil hablar con ellos. Hay una mujer de Nueva York que destaca entre todos los del Medio Oeste con su intimidante traje negro y sus botas militares a tono con su pelo negro a cepillo. Tiene una mirada angustiada, perpleja, como si hubiera ido demasiados años al psiquiatra. No para de hablar de cómo se perdió en su coche alquilado para llegar hasta aquí desde el

aeropuerto de Minneapolis-St. Paul. Parece que tiene unas enormes ganas de conversar con gente sobre sus más ridículos dilemas y convertirlos en algo desmedido y dramático.

Finalmente, reconozco a una mujer de Montana, una amiga de la hermana de mi mujer, con la que siempre me ha sido relativamente fácil hablar, básicamente porque habla sobre cualquier cosa que le pase por la cabeza, desde Shakespeare hasta el pudín navideño. Todo le parece «fascinante» y «maravilloso». Me dirijo hacia ella, esperando entablar conversación antes que nadie, y, evidentemente, en menos de un minuto ya me está preguntando sobre armas, que no es mi tema favorito pero al menos es mejor que despotricar contra Bush o adular a Tiger Woods, que son los dos temas más populares en la sala. Está preocupada por una reciente serie de atracos a mujeres solas en la zona de St. Paul, a la que se acaba de mudar, y se pregunta si ha llegado el momento de plantearse llevar un arma. Me parece difícil de creer que alguien esté en peligro de ser atacado en St. Paul, pero ¿qué sabré yo? Nunca voy a las ciudades. Intento disuadir a la mujer de Montana de llevar armas con el clásico argumento de que podría ser usada en su contra. En cambio, le recomiendo que se compre una escopeta .410 para estar protegida en su casa, por si acaso algún idiota la siguiera hasta allí y echara la puerta abajo.

—No puedes fallar el tiro con una .410 —le digo—. No pesa. Es rápida. Y puedes disparar desde la cadera.

Sonríe. Le gustan esas connotaciones del Medio Oeste. Me pregunta si yo tengo una y le digo que sí, pero que no está en venta. Me pregunta si puede verla para saber cómo es una escopeta .410.

—Bueno, es que las tengo guardadas en el sótano, en una enorme caja de embalaje —le digo—. No las he desembalado desde que nos fuimos de Virginia.

—¿O sea que no podemos verlas? —dice, con actitud de extrema decepción.

Me sorprende que una .410 pueda despertarle esa clase de emociones tan rápido.

—Bueno, si quieres podemos bajar, supongo. Puedo intentar

sacarlas.

—¿De verdad? ¡Sería fantástico!

Vamos hacia el sótano, abriéndonos camino por la cocina, ahora llena de adolescentes amigas de mi hija; muchos pañuelos a topos y Birkenstock; chicas muy atléticas, muy bronceadas y con actitudes duras que no toleran ningún abuso o burla por parte de los chicos. Mi hija me da un golpe cariñoso en la cabeza cuando pasamos. Me recuerda que soy padre y a la vez me hace sentir un poco infantil.

Han pasado cinco años desde que miré esa caja de embalaje enorme en la que metí todos mis rifles y escopetas. Dejé de cazar cuando nos mudamos aquí, sobre todo porque en el Medio Oeste es ilegal cazar ciervos con fusil, y la idea de herir a uno con una bala de escopeta, dejar que se arrastre hasta el bosque y muera desangrado me parece el colmo de la estupidez. Veo la caja en un rincón oscuro y mohoso detrás de la caldera y rebusco entre las culatas largas y pesadas envueltas en papel acolchado y selladas con cinta adhesiva protectora. La mujer de Montana está justo detrás de mí, respirando fuerte.

—¿Puedes distinguirlas sólo por el tacto? —me pregunta.

—Sí, bueno, la .410 tiene una culata muy delgada, casi como una .22. Muy ligera. Más delgada que la de calibre 20 —le explico.

—¿Distingues cada escopeta de esa caja sólo tocando la culata? ¡Es increíble! —exclama.

—No del todo —le digo—. Esta de aquí, por ejemplo… Sé que es una .270 por la mirilla. ¿Ves? —Alarga el brazo y toca con cuidado el bulto tapado por el papel.

—Ah —dice—, ya te entiendo. O sea que la .410 no tiene mirilla. ¿Es eso?

—Sí. La .410 es una escopeta. Una escopeta pequeña. Esto es un rifle.

—Ah, ¿así que hay una diferencia entre una escopeta y un rifle? —dice.

De repente siento como si me hubieran engañado. Arriba la fiesta sigue a todo trapo y los chicos han conseguido poner Moby, que suena por los altavoces, y de repente se oye una fuerte cacofonía

de voces hablando a la vez y gritando para hacerse oír por encima de la música, que ha subido mucho de volumen, y algo es tan gracioso que parece como si alguien hubiera sacado uno de esos carteles que indican al público de los programas televisivos que ría en determinadas escenas. ¿Qué estoy haciendo aquí abajo? Finalmente, encuentro la delgada .410, arranco el papel y la saco de la caja de embalaje.

—¡Oh, parece una escopeta de juguete! —dice, y se echa hacia atrás mientras abro la recámara para asegurarme de que está vacía.

—¿Puedo cogerla? —dice.

—Claro —le digo, y se la doy después de cerrarla de golpe.

Ella se la pone en el hombro con tan poca gracia que me pregunto si realmente ha estado alguna vez cerca de Montana. Entrecierra un ojo con fuerza, cosa que nunca debe hacerse con una escopeta, y apunta el arma hacia la lavadora.

—¿Has matado algo con eso? —dice, con un deje de nostalgia.

—Sí, sí que he matado cosas —digo.

—¿En serio? ¿Qué? —pregunta, y agita la culata descuidadamente hacia la caldera.

—Bichos —digo—. Sobre todo bichos.

—¿Bichos? ¿En serio? ¿Qué clase de bichos? —dice.

—Ratas, pájaros y serpientes.

—¿Pájaros? Los pájaros no son bichos —dice, abriendo mucho los ojos. Su mirada parece estar desenfocada.

—Los estorninos sí —digo.

—¿Estorninos?

—Sí, exacto. Estorninos.

—Pero ¿no son pájaros inocentes como los que tendrías en un jardín? —pregunta.

Ahora está apuntando el arma hacia las bombillas del techo y hace ver que dispara, haciendo pequeños ruidos que imitan explosiones. Por alguna razón lo encuentro muy desagradable.

—No. Los estorninos son pájaros horribles y apestosos —digo —. ¿No sabes nada sobre los estorninos? En Virginia solíamos tener plagas.

—¿Plagas? —se ríe.

—Sí. Exacto. Plagas. Eso es exactamente lo que eran: plagas de estorninos. Anidaban en las chimeneas y sus crías salían del cascarón hacia la primavera. Las crías volaban dentro de los dormitorios y se cagaban encima de las alfombras, las cortinas y las colchas.

—¿Por qué volaban por los dormitorios? —pregunta, apoyando la culata muy fuerte contra su mandíbula.

—¿Qué? —digo.

—¿Por qué las crías de estornino volaban hacia las habitaciones en lugar de volar chimenea arriba, hacia el cielo?

—Porque las crías, cuando salen del cascarón, se caen antes de aprender a volar. ¿No lo has visto nunca en Montana?

—¿Dónde?

—Montana. ¿No eres de allí?

—Ah, sí… Montana. Sí. Pero nunca he visto pájaros cayéndose, allí.

—A lo mejor no prestabas suficiente atención a los cambios de estación —digo.

—¿O sea que entonces tenías que matar a las crías de estornino en Virginia porque se caían en tu habitación y lo destrozaban todo?

—Exacto.

—¿No podrías haber abierto la ventana y dejar que salieran volando?

—Los estorninos son pájaros muy estúpidos —le explico.

—¿No se iban volando?

—No. Chocaban contra la ventana y se desplomaban al suelo, sangrando y gorjeando como locos.

—¿Y no podías empujarlos suavemente con una escoba o algo así?

—No, no podía «empujarlos suavemente» con una escoba.

—¿Por qué no?

—¡Porque quería verlos morir! Por eso. Quería verlos despedazados contra el papel de pared colonial y las cortinas de encaje. Quería ver sus pequeñas plumas revoloteando en el aire polvoriento del Old Dominion.

—¡Qué horror! —grita—. ¿Les disparabas?

—Sí. Me emborrachaba con vino tinto y me tumbaba en la cama con esta .410 en el regazo, y fumaba Camels mientras esperaba.

—¿A las crías de pájaros inocentes? —Me echa una mirada reprobatoria al estilo Greenpeace, como si no pudiera creer lo mucho que se ha equivocado juzgándome.

—Sí. Me tumbaba allí, a veces durante horas, esperando y bebiendo vino italiano, y oía su horrible gorjeo en la chimenea, lo que significaba que su estúpida madre había ido a alimentarlos. Chillaban como histéricos. Y finalmente alguno de ellos caía al suelo, levantando una nube de ceniza.

—Eso es terrible —dice—. ¿Y tú estabas allí tumbado observando al pobre animalito? ¿Ni siquiera intentabas ayudarle?

—¿Ayudarle? ¡Estaba allí para matarlo! ¿Para qué querría ayudarlo?

—Porque… porque eso es lo que la gente…, eso es lo que la gente acostumbra a…

Se pone tan nerviosa que no puede continuar.

—Miraba cómo batía sus desnudas alas por todas partes, intentando volar en círculos por las cenizas hasta que finalmente se desplomaba sobre la alfombra. Se quedaba allí aturdido un rato, cogiendo aire y mirando a su alrededor con esos ojos amarillos tan feos, preguntándose dónde diablos había caído y dónde estaba el acogedor nido con todos sus hermanitos y hermanitas y entonces, finalmente, cuando ya había descansado lo suficiente, se ponía en pie sobre sus temblorosas patas, que parecían de gallo, y volaba directamente hacia arriba para volver a caer otra vez.

—¡Eso es horrible! Te lo estás inventando —grita, y deja la .410 encima de la lavadora y se da la vuelta para regresar arriba, a la fiesta, pero yo le bloqueo el paso.

—Seguía haciendo esos intentos desastrosos, volando hacia arriba y cayendo otra vez hasta…

—No quiero seguir escuchando esta historia —me interrumpe, e intenta apartarme de un empujón.

—Hasta que finalmente hacía un esfuerzo explosivo, chocaba

contra el techo y empezaba a revolverse, buscando algo dónde agarrarse, algo que interrumpiera su caída, y generalmente era una de nuestras cortinas.

—¿Nuestras? ¿O sea que estabas viviendo con alguien, entonces? ¿No estabas solo? —Esto parece aliviarla un poco.

—Estaba solo —digo—. Bebía vino italiano y estaba muy pero que muy solo.

—Oh —dice—, creo que voy a ir arriba a ver si…

Me dirijo rápidamente hacia la lavadora y cojo el arma. Abro la recámara.

—¿Qué haces? —pregunta.

Empiezo a buscar los cartuchos adecuados en la caja de embalaje, sin dejar de hablar, contándole la historia de los estorninos con una voz de narrador de alto nivel. Una voz como la de Robert Stack.

—O sea que sigo mirando al estúpido animal. No aparto la vista de él. Está posado allí arriba en la barra de la cortina respirando fuerte, su corazón latiendo rápido. Colgado en la cortina para salvar su vida. Y ya me he bebido dos botellas de vino a estas alturas. Brunello di Montalcino. Envejecido en barrica de roble. ¿Lo has probado? —le pregunto.

—Nunca bebo vino —dice, y su cara tiene un aspecto sombrío y lívido.

Finalmente encuentro la cajetilla verde de los cartuchos para la .410 y la abro. Saco uno y lo pongo en la recámara abierta, y vuelvo a cerrar la culata.

—Era infeliz entonces, ¿sabes? Muy infeliz, y beber vino me hacía sentir mejor. No me hacía sentir feliz, sólo bien conmigo mismo. ¿Entiendes lo que te digo? ¿Tiene algún sentido para ti lo que te estoy diciendo? —Asiente—. Estar relajado en el campo, solo, con una .410 en mi regazo y borracho como una cuba, escuchando las cigarras, fumando como una chimenea y matando estorninos de las cortinas de mi habitación hasta las tres de la mañana parecía lo correcto. Estoy seguro de que nunca lo podría haber predicho. No vi venir la situación. Como esta de ahora.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

—Esto. Que no había ninguna manera de predecir esto. Que estaría aquí en el sótano enseñándote armas y hablando del pasado mientras hay una fiesta arriba.

—Creo que voy a volver arriba y…

Ahoga un grito cuando levanto la escopeta por encima de su cabeza y apunto a una lata de pelotas de tenis amarillas que está en una estantería detrás de ella. Se queda inmóvil y empieza a temblar un poco.

—No voy a dispararte —le digo.

Se ríe y hace un pequeño ruido con la boca.

—¡Hombre, espero que no! —dice—. ¿Para qué querrías dispararme?

—Es que no quiero —digo—. No quiero dispararte.

—¿No es un poco peligroso?

—¿El qué? —digo, apuntando con la .410 por encima de su cabeza, justo a la caja de pelotas de tenis.

—¿Apuntar a alguien con un arma cargada?

—No te estoy apuntando a ti. Estoy apuntando a la lata de pelotas.

—Pero parece que me estés apuntando a mí —dice.

—Pues no. Ahora te apuntaría a ti, ¿ves? Así.

Y bajo la culata de manera que apunte directamente a su esternón. Grita. Es uno de estos gritos penetrantes, típicos de las películas de miedo. Arriba, todo el mundo se calla. No se oye a nadie. Alguien quita la música. Ni siquiera se oyen los aullidos de los perros. La mujer de Montana empieza a sacudir la cabeza, moviéndola de un lado a otro, y se le escapan chillidos ahogados.

—Deja de moverte —le digo, todavía apuntándola al pecho con la escopeta. Ella obedece—. Tú no eres de Montana, ¿verdad? Dime la verdad.

Cierra los ojos y los aprieta tan fuerte que le saltan pequeñas lágrimas que más parecen sudor.

—¡Dime la verdad!

Sacude la cabeza. No sé por qué pero empiezo a susurrarle cosas

al oído.

—Era muy, muy infeliz entonces, cuando mataba estorninos en mi habitación. ¿Has sido alguna vez muy, muy infeliz?

Asiente vigorosamente.

—¿Y por qué eras tan, tan infeliz? —le pregunto.

Ella sacude la cabeza y sigue cubriéndose la boca con ambas manos.

—Yo tampoco sabía muy bien por qué lo era —digo—. Nunca estuve seguro exactamente de por qué lo era. Seguramente es una pregunta injusta, ¿no crees? ¿Preguntarle a alguien por qué es tan, tan infeliz?

Asiente frenéticamente. La voz de mi hija nos llega desde lo alto de la escalera del sótano.

—¿Papá? ¿Estás bien?

—Sí —digo—. Estoy bien.

UN ARREBATO ESPANTOSO

En aquel momento, justo antes de que se marchara, lo que más impactó a los dos niños del comportamiento de su padre, por inusual, no fue tanto cuando dejó el huevo sobre la mesa del desayuno, entre sus dos boles de macedonia, y lo aplastó con el puño, salpicando el teléfono y sus bolsas de comida, sino la manera como empezó a convulsionarse en una risa maníaca mientras limpiaba todo el desorden. Fue un terrible arrebato el que provocó este impulso tan repentino, y los niños vieron en la profundidad de los ojos de su padre una peligrosa pérdida de identidad de la que era posible que nunca se recuperase y durante la cual podía fácilmente dejarse arrastrar hacia oscuros torrentes de emociones del todo contradictorias, hasta un punto en el que no sólo sería incapaz de reconocer a sus seres más próximos y queridos sino, más importante aún, no podría ni siquiera reconocerse a sí mismo. Fue una revelación instintiva, no expresada entre los dos niños, y marcó el principio de su comprensión y su convivencia con la soledad. A lo largo de los años habían crecido acostumbrados a los exuberantes y disparatados arrebatos de su padre, durante los cuales parecía sucumbir inesperadamente a algún antojo adolescente, como desviar deliberadamente el coche hacia un carril en obras de la autopista, cerrado al tráfico, y derribar todos los sombreritos de bruja de plástico naranja, gritando con regocijo y aporreando el volante hasta que le salía sangre de los nudillos. O la vez que saltó de la canoa verde al río James, cuando eran muy pequeños, y empezó a hacer aspavientos como si se ahogara. Sus acciones siempre habían tenido un toque de vodevil, hasta el punto que, cuando eran pequeños, los

niños tenían incluso la impresión de que su padre estaba actuando para ellos, pavoneándose. No tenían ni idea del porqué. En general, les parecía bastante divertido y entretenido, y no fue hasta su adolescencia cuando empezaron a notar una clara diferencia en sus digresiones. Esta diferencia yacía en el grado hasta el cual su padre era capaz de distanciarse de sus payasadas. Cada vez parecía más probable que se acabaría zambullendo dentro de sí mismo y sería absorbido por sus propios tumultos interiores, que nunca se traslucían en su mirada. Aquel día, en cambio, descubrieron el terror en sus ojos. Eso no había pasado nunca cuando eran pequeños. Independientemente de lo disparatadas que las opciones de su padre pudieran ser, siempre parecía estar pasándolo bien. Ahora se había producido un cambio definitivo. La risa se había convertido en cacareo, y esa destrucción esporádica ya no resultaba divertida. Aplastar un huevo no tenía ninguna gracia, para empezar; a lo mejor había sido sorprendente, pero no divertido. En cualquier caso, no divertido como una comedia, y estaba incluso interfiriendo en sus deberes y sus llamadas telefónicas. Se fueron de la cocina con sus libros y papeles, y se llevaron el teléfono consigo. En ese momento, su padre estaba arrodillado en el suelo con papel de cocina mojado y el agua corriendo en el fregadero, y la risa todavía le atacaba en rachas escalonadas. Los niños fueron arriba y se encerraron en sus habitaciones, encendieron sus radios, sintonizaron emisoras de hip hop y subieron mucho el volumen para intentar ahogar los ruidos que venían de la cocina. Ruidos que ahora eran profundamente desagradables y que no se parecían para nada a la risa, sino más a una especie de llanto, a un lamento, o a grito de animal herido, que continuaban y se interrumpían de golpe en cortos y vacíos intervalos de silencio. Silencios durante los cuales los niños bajaban el volumen de sus radios para escuchar cómo evolucionaba su padre, y volvían a subirlo en la siguiente explosión. Lentamente, los silencios empezaron a ser más frecuentes que la histeria, hasta que ya no se oía nada en la cocina. Los niños escucharon el golpe suave de la puerta trasera al cerrarse y el ruido del Buick maniobrando. Oyeron chirriar los neumáticos en la grava mientras el coche daba marcha

atrás hacia la calle, y el ruido del cambio de marchas cuando la grava se volvió asfalto. Oyeron el rugiente motor desaparecer y perderse en la noche, hasta que fue sólo un murmullo que parecía un gran vacío. Un vacío del que ni siquiera sus radios podían protegerles. De eso hace muchos años y no han vuelto a ver a su padre desde entonces.

Hoy ambos han visto a alguien que se parecía muchísimo a su padre entrando sigilosamente en la oficina de correos para recoger su correspondencia, y cuando le han preguntado a su madre sobre el tema, y por qué se paseaba disfrazado, vestido como un hombre mayor, ella les ha dicho:

—No era un disfraz. Era él. Se ha hecho viejo muy deprisa.

TINITUS[4]

MARTES, 1 DE FEBRERO - NORMAL, ILLINOIS

¿Palmer? Soy yo otra vez. Me he parado aquí para pasar la noche. Son las ocho y media o las nueve, más o menos. Me he detenido antes de lo previsto porque mi vieja espalda estaba empezando a darme problemas y no podía concentrarme en nada recto y estrecho, por no hablar del zumbido crónico que te comenté en mi oído izquierdo. He ido a alojarme a Normal, Illinois, en un motel que está justo en la salida 8, en la habitación 119, creo; no, espera un momento…, sí, es la 119. He tenido que mirar la llave. El sitio se llama The Normal Midwestener. Menuda broma. Me he registrado con el nombre de «Guy Talmer», Two Creek, Virginia, por la matrícula falsa. Suena un poco raro, pero el chico del mostrador ni siquiera parpadeó. No creo que hoy en día se miren ni los nombres. Usé la American *Express*, como me dijiste. No hay manera de que puedan seguir el rastro hasta ti. Todavía hace un frío de mil demonios, cinco bajo cero cuando salí de St. Paul y no hay señales de que vaya a mejorar. Tengo muchas ganas de llegar al sur, a climas más cálidos, aunque Nick me ha dicho que no pasan de los siete grados en Lexington. Supongo que llegaré allí mañana sobre las seis, depende del tráfico. De momento la carretera nacional está limpia y muy fría, pero sin hielo. Los de Obras Públicas se han andado con cuatro mil ojos con el tema de las reinversiones. Tendrías que haber visto los vapores haciendo remolinos sobre el asfalto, como si estuviéramos en Marte o algo así. Muy desagradable, ahí fuera. Probablemente no podré volver a ver a tu

yegua hasta el jueves o el viernes, pero seguro que aguantará hasta entonces. Te mandaré mi valoración enseguida, ya sea por fax o por teléfono; te llamaré en cuanto le haya echado un vistazo. Supongo que tu abogado ya habrá hablado con el veterinario desde que te vi la última vez, pero para ponerte al día, la yegua está completamente jodida. Ha tropezado con la pata derecha delantera y tiene una hemorragia en la corona. Supongo que es una consecuencia natural de tener que aguantar todo el peso de la pata. De todas formas, el doctor Roxsin le ha puesto clavos para aliviar parte de la presión en la lámina podal y le ha aumentado la dosis de fenilbutazona para cortar el dolor y bajar la hinchazón. He hablado con la compañía de seguros y están dispuestos a aceptar la reclamación en cuanto tú autorices que sacrifiquen a la yegua. Todo se hizo de forma anónima, claro. Me mandarán el cheque directamente a mí, a nombre de la subcompañía, y yo lo ingresaré en la cuenta que tú me digas, ya sea en Estados Unidos o en el extranjero. Mándame el código y los detalles. De hecho, no pueden creerse que estemos intentando salvar a la yegua. Han recibido reclamaciones por heridas mucho menos graves y por las que se ha sacrificado al animal al cabo de veinticuatro horas. Ya llevamos una semana y media desde que se rompió el metacarpio y todavía estamos luchando para que sobreviva. Seguro que se creen que somos una especie de héroes humanitarios o algo así. Ya te he dicho lo que opino de esta situación, pero si quieres alargar su vida lo suficiente para salvar al potro que lleva dentro, es decisión tuya. Es tu yegua, después de todo. Esta opción también es arriesgada, evidentemente. El potro podría ser prematuro y morir por culpa del parto provocado de otras complicaciones que van de la mano de un parto provocado. En mi opinión, no hay ningún motivo para causarle más sufrimiento del que ya ha padecido. Ha hecho mucho más de lo que era su deber y lo ha dado todo en las carreras. Odio verla sufrir así. Es verdad que el potro puede resultar un gran caballo de carreras, considerando su pedigrí y el historial del padre como reputado semental, pero a veces es difícil contrastar eso con la realidad del dolor. Estoy viendo la previsión del tiempo y no te creerás qué monstruo se nos echa

encima desde el Golfo: hielo, nieve, aguanieve, vientos huracanados y temperaturas bajo cero. ¿Qué estará pasando? Parece como si se hubiera desatado la ira de Dios. De todas formas, estará bien volver al viejo Kentucky. Ya te iré poniendo al día.

MIÉRCOLES, 2 DE FEBRERO - LEXINGTON, KENTUCKY

¡Palmer! No te encuentro, pero espero que hayas escuchado el mensaje que te dejé ayer. Qué bien habértelo contado todo cuando lo hice, porque he pasado una noche horrible. Me desperté tres o cuatro veces a medianoche porque oía ruidos y al principio pensé que estaban asesinando a alguien. Al final resultó que era una pareja follando como locos en la habitación de al lado. Supongo que ponen todas las camas alineadas con los cabezales contra las paredes de yeso, aquí en Normal, y durante toda la noche los golpes y los gemidos han sido increíbles. No sé, esa chica seguramente llevaba un año o dos sin follar por la manera como gritaba: «¡Sí, sí, más! ¡Oh, sí! ¡Fóllame, Dios mío! ¡Fóllame! ¡Fóllame!». Bueno, espero que ninguna inocente secretaria esté escuchando esto. De todas formas, me he registrado en el Lexington con el nombre de «Lyle Maybry». Cambié a la MasterCard, por si acaso. Pensé que así sería más seguro, por si hubiesen conseguido seguirme los pasos hasta Normal. Espero que no te importe. El oído me está zumbando mucho esta noche, así que tengo pensado ir a la clínica mañana a primera hora para darle una ojeada a la yegua. De todas formas, no hay mucho que pueda hacer esta noche para conseguir nueva información, porque allí sólo está el vigilante nocturno. Me he puesto en contacto con el doctor Roxsin y me ha asegurado que la yegua está aguantando todo lo que puede, aunque ya no queda mucho tiempo. Mi dolor de oído es insoportable. Un zumbido constante como si tuviera una interferencia radiofónica dentro de la cabeza. Nunca me había molestado tanto. Supongo que es el resultado de todos esos años cazando palomas, antes de que se

inventaran los tapones para los oídos. Muchos días ni siquiera lo noto, pero últimamente no me deja ni un segundo, en serio. Seguramente debería achacarlo todo a la edad. Todas las partes del cuerpo se van volviendo más vulnerables. Por cierto, ¿te enteraste de que Arcaro ha muerto? Ése sí que era una leyenda. Nunca olvidaré el año que ganó la Triple Corona[5] montando a Citation. En 1948, creo que era. El viejo «Banana Nose»[6]. Suave como la seda. Se me hace raro ahora eso de volver a estar aquí, en la región de los grandes entrenadores. Tenía muchas ganas de venir, pero ahora que estoy aquí me he deprimido un poco. Es curioso cómo pasan esas cosas. Empiezas a recordar historias en tu cabeza, supongo. Como cuando conocí a Martha, hace muchos años. Fue ahí, en Keeneland, en 1959. Difícil de creer. ¿Te acuerdas, Palmer? Tú fuiste el que me convenció para que la invitara a un *whisky* con soda y un filete. Eso fue el principio. Veintidós años de puro infierno. De todas formas, la echo de menos, para qué negarlo. No sé por qué. A lo mejor llevo demasiado tiempo en la carretera. Seguiré intentando localizarte. Si no lo consigo, siempre puedes dejarme un mensaje en recepción. Acuérdate de que hoy soy «Lyle Maybry». Acabaré perdiendo la pista de mí mismo.

JUEVES, 3 DE FEBRERO - LEXINGTON, KENTUCKY

¡Palmer! ¿Dónde coño te has metido? ¡Necesito que me llames lo antes posible! He ido a ver a la yegua y hemos decidido provocar el parto ya, porque está empezando a fallar de verdad. El potro será prematuro de dos semanas, pero no tenemos otra opción. Cuando esté en la clínica llevaré el busca encima; ahora te estoy llamando desde una cabina de Ironworks Pike con la tarjeta Transmedia, con el nombre de «Filson». Ahora mismo no me acuerdo del código. Así están las cosas, y necesito una respuesta rápida, en el momento en el que la yegua empiece a parir me llamarán y tendré que soltar este teléfono y correr otra vez hacia la clínica. Necesito tu permiso para sacrificar a la yegua justo cuando haya parido. No pueden hacerlo

sin el permiso del propietario. Mándame cualquier tipo de autorización ahora mismo. ¡Es muy urgente! Me voy otra vez allí para asistir al parto y dejar claro a todo el personal que quiero que la yegua acaricie al potro y lo mime tanto como pueda antes de que la sacrifiquemos. Siempre me ha parecido que este tipo de cosas son importantes para las crías antes de lanzarlas al mundo. Estoy seguro de que les deja una profunda huella y se acuerdan de eso cuando les azotan con la fusta. Ya me las he arreglado para que nos traigan una buena yegua nodriza de una cuadra muy reputada. Nada de perder el tiempo. Tendría que estar ya de camino hacia la clínica. Voy a echarle una ojeada para asegurarme de que sus ubres están llenas y para ver qué temperamento tiene. Esta clínica es de lo mejor, Palmer, y tu yegua está recibiendo toda la atención que se merece. Es doloroso ver que va a morir de esta manera. Es tan bonita, y fuerte como un roble. Por favor llámame cuando recibas este mensaje. Se nos acaba el tiempo.

JUEVES, 3 DE FEBRERO - MÁS TARDE

¡Felicidades, Palmer! Tienes un potrillo nuevo. Grande, robusto y de color castaño. Tuvimos que mantener a la yegua de pie para provocarle el parto y tiramos de la cría casi todo el rato, a pesar de que ya estaba en la posición adecuada. Empezó con fuerza, luego se cansó hasta el punto que pensábamos que lo perderíamos. Le estimulamos con golpes para que continuara haciendo fuerza, y creo que sobrevivirá. Tardará un poco en levantarse y mamar de la yegua nodriza, o sea que todavía no está del todo a salvo. Tiempo al tiempo. La yegua se portó como una auténtica campeona durante todo el rato, demostró la misma clase que en la pista de carreras, pero al final tuve que dar la señal para que la sacrificaran. Me inventé otra historia y les conté que tenía poderes de abogado, pero que había olvidado la hoja notarial en el motel. Últimamente me he vuelto un mentiroso profesional. Todos los veterinarios me siguieron la corriente porque veían que era la única salida para la

pobre yegua, teniendo en cuenta el estado lamentable en el que estaba. Su pata empezaba a oler muy mal por culpa de la infección y al final toda ella apestaba. El doctor Roxsin usó todo su poder de convicción para que mantuviéramos viva a la yegua y así poder continuar sus experimentos sobre la amputación, pero yo no podía justificarlo, viéndola sufrir de aquella manera. ¿Qué tipo de vida iba a tener, saltando sobre tres patas en algún establo lleno de paja? Así que lo hecho hecho está. Espero que el potro consiga salir del túnel y te haga ganar mucho dinero en el futuro. Espero que todo esto no te haya alterado demasiado, pero de verdad que no había ninguna alternativa, teniendo en cuenta las circunstancias y sin saber nada de ti. Pido a Dios que recibas pronto estos mensajes. No tengo ni la más remota idea de dónde estás ni de cómo localizarte. Si hay alguna secretaria al cargo de la tienda, a lo mejor podría contestarme y confirmarme si toda esta información te está llegando. No sé qué más hacer. Lo primero que haré mañana por la mañana será localizar al agente de la compañía de seguros y comunicarle que hemos sacrificado a la yegua. Estoy seguro de que no habrá ningún problema con el cheque. Es demasiado tarde ahora para llamarles, aquí es la una y media de la madrugada. Creo que me pasaré por el Barclay's y me tomaré un *whisky* con hielo, quizá dos. No he probado el alcohol desde hace meses pero toda esta historia me ha trastornado mucho. Odio ver a un animal pasar por todo esto, especialmente a un animal como ella. Era una joya de verdad. Mi oído acaba de volverse completamente loco y la interferencia radiofónica ha escalado hasta convertirse en un intenso gemido, como si fuera una especie de alarma lejana para tornados. Espero que no sea un mal augurio. Estaré en contacto, como siempre…

EL PERSEVERANTE

—¿Podrías subir y hablar con él? Es lo único que te pido —me dice con esa voz insistente de niña pequeña que conozco desde hace mucho tiempo.

—¿Qué está haciendo ahí arriba?

—Está enterrado en aquellos catálogos otra vez. Ahora es la época del año en la que se los envían todos. Llega una caja entera llena y se los lleva allí arriba como si estuvieran vivos. Se mete en su habitación y no quiere salir. Ya lleva días ahí arriba. Una semana como mínimo.

—¿Una semana?

—Una semana seguida. Fumando. Es todo lo que hace desde que dejó la bebida. Fuma y tose. Los niños han intentado subirle bocadillos pero ni los prueba. Ni siquiera les contesta. No quiere ni abrir la puerta.

—¿No estará muerto, verdad?

—Qué gracioso. Creía que habías venido a ayudar. —Y con eso pierde su serenidad y las comisuras de su voluptuosa boca empiezan a temblarle. La boca también es algo que recuerdo bien. Algo que nunca olvidaré. Le doy unas palmaditas en el hombro pero ella se aparta rápidamente y esconde la cara.

—Voy a subir.

—Bien —dice, y va hacia el fregadero con decisión, como si estuviera a punto de empezar una limpieza a fondo—. Si te deja entrar pregúntale cuánto tiempo va a durar esto. No lo pregunto por mí, lo pregunto por los chicos.

—Se lo preguntaré.

—Bien. Pregúntale cuánto tiempo cree que podemos aguantar esto. —Se atraganta con la última palabra, y abre el grifo al máximo para que el ruido ahogue sus sollozos.

Subo la escalera corriendo, pasando frente a las fotos de sus hijos con su equipo de fútbol y sonrisas resplandecientes. También de escenas de pesca y de tiempos mejores. Cuando llego arriba ya puedo oler el humo. Lo sigo por el pasillo hasta su puerta, que tiene un colgador en forma de herradura del que cuelgan impermeables, cinturones y un abrigo de lana oscura. Llamo a la puerta. No hay respuesta.

—¿Reese? —digo frente a la puerta—. Reese, soy yo, Jamey. ¿Estás ahí?

Oigo el ruido de una silla deslizándose sobre las tablas del suelo. Silencio. Le oigo levantarse lentamente. Una tos. Se acerca a la puerta y enseguida se detiene. Puedo oírle respirar al otro lado. Está muy cerca.

—¿Reese? Déjame entrar, vamos. Quiero hablar contigo.

—La puerta está abierta. —Su voz me llega dulce y entrecortada, como si no la hubiera usado en mucho tiempo, casi infantil.

Le oigo volver a su silla y sentarse. Cuando empujo la puerta, el hedor agrio a Lucky Strikes me golpea en la cara. Hay una neblina azul grisácea que llena la habitación del suelo al techo. Lo veo a través de la neblina, sentado a su escritorio, dándome la espalda. Es una habitación muy pequeña. Una pared entera está repleta de libros. Las otras tres están abarrotadas de marcos de fotos con caballos de carreras, *jockeys*, yeguas y potros pastando en prados de color esmeralda. La ventana encima de su máquina de escribir permite entrever, a través de las persianas, los techos de los garajes que brillan en la luz fría de octubre. Algunas hojas naranjas de arce caen planeando y desaparecen. Sigue dándome la espalda. El pelo gris le cubre hasta la base de la nuca. Un cigarrillo se consume en un cenicero de madera en forma de princesa polinesia sentada sobre una tortuga marina. No se vuelve. No se mueve. Está rodeado de montones de libros de consulta sobre purasangres y de catálogos de

venta de caballos de color de calabaza en pilas que le llegan casi hasta el hombro, formando un búnker de papel.

—¿Te lo ha pedido Rena? —dice al final, cuando ya llevo un rato allí mirándole el cogote.

—¿Pedirme el qué?

—Cierra la puerta —dice.

Le obedezco y ahora se vuelve hacia mí, arrastrando su silla como uno de esos viejos a los que uno no podía molestar de pequeño y que jugaban a cartas entre hombres solos. Oigo el agua cerrarse en el piso de abajo y me imagino que Rena está escuchando. La imagino secándose sus suaves manos al pie de la escalera y aguzando el oído para captar alguna cosa.

—Te ofrecería un trago pero lo he dejado —dice.

—Yo también.

—Imagínate. ¿Los dos juntos? Hace diez años hubiéramos estado borrachos y dando vueltas por la calle.

—Probablemente.

—He encontrado una mina de oro —me suelta, sin preámbulos.

—¿Una qué?

—Una mina. Una yegua purasangre. De Blue Hen[7]. ¡Aquí! —Golpea el montón más pequeño de catálogos, haciendo que la ceniza revolotee y caiga entre los muslos de la princesa polinesia—. Tuve que desenterrarla de entre cuatro mil doscientos sesenta y un ejemplares, pero por fin la encontré. —Arrastra la silla hacia su escritorio, se humedece el pulgar y va pasando páginas arrugadas hasta encontrar el número 773—. ¡Mira! —dice, y se incorpora satisfecho, invitándome a inspeccionar el pedigrí. Le sigo la corriente por deferencia, y me revuelvo los bolsillos para encontrar mis gafas—. ¿Habías visto algo así en tu vida? —insiste—. Ni un mal corredor en cuatro generaciones. Oro puro.

—Sí, tiene buena pinta —digo.

—¿Buena? ¡Buenísima! ¿Habías visto alguna vez en tu vida a Hay Patcher tan de cerca? ¿Cuándo fue la última vez que Hay Patcher fue abuela? Hace mucho tiempo, te lo digo yo.

—¿Cuánto vale una yegua así ahora?

—La conseguiré por cuatro chavos. Mira quién la ha dejado preñada.

Mis ojos enrojecidos bajan por la página hasta llegar a donde señala su dedo; un artículo sobre un caballo del que nunca he oído hablar.

—¿Traekon? ¿Quién es Traekon?

—Exacto. Eso es lo que te estoy diciendo. Una mierda de caballo procedente de Uruguay o algo así. Se deja la piel en la pista pero no gana nunca. No podría ni ganar a un gordo cuesta arriba.

—¿Y no te costará mucho vender el potro, entonces?

—¿El potro? ¡No estoy en el asunto por el potro, tío! ¿Estás loco? Estoy en esto a largo plazo. Yeguas así son sólo para los perseverantes. El futuro. ¡Para que salga en los libros de historia de la hípica!

—Pensaba que no tenías mucho dinero últimamente, Reese.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Te refieres a mis ex mujeres?

—Bueno…

—Sí. Ha corrido la voz, imagino. Finalmente me han pillado. Pero tengo otros recursos. Kentucky está lleno de lagunas legales. Se pueden hacer cosas, créeme. Todavía se pueden hacer cosas.

—¿Cuántos niños estás manteniendo ahora?

—¡Demasiados! ¡Malditos niños! La mitad ni siquiera son míos, pero no tengo la energía para pelearme. —Se interrumpe de nuevo, enciende otro Lucky y se esconde detrás de sus libros de consulta, dejando escapar humo a través de las páginas.

—Rena quiere saber cuánto tiempo vas a quedarte aquí arriba, Reese.

—Rena. Ya me lo había imaginado. Te llamó, ¿verdad?

—No, no me llamó.

—Sí que te llamó. Lo noto por tu actitud.

—¿Mi actitud?

—Sí. La manera como has entrado, arrastrándote y medio de lado.

—¡Ni siquiera estabas mirando! Estabas de espaldas.

—Lo noté. Me he vuelto muy sensible a ese tipo de cosas con

los años. Traición y malicia. Lo noto.

—Bueno, pues no me arrastré. Eso es ridículo.

—Te deslizaste.

—Mira…, sólo quiere saber hasta cuándo. Eso es todo.

—No tengo la respuesta para eso. Estaré aquí todo el tiempo que haga falta.

Silencio otra vez. Me estoy asfixiando en su mundo opresivo. No tengo escapatoria. Me duelen los ojos como si sangraran por culpa del humo. Repaso la pared llena de libros y me detengo en algunos títulos: *Last Grass Frontier, The Wind Leaves No Shadow, These Were the Vaqueros, Production of Field Crops* de Wolfe y Kipps, una colección entera de *American Broodmare Records* con oscuros espacios vacíos de los volúmenes que ha cogido para devorar estadísticas. En uno de los espacios vacíos, un revólver Smith & Wesson calibre 38 está apoyado en su funda. Lo reconozco de hace tiempo, cuando acostumbraba a aparecer inesperadamente bajo las farolas de un aparcamiento y sujetábamos rollos de billetes de cincuenta dólares con gomas elásticas. Otra hoja dorada planea más allá de su ventana y desaparece.

—¿En qué estás pensando? ¿En bajar hasta Lexington e intentar comprar esa yegua? ¿Es eso?

—¿Quieres venir? —dice, volviéndose hacia mí con el cigarrillo colgando de una sonrisa maliciosa—. En cuatro días podríamos hacerlo todo. Ir y volver. Sería muy fácil.

—¿Y los niños?

—En el colegio.

—¿Y Rena?

—¿Rena? —Se atraganta, luego ahoga una tos—. No me necesita. ¿Te has vuelto loco? No me necesita desde hace mucho, mucho tiempo. —Se sumerge otra vez en sus páginas grises.

—Está bastante disgustada.

—¿Disgustada?

—A mí me lo pareció.

—Tú no la conoces.

—Pero la conocía.

—Sí, es cierto, la conocías muy bien, ¿verdad? —Deja un Lucky húmedo en el cenicero y se vuelve hacia mí, lentamente—. La conocías bastante bien. Apuesto lo que quieras a que ahora mismo estás pensando en ella.

—¿Pensando en ella? —digo.

—Sí, estás pensando en ella, cosas como «si estuviera conmigo a lo mejor todavía sería feliz. Sería una persona completamente distinta de la que es ahora. Estaría educando a mis hijos rubios en lugar de a los suyos».

—No pensaba en nada por el estilo.

—Sí que lo pensabas. No me vengas con ésas. ¿Qué te hace pensar que no lo hubieras estropeado todo igual que yo?

—No lo has estropeado todo.

—No me vengas con esa mierda condescendiente. Tú te crees un poco superior, ¿verdad? Siempre lo has creído.

—No quiero hablar de eso.

—Un poco superior en todos los campos. Sobre todo con las chicas.

—¡Sólo quiere saber cuándo bajarás! Eso es todo.

Silencio otra vez, pero esta vez no se vuelve. Me mira con fijeza y lentamente le asoma una sonrisa de reconocimiento en la cara.

—¿De verdad te crees eso?

—¿El qué?

—Que es lo único que quiere saber.

—Eso ha dicho ella.

—No es lo único que quiere saber.

—¿Pues qué, entonces?

—¡Quiere saber adónde me he ido! Eso es lo que quiere saber. ¡A qué país! ¡Qué territorio de la mente! ¡Qué región de aislamiento! Las mujeres son animales muy sociales. ¿No lo sabías? ¡Este tipo de cosas las aterrorizan!

—Bueno, a lo mejor podrías explicárselo.

—¡No puedo explicárselo! —grita, levantándose de golpe y derribando la enorme *Stallion Register*[8] de la esquina de su escritorio—. ¿Estás loco? ¿Cómo podría explicárselo? ¿Cómo podría

explicarle lo que cada uno de los nombres de estos purasangres significa para mí? ¿Lo que el sonido de Nashrullah despierta en mí? Su carácter salvaje. Su velocidad incontrolable.

—De acuerdo, Reese, tranquilo. No necesito que me des una lección.

—¡Seattle Slew! ¡Storm Bird! ¡Native Dancer! ¡Silver Spoon! ¡Cómo quieres que le cuente algo así! —Da vueltas como un oso enjaulado y me arrincona en la esquina, contra las estanterías—. ¡No puedo explicarle cómo cuando veo que la estirpe de Cool Mood llega a la tercera generación mi espalda se derrite y siento un escalofrío! ¡Cómo Dr. Fager, Great Above y Aspidistra tienen un vínculo común! ¿Qué voy a hacer con eso? ¡Tiene que saber la historia! ¡El linaje! ¡La perpetuidad de todo! ¡Sin eso, está perdida! ¡Completamente perdida! —Se detiene de repente, para coger aire, como si ahora fuera consciente de la existencia de su cuerpo después de haber estado ausente un largo tiempo. Me mira como si acabara de entrar en la habitación.

—Mira, Reese —le digo—. ¿Por qué no haces una pausa de vez en cuando? Bajas y hablas con ella una vez al día o algo así. Os tomáis un café. Ves a los niños un rato.

Me mira fijamente, intentando recuperar el aliento y entrecerrando los ojos, esforzándose para descifrar mis palabras.

—¡Habla tú con ella! —dice finalmente, y vuelve a su silla—. Yo estoy muy ocupado. —Alarga el brazo, coge el *Stallion Register* y lo vuelve a lanzar a donde estaba—. Vamos, baja tú y toma una taza de café con ella. Seguro que tenéis mucho de que hablar, vosotros dos. Podéis recordar los viejos tiempos. Rebuscar en el baúl de los recuerdos.

—¿O sea que no hay nada en particular que quieras que le diga?

—Sí. Dile que…, dile que algún día reemergeré. ¡Volveré a la luz del día!

—De acuerdo —digo mientras le observo coger un cigarrillo y sumergirse otra vez en sus libros. Cruzo la habitación hacia la puerta y cojo el pomo—. Me ha alegrado volver a verte, Reese. —Noto que su espalda se tensa un poco y su cabeza se vuelve ligeramente hacia

mí.

—Podríamos ir hasta allí, sabes —dice en ese tono suave que he oído antes de entrar—. Los dos solos. Como en los viejos tiempos. Kentucky. Nada puede pararnos. Piénsatelo.

—He perdido prácticamente todo contacto con ese mundo.

—Todavía está allí. Tirando adelante. El dinero fácil nunca se acaba.

—Me sentiría un poco como pez fuera del agua.

—Sí, seguramente sí.

—Bueno, buena suerte con la yegua. Espero que la consigas.

—Seguro que la conseguiré. Y barata. Es la típica que la gente pasa por alto. Ves, ya nadie tiene paciencia. Quieren un caballo de carreras de inmediato. No ven el potencial. La larga espera.

—Supongo que no.

—Tienes que escarbar mucho en este juego. Estudiar la historia que hay detrás. Causa y efecto. El dinero está ahí, lo único que tienes que hacer es buscarlo.

Revuelve los montones de catálogos otra vez, haciendo revolotear más ceniza en la neblina azulada. Me resisto a una repentina necesidad de acercarme a él y darle unas palmaditas en la espalda, por miedo a que reaccione de manera parecida a la de Rena. Me gustaría mucho darle unas palmaditas en el hombro.

Cuando bajo la escalera, oigo a los niños que vuelven del colegio. El niño llama a su perro. La niña grita adiós a sus amigos. La puerta del jardín se cierra de golpe detrás de ellos. Las hojas caídas crujen bajo sus pies. Tengo miedo. No sólo por cómo estará Rena en la cocina, el estado en el que me la encontraré. No sólo por ver a los niños de verdad, oírles hablar con su madre, ver sus alientos fríos en la habitación. Es por la distancia cuando me vaya cruzando el jardín. Cuando me dé la vuelta en la calle y mire hacia la ventana de su habitación, donde está el humo. Cuando me suba a mi coche y me vaya. Porque me marcho sin ninguna conexión. Porque a lo mejor no ha habido ninguna conexión jamás. Porque a lo mejor nunca la habrá.

Cruzo la cocina justo cuando los niños entran ruidosamente por

la puerta trasera, dejando que se cuelen todos los perros. Rena grita:

—¡Quitaos los zapatos! ¡Acabo de fregar el suelo de la cocina! ¡No dejéis entrar a los perros!

Está atrapada en su función, su maternidad, su equipo de supervivencia básico. Me detengo y me quedo ahí de pie, estúpidamente, mientras los perros chocan contra mis rodillas. Rena coge a uno de los dos por el collar y empieza a arrastrarlo hacia la puerta trasera para hacerlo salir otra vez, un escurridizo perro amarillo con un collar rosa fluorescente. Me mira en medio de todo esto, con el pelo cayéndole despeinado sobre los ojos. Tiene un aspecto muy distinto.

—Bueno —dice—, ¿qué ha pasado? ¿Has hablado con él?

—Sí, sí.

Los niños me miran mientras se quitan las zapatillas de deporte y las lanzan a una cesta llena de palos de *hockey*. Rena pega una patada al perro para que salga por la puerta trasera y la cierra de golpe. La niña grita:

—¡No pegues a Tasha, mamá!

Rena dice:

—No he pegado a Tasha. Sólo la he empujado.

El niño me mira con curiosidad, preguntándose si seré uno de esos extraños y viejos compadres de los que ha oído hablar y que pertenecen al misterioso pasado de su padre.

—¿Ya ha salido papá de la habitación? —pregunta mientras va directo a la nevera; una vez allí, abre la puerta y mira el zumo de naranja.

Rena no le contesta. Se dirige directamente hacia mí y se para, muy cerca de mi cara. Noto su aliento en mi pecho. Se pone las manos en las caderas y me mira a los ojos. No hay esperanza en su cara, ni enfado, ni siquiera miedo. Sólo quiere oír lo que ya sabe. Quiere oírmelo decir.

—¿Y? —dice—. ¿Alguna novedad?

—Me ha dicho que te diga que algún día reemergerá. Volverá a la luz del día.

Deja caer los brazos y se vuelve hacia su hija como si ni siquiera

me hubiera oído. Sonríe.

—¿Cómo está mi preciosa? —dice, y se deja caer de rodillas, con los brazos abiertos para abrazar a la niña.

El niño cierra la puerta de la nevera de golpe y se queda quieto. Me da la espalda. Y se queda así.

EL GRAN SUEÑO DEL PARAÍSO

Los dos viejos habían convertido en cuestión de orgullo el ver quién podía levantarse más temprano por la mañana. Quién sabe cómo empezó todo. Sherman, tres años más joven, se había acostumbrado en los últimos tiempos a salir sigilosamente de su saco de dormir a las cuatro y media de la madrugada. Andaba arrastrando los pies descalzos por el linóleo rojo, completamente a oscuras, procurando que no se le pegaran los talones al suelo e hicieran algún chasquido pegajoso. Envolvía la cadenita que encendía la luz fluorescente con un trapo para amortiguar el ruido mientras la luz se calentaba y extendía su halo verde y parpadeante sobre la cara de su compañero Dean; su compañero desde hacía mucho tiempo. Sherman no acertaba a saber de dónde salía esa profunda satisfacción de ganar el concurso de «el más madrugador». No había dinero en juego. Ningún premio. La mayoría de las veces ni siquiera lo comentaban entre ellos. De hecho, no se acordaba de si lo habían formalizado alguna vez como competición legítima. Simplemente, había evolucionado a lo largo de los años, a partir de sus interminables días y noches juntos. Pero existía una clara sensación de triunfo.

Era muy clara. A veces la sentía en sus pies, un calor ascendiendo lentamente por sus pantorrillas y detrás de sus rodillas. Otras veces la sentía en su pecho y en sus brazos; y una mañana de tormenta la sintió directamente en su cabeza. Toda su cabeza se encendió. Se acordaba de eso. Se encendió casi como el tubo fluorescente de encima del lavabo; un brillo luminoso que inundaba su cráneo y le bajaba por el cuello y la espina dorsal, y entonces

pareció encender una luz por todo su cuerpo. Era una luz que nunca había conocido, y la única comparación que podía hacer era con un sueño que tuvo sobre el paraíso cuando tenía unos diez años. En ese sueño se le había aparecido una luz similar y se acordaba de la sensación de estar directamente conectado con alguna fuerza tan poderosa como el sol mismo. Durante días, de niño, acarreó el recuerdo de ese sueño en su mente, pero la luz nunca volvió a aparecer hasta que empezó esa historia con Dean, al cabo de muchos años, esa rivalidad no verbalizada sobre el despertar. La sensación de victoria de Sherman, sin embargo, fue fugaz, porque a partir de la mañana siguiente Dean consiguió hacerse el dormido y permanecer sentado completamente erguido con los ojos muy abiertos en una silla, mientras Sherman roncaba y emitía silbidos en su almohada. Dean había acercado la silla hasta el saco de dormir de Sherman para que no hubiera ninguna duda sobre quién era el ganador aquella mañana. Dean esperaba impaciente que el sol se levantara lo suficiente para calentar los párpados de Sherman y éste abriera los ojos. Allí estaría él, mirándole directamente a la cara mientras Sherman se debatía entre un sueño de la fase REM y el descubrimiento de que había perdido. Dean observó cómo los ojos de Sherman giraban y se movían detrás de los párpados, como los de un perro. Incluso los gemidos y gañidos que salieron de la garganta de Sherman se parecían a los de un perro dormido. ¿En qué podía estar soñando? En mujeres ya no, eso seguro. Dean esperaba que no fuera un sueño sobre mujeres. Por el bien de Sherman. Los dos eran demasiado mayores para esas cosas. Sería demasiado doloroso. ¿Para qué torturarse cuando existían los simples placeres de la vida solitaria para acompañarle a uno? Los ruidos de las codornices que anidaban en la sombra, el olor a beicon, el dominó, descubrir el polvo que levantaba el camión de correos, a millas de distancia, contra la silueta irregular de la montaña Smith. Pero, sobre todo, el máximo placer para ambos era el paseo diario hasta el bar de Denny's, junto a la autopista, para tomar café y hamburguesas con queso fundido y cebolla frita. Para los dos, eso era como estar en el paraíso.

Se conocían de toda la vida. Habían crecido en un pequeño pueblo de Dakota del Sur llamado Alma, o al menos eso ponía en el cartel que colgaba en la oficina de correos. Se separaron varias veces a lo largo de los años, pero siempre consiguieron reencontrarse, hasta que, finalmente, después de separarse o perder a sus mujeres, y de que sus hijos se largaran al infierno de Sillicon Valley, decidieron compartir el mismo *bungalow* de hormigón en las afueras de Twentynine Palms. Les iba bien. Llevaban viviendo allí, relativamente felices, once años en total. Habían tenido algunos momentos de pequeñas desavenencias, como la vez que Sherman descubrió que Dean había matado dieciséis codornices en el porche trasero con su escopeta calibre 20 y que había tenido la poca vergüenza de cocinar las pechugas en una sartén y servirlo todo junto con huevos revueltos para desayunar. Sherman lloró por lo de las codornices y Dean se sintió culpable durante días, sentado en su mecedora y consciente del silencio mortal que había causado en el *bungalow*. Pasaron dos semanas enteras antes de que las codornices cogieran confianza para volver a anidar allí, lanzando sus suaves y tranquilos silbidos otra vez. A estas alturas, Sherman ya había perdonado a Dean y habían pasado a preocupaciones nuevas y más interesantes, básicamente una camarera del Denny's llamada Faye. Algo que ambos tenían en común era una vista impecable para las camareras. No sólo camareras guapas o *sexys*, sino también camareras con corazón. Camareras con el inequívoco sello de la compasión en los ojos. No había muchas, y siempre muy espaciadas, en eso estaban de acuerdo, pero cuando descubrieron a Faye pareció llenarles de nueva determinación. Cada mediodía se duchaban y afeitaban, se ponían camisas limpias, sus corbatas de *cowboy* y los pantalones militares planchados, se ponían sus sombreros Stetson Open Road y se iban de excursión por la polvorienta carretera principal hasta la autopista. Justo antes de entrar por la puerta del Denny's, ambos se limpiaban el polvo de las botas en los pantalones, comprobaban que sus corbatas estuvieran rectas, se quitaban los Stetson y entraban en la sala con aire acondicionado. Se sabían el horario de Faye de memoria y siempre llegaban, deliberadamente,

en el punto álgido del mediodía para observarla en acción. Los dos esperaban pacientemente uno al lado del otro con los sombreros en la mano, cubriendo sus rodillas, aguardando a veces incluso cuarenta y cinco minutos para una mesa, sólo para observar a Faye balancear sus increíbles caderas al cruzar las puertas de la cocina, cargando con bandejas de pavo humeante y bocadillos calientes de beicon, tomate y lechuga, y siempre con una sonrisa dedicada a las multitudes que rompía corazones: los gordos, los feos, los maleducados, los borrachos, los locos, no hacía ninguna distinción, todos recibían el mismo rayo radiante de bondad de sus ojos. Ninguno de ellos se daba cuenta y, definitivamente, ninguno se lo merecía, según Dean y Sherman. La época de los caballeros ya estaba muy pasada de moda, pero ellos se presentaban cada mediodía en el Denny's para recordarle a Faye que su tipo de belleza era una gran bendición en medio de aquella triste locura. A ella también le gustaba. Su cara siempre se iluminaba con una mueca o dos cuando les veía esperando al lado de la caja registradora, y la luz se encendía en la cabeza de Sherman e incluso sentía que quizá a Dean le estaba pasando lo mismo, pero nunca se lo mencionaba por miedo a que Dean pensara que era una observación demasiado esotérica. A Dean le gustaban las cosas sencillas y simples. Cuando finalmente les llevaban a una mesa, ponían sus Stetsons uno al lado del otro y del revés, con las copas en la tapicería de piel sintética de color rojo brillante. Daba buena suerte. Si uno pone su sombrero con el ala hacia abajo nunca tendrá suerte. Los dos lo sabían. Y los dos tenían una tácita comprensión de cómo había cambiado sutilmente, a lo largo de los años, su concepción de la «suerte». Ya no tenía nada que ver con el dinero, la fama, la salud o el «futuro» de ningún tipo: ésa era la mayor diferencia. «Suerte» ahora implicaba el presente. Conservar el presente. Celebrarlo, de hecho. Estar sentados aquí y ahora, a esa mesa, de espaldas a la cristalera y al río Colorado y al calor abrasador del desierto del Mojave; estar aquí con la brisa helada del aire acondicionado y ver los ojos de Faye posarse en ellos y esbozar esa sonrisa y dirigirse a ellos con su bloc y su lápiz para tomar nota de su pedido: ésa era una suerte de las mejores. Eran

muy afortunados por tener una amistad duradera, una relación honesta, por no estar condenados, a su edad, a una horrible y horrorosa sensación de soledad en una de «residencias» acristaladas que veían de vez en cuando en Palm Springs. No había ninguna razón para que ninguno de los dos sospechara que esa condición afortunada cambiaría. No tenían más expectativas en la vida que esa rutina diaria, ese acuerdo establecido de que compartirían los días y las noches sin complicaciones, sin grandes conversaciones, y una profunda sensación de satisfacción para con los más pequeños detalles, como por ejemplo la manera como Faye mordía la goma de su lápiz y suspiraba ligeramente. Y así estaban las cosas para Sherman y Dean bien entrado su duodécimo año en el *bungalow* de hormigón, en las afueras de Twentynine Palms, hasta que una mañana el cielo se abrió. Sherman se despertó un poco más tarde de lo habitual y descubrió que Dean se había ido. Buscó por todas las habitaciones, el porche y los alrededores más inmediatos, asegurándose de que se llevaba su bastón de roble para protegerse contra las serpientes de cascabel, pero Dean no aparecía por ninguna parte. Sherman se preparó un té de salvia y calentó un bollo de arándanos, y se sentó en el porche, observando cómo la salida del sol transformaba todos los colores de las yucas y las manzanitas. Vio a un coyote escabullirse sigilosamente por la carretera sin asfaltar con una urraca en la boca. Vio cómo los vapores del calor empezaban a levantarse en bandas y se extendían donde empezaba el asfalto de la autopista. Escuchó cómo las codornices se volvían más silenciosas a medida que el sol pegaba con más fuerza y cómo el ruido de los camiones a lo lejos se confundía con los descapotables que venían de Los Ángeles, acelerando en dirección a los campos de golf, las mujeres y el *glamour* de los casinos. Tuvo un pensamiento fugaz sobre su juventud pero lo alejó rápidamente. Sabía adónde le llevaría. Oyó cómo el techo de chapa del porche empezaba a hacer ruiditos al dilatarse a causa del calor y se dio cuenta de que había estado sentado en su mecedora durante más de seis horas. Seguía sin señales de Dean. Se acercaba su hora de visitar a Faye en el Dennys, de manera que Sherman decidió entrar para arreglarse, y cuando

estuviera listo, seguro que ya había aparecido Dean. Por alguna razón, a Sherman le costó escoger un pasador para su corbata de *cowboy*, pero finalmente se decidió por uno en forma de herradura, chapado de plata, con incrustaciones turquesas que marcaban los clavos de la herradura. Se decidió por ése porque era el único pasador que Dean tenía idéntico. Se los compraron en una casa de empeños en Indio, otra vez llevados por la superstición de que ponérselos conservaría su buena suerte. Sherman vio que la herradura de Dean no estaba en la caja y estaba seguro de que la llevaba puesta, allá donde estuviera, y que si él se la ponía les ayudaría a reencontrarse. Sherman se tomó su tiempo para vestirse con sus pantalones militares, su camisa planchada y para ponerse su Open Road, pero Dean todavía no había aparecido y no había ni rastro de él en la carretera. Sherman empezó a preguntarse si debería ir hasta el puesto de refresco de jengibre y llamar a la policía por si ellos tenían alguna noticia de Dean. Luego pensó que era demasiado temprano para eso y, además, eso sería llamar a la mala suerte. Esperó cinco minutos más, de pie en medio del porche y entrecerrando los ojos en dirección a la autopista por si veía aparecer la silueta de Dean, pero no fue así. Sherman fue paseando hasta Denny's con una sensación enfermiza creciendo justo debajo de su esternón. No le parecía correcto ir a ver a Faye él solo. Tenía una sensación horrible de estar traicionando a Dean, a pesar de que le había estado esperando y buscando por todas partes. ¿Cómo se sentiría si Dean hubiera ido a ver a Faye sin decírselo? Sherman se detuvo y se dio la vuelta. Miró hacia el *bungalow*, su *bungalow*. Parecía más vacío. Más que cuando los dos se acercaban uno al lado del otro, después de sus largos paseos hasta la oficina de correos o la tienda de comestibles, o volviendo del Denny's. Ahora era un poco como si pudiera ser la casa de cualquiera. Sherman volvió al porche y entró en el *bungalow*. Cogió un trozo de papel y le escribió una nota a Dean: «¿Dónde coño te has metido? Te espero en el Denny's. Pediré una hamburguesa con queso y cebolla para ti, o sea que no te entretengas. Sherman». Dejó la nota en la repisa de la cocina y puso el salero en forma de cactus encima para sujetarla. Miró otra vez

hacia la puerta, como medio esperando ver a Dean, pero no estaba. Tenía la sensación de que había algún fantasma en la casa.

Cuando llegó al Denny's, Sherman esperó junto a la caja registradora en el mismo sitio en el que él y Dean esperaban siempre. Estaba allí de pie, en la misma posición en la que estaría si Dean hubiera estado a su lado, el ala del Stetson entre sus dedos, justamente delante de él. Su espalda erguida, sus ojos buscando alguna señal de Faye a través de las puertas de la cocina. Pero Faye no trabajaba aquella tarde. Se dio cuenta cuando ya estaba sentado a su mesa con asientos rojos y otra mujer, más joven, con el pelo negro y una actitud agria, vino a tomarle nota.

—¿Dónde está Faye? —le preguntó Sherman directamente.

—¿Quién es Faye?

—Ya sabes, Faye… Lleva trabajando aquí más de un año.

—No conozco a ninguna Faye —le contestó la chica morena, garabateando un número en su bloc sin ni siquiera mirar a Sherman a los ojos.

—¿No conoces a ninguna Faye?

—Pues no. Acabo de empezar aquí.

—¿Y tú de dónde sales? —dijo Sherman.

—¿Cómo que de dónde salgo? Me presenté para el trabajo y me cogieron.

—Bueno, ¿y dónde está Faye? ¿Qué le ha pasado a Faye?

—No lo…, mire, señor, no conozco a nadie que se llame Faye. Hoy es mi primer día y no conozco a nadie. ¿De acuerdo?

—Llama al encargado. Quiero ver al encargado.

—Dios mío… De acuerdo… Mire, ¿quiere pedir algo antes?

—No, no quiero pedir nada. Quiero ver al encargado.

—No se quejará de mí, ¿verdad?

—No, sólo quiero saber lo que ha pasado con Faye.

—Porque hoy es mi primer día de trabajo, y si va a quejarse de mí…

—¡Sólo quiero saber qué le ha pasado a Faye! ¡Eso es todo! ¡Dónde está Faye! ¡Alguien tiene que saber dónde está Faye!

Sherman pegó un golpe tan fuerte en la mesa que el servilletero

saltó y golpeó a la camarera morena en la rodilla. Cuando intentó ayudarla la chica gritó aterrorizada y toda la sala se quedó paralizada. Ahora Sherman se preguntaba si toda su buena suerte se había agotado de repente. Si ahora volvería a sumergirse en los días oscuros y perdidos de antes de su tranquila vida aquí con Dean, en las afueras de Twentynine Palms. Volver a los días en los que se despertaba en alguna cuneta con las costillas rotas y los bolsillos vacíos. Podía pasar muy rápido. Sabía que podía. Ya lo había visto antes. La suerte se torcía y ya estaba. No podías hacer mucho para evitarlo.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor?

La voz del encargado era profunda, como la de un barítono. Sherman levantó la cabeza y vio a un enorme hombre negro sonriente, con una camisa azul y una corbata roja. La camarera morena cojeaba en dirección a la cocina, lloriqueando por su rodilla.

—Me preguntaba qué le había sucedido a Faye —dijo Sherman.

—¿Faye?

—Sí, Faye. Ya sabe…, la camarera. Ha estado trabajando aquí cada día durante más de…

—Sí, Faye. Claro. Ya sé quién es Faye. Trabaja aquí.

—¡Exacto! Ya sabe a quién me refiero.

—Sí. ¿Y qué pasa con ella?

—¿Dónde está? ¿Dónde está Faye? —Sherman oyó la desesperación en su voz y por un momento le sorprendió. Le sorprendió darse cuenta de lo mucho que necesitaba verla, saber que ella estaba en el mundo a la misma hora cada día.

—Pues la han pasado al cementerio —dijo el encargado.

—¿El cementerio?

—Sí, ya sabe…, de medianoche hasta las ocho de la mañana. El turno del cementerio.

—Ah, ¿o sea que todavía trabaja aquí, entonces? ¿Todavía trabaja aquí en Denny's?

—Sí, señor…, pero en otro turno. Por la noche.

—Ah, de acuerdo. Entiendo.

—¿Era todo lo que quería saber, señor? No habrá tenido ningún

problema con la nueva camarera, ¿verdad?

—Oh, no, nada de eso. Sólo me preguntaba dónde estaba Faye.

—De acuerdo, señor.

—Ah, otra cosa.

—¿Qué, señor?

—Mi compañero…, vengo aquí cada día con mi compañero, Dean. Tiene que habernos visto. Siempre…

—Oh, sí, señor. Sabemos quién es todo el mundo. Les reconocemos.

—Perfecto. Bueno. No lo habrá visto por aquí en algún momento, ¿verdad? Me refiero a Dean, se llama así. ¿Lo ha visto por aquí últimamente?

—Oh, sí, señor. Vino anoche.

Sherman sintió que algo le golpeaba entre los hombros como una descarga eléctrica. Al principio pensó que podía ser su viejo rayo de luz que había asociado con el paraíso, pero éste era más punzante, con un deje más doloroso, parecido a los celos. De eso exactamente se trataba: una descarga de celos justo entre sus omóplatos.

—¿Anoche?

—Exacto. Vino muy tarde, quizá a las tres o a las cuatro de la madrugada. No había casi nadie.

—¿Y por qué haría eso?

—¿Perdone?

—No, nada —dijo Sherman, e hizo ademán de levantarse del asiento rojo—. ¿Dice que a las tres o a las cuatro estaba aquí?

—Sí. Más o menos. Era muy tarde…, o temprano, depende. Se sentaron a la mesa de aquella esquina, y estuviera bebiendo café y riendo hasta casi la salida del sol.

Sherman se detuvo para ponerse bien la corbata. Estiró el cuello como si estuviera intentando pasar a través del techo incombustible hasta el cielo, y acto seguido se puso su sombrero.

—No había ni un cliente, o sea que la dejé sentarse y conversar. No vi nada malo en ello. Es una gran mujer, es todo lo que puedo decirle.

—Lo es, lo es. —Sherman esbozó una sonrisa forzada y se despidió del encargado con un golpe en el sombrero mientras salía por la puerta.

Por la larga carretera sin asfaltar que llevaba al *bungalow*, Sherman tuvo problemas para recordar exactamente dónde estaba. Durante un rato pensó que quizá estaba otra vez en Arizona trabajando en los corrales. Podía oler la sangre. Tuvo que levantar la vista y mirar al horizonte para acordarse, pero todavía no reconocía el camino. No había tenido ese miedo a la soledad desde hacía mucho, mucho tiempo. El sol había llegado al cénit vertical del día cuando Sherman sintió que le ardía la nuca. Se ajustó el Stetson, pero la desventaja del Open Road cuando hacía mucho sol era el ala estrecha. Toda su espalda parecía en llamas y su cabeza una caldera hirviendo. Sabía que algo le impulsaba a mover las piernas, pero su mente no era capaz de conectar del todo con el pulso de su cuerpo. Miró las punteras de sus botas golpeando el polvo. Miró la cadencia de sus brazos balanceándose, pero de alguna manera se sintió ajeno a su ritmo. Mientras se acercaba al *bungalow* vio un reflejo del sol destellando en el pasador de herradura de Dean. Vio a Dean en el porche, sentado en la mecedora, mirándole. Supo que era Dean pero no dijo nada, ni siquiera le saludó con un gesto de la mano. Dean tampoco se movió. Siguió allí sentado, inmóvil, en la mecedora, mirando a lo lejos y en silencio. Cuando Sherman pasó a su lado y entró en la casa, Dean no se movió ni un milímetro, sólo siguió mirando al frente, a lo lejos. Dean oía a Sherman trajinando en el armario de la habitación buscando algo, oyó el abrir y cerrar de cajones. Ninguno de los ruidos que estaba haciendo Sherman llevaba carga alguna de ira o iba dirigido intencionadamente hacia Dean. Simplemente sonaban como alguien que está buscando algo o intentando ordenar sus cosas. Finalmente Sherman volvió a salir por la puerta mosquitera con un pequeño petate que contenía sus cosas. El petate tenía estampado «U.S. ARMY» en blanco junto a la cremallera rota. En la otra mano llevaba un ukelele en una pequeña funda verde con un trozo de ropa atado alrededor con un nudo cuadrado. Sherman no se detuvo, ni se volvió ni hizo otro ruido que

el de sus botas al cruzar el porche y bajar la escalera hacia el patio de tierra. Dean siguió mirando la espalda manchada de sudor de Sherman mientras éste se alejaba más y más por la carretera sin asfaltar. Fijó la mirada en la X que los tirantes de Sherman marcaban entre sus hombros. Vio cómo la X se hacía más y más pequeña. De repente, Dean se puso en pie como un rayo delante de la mecedora, anduvo hasta el límite del porche y se detuvo en seco. La voz se le quebró cuando gritó hacia Sherman. Hacía mucho tiempo desde que le había gritado a alguien y su voz pareció sorprenderse un poco.

—¡No fue idea mía, fue de ella! —gritó.

Sherman no se volvió. Sólo siguió andando.

TODOS LOS ÁRBOLES ESTÁN DESNUDOS

Me la encuentro abajo, medio dormida en un sillón, mirando *El tercer hombre*. Está acurrucada entre sus maravillosas caderas, unas caderas impresionantes que nunca han dejado de provocarme. Deslizo mi mano por su cintura. Ella dice:

—Hola cariño —con una voz nostálgica, de niña pequeña.

Me siento en el brazo del sillón y le acaricio el pelo decolorado.

—¿Verdad que es una película fantástica? —dice, mientras miramos la última escena en blanco y negro en la que Joseph Cotten adelanta a Ingrid Bergman en la larga carretera rural y decide apearse de su Jeep y esperarla.

—Mira cómo caen esas hojas falsas en primer plano —digo. Me sale así—. Todos los árboles están desnudos pero siguen cayendo hojas.

Ella hace un ruido de asentimiento y entonces me siento estúpido por haber roto el clima emocional de la película con un comentario intelectualmente pobre. Ingrid Bergman sigue andando hacia la cámara con el mismo paso seguro. Tiene un andar genial, lleno de fuerza femenina: alta, erguida e independiente. Joseph Cotten enciende un cigarrillo y espera. Hay algo arrogante en su espera, algo muy masculino. Las hojas siguen cayendo en primer plano, justo delante del objetivo. Empiezo a pensar en los factores ocultos en el rodaje de una película. Los tíos del *atrezzo* subidos en largas escaleras junto a la cámara, dejando caer hojas otoñales para que planeen de manera adecuada. Las máquinas de viento. Alguien controlando la brisa. No sé cómo he empezado a pensar en esto. Ya

no me siento involucrado en la historia de la película ni empatizo con los personajes. Ella la ha estado viendo desde el principio, durmiéndose y despertándose. Ingrid Bergman se acerca a Joseph Cotten y pasa de largo sin siquiera mirarle. Ella pasa junto la cámara sin variar el paso y desaparece, dejándole solo con su cigarrillo. La arrogancia de él se esfuma. Mira el camino por el que ella se ha alejado. Hay una sensación reconocible de pérdida y ansia en sus ojos, los ojos de un perro de caza que parece que nunca duerme lo suficiente. De repente estoy otra vez dentro de la película sin saber muy bien cómo he sido seducido. Me encuentro justo donde el director quiere que esté. La música de una única cítara me ha cautivado. Creo que las hojas que caen son reales. Sufro un cambio de estado de ánimo y me dejo arrastrar hasta el abismo irreconciliable que separa hombres y mujeres. Me siento afortunado por estar aquí con la persona que quiero, acariciándole el pelo rubio decolorado. Aparecen los créditos.

—¿Por qué Ingrid Bergman no se detiene cuando ve que él la está esperando? Es obvio que la está esperando —pregunto.

—No era Ingrid Bergman —dice ella.

—¿No lo era? Era igual que ella.

—Bueno, pues no lo era.

—¿Y quién era entonces?

—Alguien que se parece mucho a Ingrid Bergman.

—¿Pero no era ella?

—No.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—Bueno, ¿y por qué no se detiene?

—Le echa la culpa, supongo.

—¿La culpa de qué?

—¿No sabes la historia?

—Hace mucho tiempo que la vi. Creo que fue en los sesenta.

—Le culpa de la muerte de Orson Welles.

—Ah.

—¿Te acuerdas?

—Sí —miento. No me acuerdo de nada excepto de la secuencia de una persecución en las cloacas de París. ¿Era París?

—¿No te acuerdas? Le tienden una trampa. ¿La vacuna?

—Ah, sí —miento otra vez.

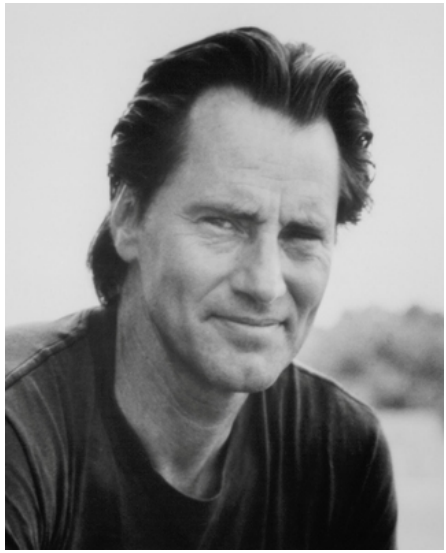
—¿Todos aquellos niños que mueren por culpa de la vacuna falsa?

—Sí.

—Bueno, estoy muy cansada. Me voy a la cama. ¿Cerrarás tú aquí abajo? —dice.

—Claro —digo yo.

Sale de la habitación, bostezando y estirándose. Aprieto el mando y la televisión se apaga y se queda negra. Miro el camino por el que se ha alejado. El cielo se ilumina con relámpagos intermitentes a través de los grandes ventanales. Puedo ver el río tan claramente como si fuera de día. Se oyen truenos a lo lejos, en el valle. Huele a lluvia y a pescado. Los perros rascan la puerta delantera. Son cobardes cuando se trata de truenos. ¿Cuánto hace que la besé por primera vez y quién pretendía ser?



Sam Shepard (Fort Sheridan, Illinois, 1942 - Midway, Kentucky, 2017) se convirtió en un mito contemporáneo: polifacético como Boris Vian, legendario como Neal Cassady, amigo y colaborador de los Stones, Patti Smith y Bob Dylan, batería durante años de un grupo de acid *rock*, actor en películas como *Días del cielo* y *Elegidos para la gloria*, coguionista de *Zabriskie Point* y *Paris, Texas*, casado con Jessica Lange durante casi treinta años… y, como remate, autor, galardonado con el Pulitzer y el Obie, de más de cuarenta obras teatrales, por las que se le ha llamado el sucesor de Tennessee Williams. En Anagrama ha publicado la novela *Espía de la primera persona* y *Yo por dentro*, los libros de relatos *Cruzando el paraíso* y *El gran sueño del paraíso*, la obra teatral *Locos de amor*, los volúmenes misceláneos *Luna Halcón, Crónicas de motel y Estados de shock. Al norte. Lengua silenciosa* y el libro de crónicas *Rolling Thunder: con Bob Dylan en la carretera*.

Notas

[1] Revista norteamericana sobre carreras de caballos y el mundo de la hípica en general. *(N. de la T.)* <<

[2] Marca registrada de refrescos de frutas con una amplia variedad de sabores. (N. *de la T.*) <<

[3] Festival californiano en el que se celebran rodeos, carreras, competiciones y diferentes actividades relacionadas con caballos. *(N. de la T.)* <<

[4] Zumbido o silbido en uno o ambos oídos causado por una infección del oído medio. *(N. de la T.)* <<

[5] Trofeo que se obtiene al ganar tres de las carreras más importantes de Estados Unidos en una misma temporada: el Derby de Kentucky, el Preakness Stakes y el Belmont Stakes. *(N. de la T.)* <<

[6] Seudónimo del *jockey* Eddie Arcaro *(N. de la T.)* <<

[7] Criadero de purasangres de gran reputación en Estados Unidos. (*N de la T.*). <<

[8] Catálogo de sementales purasangres. *(N. de la T.)* <<